el concurso contestó al unísono: "¡Salud al comendador de los creyentes!" (1).

Los mismos medios produjeron el mismo éxito en Basora. Muchos habitantes de esta ciudad, informados de lo ocurrido en Cufa, sin esperar siquiera la llegada del nuevo gobernador, habían ido a incorporarse al ejército de Mohalab (2), y este general, agradablemente sorprendido de tan insólito celo, exclamó en un arranque de alegría: "¡Dios sea loado! Al fin ha venido un hombre al Irak" (3). Desgraciado el que mostraba la menor vacilación o resistencia, porque Hadchach apreciaba en muy poco la vida de un hombre. Dos o tres personas demostraron con su muerte este aserto (4).

Sin embargo, si Hadchach creía haber ganado la partida, se engañaba.

Repuestos de su primer espanto, los del Irak rugieron de cólera por haberse dejado intimidar y aturdir como los niños por el *maestro de escuela*, y en el momento en que Hadchach conducía al ejército de Mohalab una división de tropas, una queja—con pretexto de la paga—fué la señal de un tumulto que bien pronto adquirió las proporciones de una formidable rebelión. La contraseña era la deposición del gobernador; los rebeldes juraron exigírsela a Abdalmelic, amenazándole con destituirle ellos mismos. Abandonado

(1) Mobarrad, pp. 220, 221.
(2) Mobarrad, p. 753.
(3) Weil, t. I, p. 433.
(4) Mobarrad, p. 753.

de todos, a excepción de sus parientes, de sus amigos íntimos y de sus servidores, vió a los rebeldes saquear su tienda y llevarse sus mujeres; si no les hubiera detenido el temor al califa, le hubiesen matado. Pero no se abatió un instante; rechazando con indignación los consejos de sus amigos, que le proponían que entrase en negociaciones con los insurrectos, dijo con fiereza, como si hubiera sido el dueño de la situación: "No lo haré más que cuando me hayan entregado a sus jefes."

Probablemente hubiese pagado con la vida su inflexible terquedad, si en aquel momento crítico los caisitas le hubieran abandonado a su suerte; pero habían adivinado en él una esperanza, un sostén, un jefe; habían comprendido que, siguiendo sus órdenes, se levantarían de su abatimiento y recobrarían el poder. Tres jefes caisitas, entre los cuales figuraba el valiente Cotaiba Aben-Moslim, volaron en su auxilio; un hermano de tribu de Mohalab y un jefe temimita, descontentos de los rebeldes, siguieron su ejemplo, y en cuanto Hadchach vió seis mil hombres en torno suyo, obligó a los rebeldes a aceptar la batalla. Un instante estuvo a punto de perderla; pero, habiendo replegado sus tropas y habiendo sido muerto por una flecha el jefe de los rebeldes, alcanzó la victoria, que hizo completa y decisiva por su clemencia con los vencidos; prohibió perseguirlos, les concedió la amnistía y se contentó con enviar las cabezas de diez y nueve jefes rebeldes, muertos en el combate, al campamento de Mohalab, a fin

de que sirviesen de escarmiento a los que pensaran en sublevarse (1).

Por primera vez, los caisitas, promovedores casi siempre de todas las insurrecciones, habían servido de apoyo al poder establecido; y emprendido este camino, marcharon resueltamente por él, seguros de que era el único medio de rehabilitarse ante el califa.

Una vez restablecido el orden, Hadchach no tuvo otro pensamiento que excitar y estimular a Mohalab; temiendo que éste quisiese prolongar la guerra en provecho propio. Mezclando con su impetuosidad natural las malas medidas con las buenas, le escribía carta tras carta, reprochándole duramente su ineptitud, su inacción, su flojedad, amenazando con darle muerte o destituírle (2), y enviando incesantemente comisarios al campamento (3). Por pertenecer a la raza del gobernador, y por el prurito de dar consejos, sobre todo cuando no se los pedían, estos comisarios sembraban el desorden en el ejército (4), y al entablarse la batalla, huían (5).

Mas logróse el éxito apetecido: no habían transcurrido dos años desde que Hadchach había sido nombrado gobernador del Irak-Arabí, cuando los no-conformistas depusieron las armas, hacia fines del año 696.

---

(1) Aben-Jaldun, fol. 186 r. y v.
(2) Mobarrad, p. 756.
(3) Mobarrad, pp. 759, 765.
(4) Mobarrad, p. 766.
(5) Mobarrad, p. 785.

Nombrado virrey de todas las provincias orientales en recompensa de tan fieles y útiles servicios, Hadchach tuvo que reprimir aún algunas sublevaciones; pero triunfó de todas, y a medida que se afirmaba la corona sobre la cabeza de su soberano, levantaba a su raza del abatimiento en que había caído y trataba de reconciliarla con el califa; lo consiguió sin gran dificultad. Obligado a apoyarse en los caisitas o en los kelbitas, la elección no podía ser dudosa. Los reyes son de ordinario poco afectos a los que han contribuído a su elevación, y que se creen con derecho a su reconocimiento. Los servicios prestados por los kelbitas habían inspirado a éstos una soberbia inoportuna. Con cualquier motivo recordaban al califa que, sin ellos, ni él ni su padre hubiesen ocupado el trono, y le miraban como obra suya, como de su propiedad. Los caisitas, al contrario, queriendo hacer olvidar a toda costa que habían sido enemigos de su padre y de los suyos, demandaban sus favores de rodillas, y obedecían ciegamente sus palabras y ademanes. De este modo llegaron a suplantar a sus adversarios (1).

Los kelbitas, al caer en desgracia, se quejaron amargamente; pero el poder del califa estaba harto consolidado en esta época para que pudieran sublevarse contra él. Sus poetas se desquitaron reprochándole acremente su ingratitud, y prodigándole amenazas. He aquí lo que decía Chauas,

(1) *Hamasa*, p. 658.

el padre de Sad, al que veremos más tarde morir en España, víctima del odio de los caisitas.

"¡Abdalmelic! No nos has recompensado, a los que hemos combatido valientemente en tu favor, procurándote la felicidad y los bienes de este mundo. ¿¿Te acuerdas de lo que ocurrió en Chabia, en Chaulan? Si Aben-Bahdal no hubiera asistido a la asamblea que allí se celebró, vivirías ignorado, y ninguno de tu familia recitaría en la mezquita la plegaria pública. Sin embargo, después de obtener el poder supremo y de hallarte sin competidores, nos has vuelto la espalda, y falta poco para que nos trates como a enemigos. ¿No se diría que ignoras que el tiempo puede traer extrañas revoluciones?"

En otro poema se lee:

"La familia omeya nos ha obligado a teñir nuestras lanzas en la sangre de nuestros enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortuna. ¡Familia ommíada! Hemos vencido con nuestras lanzas y nuestras espadas innumerables escuadrones de indómitos guerreros, cuyo grito de guerra no era el tuyo, y hemos alejado el peligro que te amenazaba. Dios recompensará tal vez nuestros servicios y el haber afianzado ese trono con nuestras armas, pero de seguro que la familia ommíada no nos recompensará. Sois extranjeros, venís del Hichaz, de un país separado completamente del nuestro por el desierto, y en

Siria no os conocía nadie (1). Entonces los caisitas luchaban contra vosotros; el odio fulguraba en sus miradas, y su bandera flotaba en los aires..."

Otro poeta kelbita, uno de los que anteriormente habían cantado la victoria de la Pradera, dirigió esta poesía a los ommíadas:

"En un tiempo en que ni aun soñabais con el trono, nosotros habíamos precipitado del de Damasco a los que se habían atrevido a ocuparle, y después os lo hemos dado. En muchas batallas os hemos demostrado nuestra adhesión, y en la de la Pradera debisteis la victoria sólo a nuestro poderoso auxilio. No paguéis con ingratitudes nuestros leales servicios; antes erais buenos para nosotros; guardaos de convertiros en tiranos. Aun antes de Meruan, cuando los ojos de un emir ommíada estaban nublados por los cuidados como por un velo tupido, nosotros rasgamos ese velo para que pudiera ver la luz; cuando ya estaba a punto de sucumbir, cuando ya rechinaba los dientes, le salvamos (2), y entonces, gozoso, exclamaba: "¡Dios es grande!" Cuando el caisita se jacte, recuérdale la bravura que demostró en el campo

(1) Recuérdese que la rama de los ommíadas, a que pertenecía Meruan, se había establecido en Medina.

(2) El comentarista Tibrizi ha interpretado mal este verso, porque no ha hecho notar que por una licencia poética, *naffasna* está empleado en vez de *naffasnâ;* compruébese con Aben-Cotaiba, p. 201, l. 18, y con *Hamasa*, p. 263, ls. 6 y 7, donde se encuentra *talana y naaina*, en lugar de *talanâ y naina*, como resulta de la línea 11 de esta página.

de Dahac, al Este de Chobar (1); allí ningún caisita se portó como un hombre de corazón; montados en sus alazanes, buscaron todos su salvación en la fuga" (2).

Quejas, murmuraciones, amenazas, todo fué inútil para los kelbitas. El tiempo de su grandeza había pasado, y pasado para siempre. Cierto que la política de la corte podía cambiar, y que cambió en efecto. Cierto que los kelbitas siguieron desempeñando un papel importante, sobre todo en Africa y en España, pero nunca volvieron a ser lo que en tiempo de Meruan, la más poderosa de las tribus yemenitas. Esta categoría correspondió desde entonces a los Azd; la familia de Mohalab había suplantado a la de Aben-Bahdal. La lucha, sin perder su energía, adquirió proporciones más vastas; en adelante, los caisitas tuvieron a todos los yemenitas por enemigos.

En el reinado de Ualid, que en 705 sucedió a su padre, Abdalmelic, llegó al cenit el poderío de los caisitas. "Hijo mío—había dicho Abdalmelic en el lecho de muerte—, muestra siempre el más profundo respeto hacia Hadchach; a él le debes el trono; él es tu espada y tu diestra, y tienes más necesidad de él que él de ti" (3). Ualid no olvidó jamás esta recomendación. "Mi padre solía decir: "Hadchach es la piel de mi frente." Pero

(1) Es decir, en la batalla de la Pradera.
(2) *Hamasa*, pp. 65C-659.
(3) Soyuti, *Tarij al-jolafa*, p. 221, ed. Lees.

yo añado: Hadchach es la piel de mi rostro" (1). Esta frase resume todo su reinado, más fecundo en conquistas y en gloria militar que ninguno, porque fué entonces cuando el caisita Cotaiba plantó las banderas musulmanas sobre las murallas de Samarcanda, cuando Mohamed aben Casim, primo de Hadchach, conquistó la India hasta el Himalaya y cuando al otro extremo del imperio, los yemenitas, después de haber ultimado la conquista del Norte de Africa, anexionaron España al vasto Estado fundado por el Profeta de la Meca.

Pero fué un tiempo desastroso para los yemenitas, especialmente para los dos hombres más notables, aunque no más respetables, de este partido: Yezid, hijo de Mohalab, y Muza, hijo de Nossair. Por su desgracia, Yezid, jefe de su familia desde la muerte de su padre, había dado pretextos muy plausibles para justificar el odio de Hadchach. Como todos los miembros de su familia, la más liberal bajo el gobierno de los ommíadas, como los barmecidas lo serán durante el de los abasidas (2), sembraba el dinero a su paso; y queriendo ser dichoso y que todo el mundo lo fuera, derrochaba la fortuna en los placeres, en las artes y en imprudentes larguezas de una esplendidez altamente aristocrática. Una vez, yendo en peregrinación a la Meca, dió mil monedas de plata a un barbero que acababa de afei-

(1) *Historia del califato de Ualid*, ed. Anspach, p. 13.
(2) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 107, ed. Wüstenfeld.

tarle. Estupefacto ante tan considerable recompensa, el barbero exclamó con alegría:

—Voy a rescatar con esto a mi madre de la esclavitud.

Entonces, conmovido por su amor filial, Yezid le dió otras mil monedas.

—Me condeno a repudiar a mi mujer—prosiguió el barbero—, si rasuro en mi vida a otra persona.

Y Yezid le dió todavía otras dos mil monedas (1). Cuéntanse de él multitud de anécdotas semejantes, que patentizaban que entre sus dedos pródigos corría el dinero como el agua; pero como no hay fortuna, por enorme que sea, que resista a una prodigalidad exagerada hasta la locura, Yezid se había visto obligado, para librarse de la ruina, a usurpar fondos al califa. Condenado por Hadchach a restituír seis millones al tesoro, y no pudiendo pagar más que la mitad de esta suma, fué encerrado en un calabozo y torturado cruelmente. Al cabo de cuatro años (2) intentó evadirse con dos de sus hermanos que compartían su cautiverio, y mientras Hadchach, creyendo que habían ido a sublevar al Jorasan, enviaba correos a Cotaiba para mandarle que tomase medidas de precaución y ahogase la revolución en su germen, ellos, guiados por un kelbita (3), recorrían el desierto de Samaua, a fin

(1) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 105.
(2) Aben-Jaldun, fol. 196 v.
(3) Aben-Jaldun, fol. 196 v.

de ir a implorar la protección de Solimán, hermano del califa, heredero del trono en virtud de las disposiciones dictadas por Abdalmelic, y, además, jefe del partido yemenita. Solimán juró que, mientras viviese, los hijos de Mohalab no tendrían nada que temer; ofreció pagar al tesoro los tres millones que adeudaba Yezid, y pidió gracia para este último, pero no la tuvo sino con gran trabajo y por un golpe teatral. Desde entonces, Yezid permaneció en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviese al poder, y cuando se le preguntaba por qué no compraba casa, respondía: "¿Qué iba a hacer de ella? Tendré bien pronto una que no abandonaré jamás: un palacio de gobernador, si Solimán llega a ser califa, y una prisión, si no lo consigue (1).

El otro yemenita, el conquistador de España, no procedía, como Yezid, de un linaje ilustre. Era un liberto, y, si pertenecía a la facción, entonces en desgracia, era porque su dueño, el príncipe Abdalaziz, hermano del califa Abdalmelic y gobernador de Egipto, era ardiente defensor de la causa de los kelbitas, porque su madre procedía de esta tribu. Ya bajo el reinado de Abdalmelic, cuando aun era recaudador de contribuciones en Basora, Muza se hizo culpable de malversación. Enterado el califa, dió a Hadchach orden de prenderle; pero, avisado a tiempo, Muza se refugió en Egipto e imploró la protección de su dueño, el cual le tomó bajo su salvaguardia, y se trasladó

(1) Aben-Jalican, Fasc. X, pp. 112-115.

a la corte para arreglar el asunto. Habiendo exigido el califa cien mil monedas de oro como indemnización, pagó la mitad de la suma Abdalaziz, y en seguida nombró a Muza para el gobierno de Africa, porque entonces el gobernador de esta provincia era elegido por el gobernador de Egipto (1). Después de haber conquistado España, Muza, colmado de riquezas, en el cenit de la gloria y del poder, volvió a usurpar los bienes del califa con igual atrevimiento que antes. Cierto que entonces todo el mundo negociaba con las rentas públicas; el error de Muza fué el de excederse, no perteneciendo al partido dominante. Hacía tiempo que Ualid vigilaba sus actos, y al fin le ordenó volver a Siria para rendir cuentas. Mientras pudo, Muza eludió el cumplimiento de esta orden; pero, obligado al fin a obedecer, abandonó España, y, una vez en la corte, procuró desarmar la cólera del califa ofreciéndole magníficos presentes. Todo fué inútil. Acumulados durante largo tiempo los odios de sus compañeros Taric, Mogit y otros, se desbordaron; abrumáronle con acusaciones que fueron muy bien acogidas, y el caudillo prevaricador fué arrojado ignominiosamente, en plena reunión, de la sala de audiencia. El califa no se contentaba con menos que con sentenciarle a muerte; pero algunas personas importantes, que Muza había comprado a fuerza de dinero, le salvaron la vida, quedando

(1) Ben-Adari, t. I, pp. 24, 25.

reducida la pena a una multa muy considerable (1).

Poco tiempo después exhaló Ualid el último suspiro, dejando el trono a su hermano Solimán. La caída de los caisitas fué inmediata y terrible; Hadchach ya no existía. "¡Alá, concédeme morir antes que el comendador de los creyentes, y no me des por soberano un príncipe implacable para mí!" (2); tal había sido su ruego, y Dios le había escuchado; pero sus clientes, sus amigos, que ocupaban aún todos los puestos, fueron destituídos inmediatamente y reemplazados por yemenitas. Yezid ben-abi-Moslim, liberto y secretario de Hadchach, perdió el gobierno del Irak, y fué encerrado en un calabozo, de donde no salió hasta cinco años más tarde, al subir al trono el califa caisita Yezid II, para ser nombrado en seguida gobernador de Africa (3); tan rápidos eran entonces los cambios de fortuna. Más desgraciado que él, el intrépido Cotaiba fué decapitado, y el ilustre conquistador de la India, Mohamed aben-Casim, primo de Hadchach, expiró en el tormento, mientras Yezid, el hijo de Mohalab, que en el reinado precedente había estado a punto de morir degollado, gozaba—como favorito de Solimán—de ilimitado poder.

Muza fué el único que no se aprovechó del triunfo de su partido, porque con la vana espe-

(1) Isidoro, c. 38. 40.
(2) Tabari, apud Weil, t. I, p. 553.
(3) Abu-Ali Tanuji, *Al-faracho bada's-xidati*, man. de Leyde, 61, p. 73.

ranza de reconciliarse con Ualid, había ofendido gravemente a Solimán. Cuando Muza llegó a Siria, Ualid estaba ya tan enfermo que podía predecirse su muerte, y Solimán, que, codiciaba los ricos presentes que Muza destinaba a Ualid, invitó a éste a que retrasase su marcha para llegar a Damasco cuando su hermano hubiese muerto y él hubiese ocupado el trono. Muza no accedió a la demanda; y como los hijos de Ualid habían heredado los regalos hechos a su padre, por esto Solimán le guardaba rencor (1); así que no le perdonó la multa que podía pagar fácilmente con la ayuda de sus numerosos clientes de España (2) y de los miembros de la tribu de Lajm, a la cual pertenecía su esposa (3). Solimán no llevó más lejos su venganza. Hay, respecto a la suerte de Muza, un enjambre de leyendas, unas más conmovedoras que otras, pero inventadas por los novelistas en una época en que se había olvidado completamente la situación en que se hallaban los partidos en el siglo VIII; cuando nadie se acordaba ya de que Muza gozaba—como atestigua un autor tan antiguo como digno de crédito (4)—de la proteción y amistad de Yezid, hijo de Mohalab, el omnipotente favorito de Solimán. Ningún motivo, por especioso que sea, puede autorizar tan indignos rumores, que no se fundan sobre ningu-

(1) Ben Habib, man. de Oxford, p. 153.
(2) Isidoro, c. 40. *Pro multa opulentia*—dice este autor—*parvum impositum onus existimat, atque mira velocitate impositum pondus exactat.*
(3) *Ajbar machmua*, fol. 62 r.
(4) Beladori, man. de Leyde, p. 270.

na autoridad respetable y que se hallan en oposición directa con el circunstanciado relato de un autor contemporáneo (1).

Como excepción única en la historia de los ommíadas, el sucesor de Solimán, Omar II, no era un hombre de partido, sino un respetable pontífice, un santo, que sentía horror a la discordia y al odio, que daba gracias a Dios por no vivir en la época en que los santos del islamismo, Alí, Aixa y Moauia, combatían entre sí, y no quería ni oír hablar de tan funestas luchas. Preocupado únicamente con los intereses religiosos y la propagación de la fe, recuerda al excelente y venerable pontífice, que decía a los florentinos: "No seáis ni gibelinos ni güelfos; no seáis más que cristianos y conciudadanos." Omar II, como Gregorio X, no consiguió realizar su sueño generoso. Yezid II, que le sucedió, y que se había casado con una sobrina de Hadchach, fué caisita. Hixem, al subir al trono, favoreció a los yemenitas, y habiendo reemplazado muchos gobernadores nombrados por su antecesor, por hombres de este partido (2), permitió a los que subían al poder perseguir cruelmente a los que acababan de abandonarlo (3); pero cuando, por razones que expondremos más adelante, tuvo que decidirse por el otro partido. los caisitas buscaron el desquite, sobre todo en Africa y España.

(1) Este autor es Isidoro de Beja.
(2) En el Jorasan, por ejemplo, el caisita Moslim al-Kilabi fué substituído por el yemenita Asad al-Casiri.
(3) Abu-'l-mahasin, t. I, p. 288.

Como la población árabe de estos dos países era casi exclusivamente yemenita, solían estar tranquilos cuando los gobernadores eran hombres de esta facción; pero cuando los gobernantes eran caisitas, se convertían en teatro de las violencias más atroces. Esto es lo que sucedió después de la muerte de Bixr, el kelbita, gobernador de Africa. Antes de exhalar el último suspiro, Bixr había confiado el gobierno de esta provincia a uno de sus hermanos de tribu, que se jactaba de que el califa Hixem confirmaría el nombramiento. Su esperanza quedó fallida; Hixem nombró al caisita Obaida, de la tribu de Solaim. Enteróse de esto el kelbita, pero se creyó bastante poderoso para resistir con las armas en la mano.

Era la mañana de un viernes del mes de junio o julio del año 728. El kelbita acababa de vestirse y se disponía a ir a la mezquita para presidir allí la oración pública, cuando sus amigos se precipitaron en su cámara, gritando:

—¡El emir Obaida acaba de entrar en la ciudad!

El kelbita, aterrado, cayó en mudo estupor, y sólo recobró la palabra para exclamar:

—¡Sólo Dios es poderoso! La hora del juicio final llegará tan inopinadamente como ésta.

Sus piernas se negaron a sostenerle, y, helado de espanto, cayó en tierra.

Obaida había comprendido que, para imponer su autoridad, necesitaba sorprender la capital. Felizmente para él, Cairauan no tenía murallas, y marchando con sus caisitas por caminos extra-

viados y en el más profundo silencio, había entrado de improviso cuando los habitantes de la ciudad le creían aún en Egipto o en Siria.

Dueño de la capital, se ensañó contra los kelbitas con una crueldad sin ejemplo. Después de encarcelarlos les dió tortura, y, a fin de saciar la codicia de su soberano, los despojó de sumas cuantiosas (1).

Tocó a su vez a España, país cuyo gobernador era entonces nombrado por el de Africa; pero que no había recaído más que una sola vez sobre un caisita. Habiendo fracasado en sus primeras tentativas, Otaiba envió en abril del año 729 al caisita Haitam, de la tribu de Kilab (2), amenazando a los árabes de España con los más rigurosos castigos si no se ponían a las órdenes de su nuevo gobernador. Los yemenitas murmuraban, tal vez conspiraban contra el caisita, al menos éste lo creía; y obrando conforme a las instrucciones secretas de Obaida, encarceló a los jefes del otro partido, les arrancó entre horribles torturas la confesión del complot y les hizo cortar la cabeza. Entre las víctimas figuraba un kelbita, que, a causa de su origen ilustre, de sus riquezas y de su elocuencia, gozaba de gran consideración: era Sad, hijo de aquel Chauas—véase la nota C al fin de este volumen—que había reprocha-

(1) Ben-Adari, t. I, p. 36; Ben-al-Abar, p. 47.49.

(2) Moharram, 111. Aben-Baxcoual, *apud* Macari, t. II, p. 10. Es preciso leer *Kilabi*, como se halla en Macari, en Aben-Jaldun, etc., y no *Kinani*, como se lee en otros autores. En escritura árabe es fácil confundir estos dos nombres.

do en sus versos tan enérgicamente al califa Abdalmelic su ingratitud hacia los kelbitas, cuyo valor en la batalla de la Pradera había decidido la suerte del imperio y proporcionado el trono a Meruan. El suplicio de Sad hizo temblar de indignación a los kelbitas, y algunos, como Abrax, el secretario de Hixem (1), que no había perdido toda influencia en la corte, la utilizaron tan bien, que el califa consintió en enviar a España a un tal Mohamed, con orden de castigar a Haitam y de conferir el gobierno de la provincia al yemenita Abderrahman al-Gafiki, que gozaba de gran popularidad. Llegado a Córdoba, Mohamed no encontró allí a Abderrahman, que se había ocultado para librarse de las persecuciones del tirano; pero, habiendo mandado encarcelar a Haitam, le hizo azotar y raparle la cabeza, lo cual entonces era una pena infamante; después, cargado de cadenas y montado en un asno con la cabeza hacia atrás y las manos atadas en la espalda, mandó pasearle por toda la ciudad. Ejecutada la sentencia, le desterró a Africa, para que el gobernador de esta provincia decidiese de su suerte. Sin embargo, no era de esperar que Obaida castigase al que no había hecho más que cumplir sus órdenes. Por su parte, el califa creía haber dado a los kelbitas una satisfacción suficiente—aunque ellos tenían mayores exigencias—, pues la muerte de Sad no podía ser expiada, según las ideas árabes, más

(1) Ben-al-Abar, p. 49, y Weil, t. I, p. 654.

que con la de su asesino. Hixem envió, pues, a Obaida una orden tan ambigua que éste pudo interpretarla en favor de Haitam (1). Esto fué para los kelbitas una gran desilusión; pero no se desanimaron, y uno de sus más ilustres jefes, Abu-'l-Jatar, que había sido íntimo de Sad, y que en la prisión—que había compartido con Obaida—había acumulado tesoros de odio contra el tirano y contra todos los caisitas, compuso este poema para repetírselo al califa:

"Permites a los caisitas verter nuestra sangre, hijo de Meruan; pero si te resistes a hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios, que será más equitativo para nosotros. Se diría que has olvidado la batalla de la Pradera y que ignoras quién te proporcionó entonces la victoria. Fueron nuestros pechos los que te sirvieron de escudo contra las lanzas enemigas, y no tenías otros infantes y caballeros que nosotros. Pero, una vez obtenido el fin, ahora que, gracias a nosotros, nadas entre delicias, finges no vernos; he aquí cómo, después de tan largo trato, procedes constantemente con nosotros. Pero no fíes en una seguridad engañosa cuando la guerra se reanude, y cuando sientas deslizar el pie sobre tu escala de cuerda, puede que entonces las cuerdas que creías sólidamente retorcidas se destuerzan... Esto se ha visto muchas veces..."

---

(1) Isidoro, c. 57.

El kelbita Abrax, secretario de Hixem, fué el encargado de recitar estos versos; y la amenaza de una guerra civil produjo tal efecto al califa, que dictó inmediatamente la destitución de Obaida, exclamando con cólera verdadera o fingida: "Maldiga Dios a ese hijo de una cristiana que no ha cumplido mis órdenes" (1).

X

La lucha entre yemenitas y caisitas no dejó de ejercer influencia sobre la suerte de los pueblos vencidos, porque principalmente en lo relativo a los tributos, cada uno de los dos partidos tenía principios diferentes, y en este sentido, como en otros muchos, Hadchach había trazado a los suyos la línea de conducta que debían seguir. Sabido es que, en virtud de las disposiciones de la ley, los cristianos y los judíos sometidos a la dominación musulmana, en cuanto abrazaban el islamismo quedaban dispensados de pagar al tesoro la capitación impuesta a los que perseveraban en la fe de sus mayores. Gracias a este cebo ofrecido a la avaricia, la iglesia árabe recibía cada día en su seno una turba de conversos que, sin estar completamente convencidos de la verdad de sus doctrinas, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocija-

(1) Consúltense mis *Noticias sobre algunos manuscritos árabes*, pp. 47-49, 257, y también Ben-Adari, t. I, pp. 36, 37.

ban de tan rápida propagación de la fe, pero el tesoro disminuía enormemente. La contribución de Egipto, por ejemplo, que durante el califato de Otman se elevaba aún a doce millones, pocos años después, durante el califato de Moauia, cuando la mayoría de los coptos habían abrazado el islamismo, quedó reducida a cinco millones (1). En el reinado de Omar II disminuyó aún más; pero el piadoso califa no se inquietaba por esto. Y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: "Si este estado de cosas se prolonga en Egipto, todos los dimis se harán musulmanes y se perderán las rentas que recaudaba el Estado", el califa respondió: "Yo sería muy dichoso si todos los dimis se hicieran musulmanes; porque Dios ha enviado a su Profeta como apóstol y no como recaudador de contribuciones" (2). Hadchach pensaba de distinto modo; le interesaba poco la propagación de la fe, y para conservar el favor del califa se veía obligado a llenar el tesoro. Por esto no había concedido a los musulmanes recién convertidos en el Irak la ventaja de no pagar la capitación (3). Los caisitas imitaron constantemente este ejemplo, y además trataron a los vencidos, musulmanes o no, con altivez insolente y con extrema dureza. Los yemenitas, por el contrario, si no se portaban más equitativa y bondadosamente con los vencidos, mientras ocupaban el poder, al me-

(1) Ahmed ben-abi-Yacub, *Kitad al-boldan*, fol. 69 v.
(2) *Journal Asiatique*, IV serie, t. XVIII, p. 433.
(3) Nouairi, en el *Journal Asiatique*, III serie, t. XI, página 580.

nos, cuando estaban en la oposición, unían sus quejas a las de los oprimidos, para censurar el espíritu de fiscalización que animaba a sus rivales. Por eso los pueblos sojuzgados, cuando veían a los yemenitas subir al poder, se prometían días "tejidos con seda y oro", aunque su esperanza resultó muchas veces fallida, porque los yemenitas no fueron ni los primeros ni los últimos liberales que durante la oposición gritan contra los impuestos, exigen la reforma del sistema tributario y la prometen para cuando vuelvan al gobierno; pero que, cuando le ocupan, no cumplen sus ofertas. "Me encuentro en una situación muy difícil—decía el jefe de los yemenitas, Yezid, hijo de Mohalab, cuando Solimán le nombró gobernador del Irak—; toda la provincia ha cifrado en mí sus esperanzas; me maldecirá, como ha maldecido a Hadchach, si la obligo a pagar los mismos tributos que antes satisfacía; mas, por otra parte, Solimán estará descontento de mí si no percibe las mismas rentas que percibía su hermano, cuando Hadchach era gobernador de la provincia." Para salvar el obstáculo ideó un recurso muy original. Habiendo declarado al califa que no podía comprometerse a cobrar los impuestos, le indujo a confiar tan odiosa misión a un hombre del partido que acababa de caer (1).

No puede negarse que había entre los yemenitas hombres extremadamente dúctiles, que tran-

(1) Aben-Jalican, Fasc. X, p. 116, ed. Wüstenfeld; Aben-Jaldun, fol. 199 r.

sigían sin pena con sus principios, y que, por conservar sus puestos, servían al que mandaba, fuese yemenita o caisita, con una adhesión y una docilidad a toda prueba. El kelbita Bixr era un prototipo de estos hombres, cada vez más numerosos, a medida que las costumbres se relajaban y el amor a la tribu cedía paso a la ambición y a la sed de riquezas. Nombrado gobernador de Africa por el caisita Yezid II, Bixr envió a España a uno de sus hermanos de tribu, llamado Anbasa, que hizo pagar a los cristianos del país doble tributo (1); pero cuando el yemenita Hixem subió al trono, envió a uno de su tribu, llamado Yahya, a que restituyese a los cristianos todo lo que habían cobrado injustamente. Un autor cristiano de aquel tiempo llega a decir que este gobernador—*terrible*—, tal es el epíteto que le da, tuvo que recurrir a medidas *crueles* para forzar a los musulmanes a que devolviesen lo que no les pertenecía (2).

Sin embargo, los yemenitas, en general, eran menos duros que sus adversarios con los vencidos, y, por consiguiente, resultaban menos odiosos. La población de Africa, formada por una aglomeración de tribus heterogéneas. que los árabes encontraron establecidas desde Egipto hasta el Atlántico, y que han sido designadas con el nombre de bereberes, tenía por ellos una predilección indecible. Los berberiscos eran una raza al-

(1) Isidoro, c. 52.
(2) Isidoro, c. 54.

tiva, aguerrida y extremadamente celosa de su libertad. En muchos aspectos, indicados ya por Strabon (1), se parecían a los árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, guerreaban del mismo modo que ellos, como atestigua Muza aben Nosair (2), que tanto contribuyó o someterlos; acostumbrados, como los árabes, a una independencia inmemorial, porque la dominación romana casi se había limitado a la costa; teniendo, en fin, la misma organización política, o sea una democracia templada por la influencia de las familias nobles, fueron para los árabes, cuando intentaron subyugarlos, enemigos mucho más terribles que los soldados mercenarios y los súbditos oprimidos de Persia y del imperio bizantino.

Los invasores pagaban cada éxito con una sangrienta derrota. En el mismo momento en que recorrían en triunfo el país hasta las orillas del Atlántico, se veían envueltos y divididos por hordas tan innumerables como las arenas del desierto. "Conquistar el Africa es empresa imposible—escribía un gobernador al califa Abdalmelic—; apenas es exterminada una tribu berberisca, surge otra en su lugar." Los árabes, tal vez a causa de los obstáculos que encontraron, y que el honor los impulsaba a salvar, costase lo que costase, se obstinaron en esta conquista con una terquedad y un valor admirables. A costa de se-

(1) II, 18.
(2) Ben-Adari, t. II, p. 20.

tenta años de mortífera guerra lograron la sumisión de los africanos, que consintieron en deponer las armas con tal de que no hiciesen valer sobre ellos los derechos adquiridos, de que se respetase su arrogancia quisquillosa y no los tratasen como vencidos, sino como iguales y hermanos. ¡Desgraciado el que cometía la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el caisita Yezid-aben-abi-Moslim, el antiguo secretario de Hadchach, quiso tratarlos como esclavos, y le asesinaron; así que, a pesar de ser caisita, el califa Yezid II tuvo la prudencia de no exigir el castigo de los culpables y de enviar un kelbita para gobernar la provincia. Menos precavido que su antecesor, Hixem provocó una insurrección terrible que desde Africa se propagó a España.

Yemenita al comienzo de su reinado, y, por lo tanto, bastante popular (1), Hixen acabó por inclinarse hacia los caisitas, porque los creía dispuestos a saciar su pasión dominante: la sed de oro. Habiéndole entregado las provincias que ellos sabían explotar tan bien, sacó de ellas más dinero que ninguno de sus antecesores (2), y en cuanto al Africa, en el año 734, año y medio después de la destitución de Obaida (3), la confió al gobierno del caisita Obaidala. Era éste nieto de un liberto, pero no un hombre vulgar. Había reci-

(1) *Qui Hiscam primordio suae potestatis satis se modestum ostendens.* Isidoro, c. 55.
(2) Isidoro, c. 57.
(3) En Ben-Adari (t. I, p. 37) hay que leer: un año y seis meses (Xaual 114-Rebi II, 116).

bido una educación sólida y brillante; sabía de memoria, y le entusiasmaban, los poemas clásicos y los relatos de las guerras de los antiguos tiempos (1). En su adhesión a los caisitas había un pensamiento noble y generoso. No habiendo encontrado en Egipto más que dos humildes tribus caisitas, hizo venir allí mil trescientas familias pobres de esa raza, y se desveló por que prosperase esta colonia (2). Su respeto hacia la familia de su patrono era conmovedor: en medio de su grandeza, y en el colmo del poderío, lejos de avergonzarse de su humilde origen, proclamaba en alta voz su gratitud hacia el padre de Ocba, que había manumitido a su abuelo; y cuando, siendo él gobernador de Africa, Ocba vino a visitarle, le sentó a su lado, y le demostró tanto respeto, que sus hijos, con la vanidad propia de todo advenedizo, se indignaron. "¡Qué!—le dijeron cuando le encontraron a solas—. ¡Haces sentar a tu lado a ese beduíno, en presencia de la nobleza y de los coraixitas, que se darán por ofendidos, indudablemente! Como eres un anciano, nadie se mostrará cruel contigo, y tal vez la muerte te pondrá a cubierto de toda hostilidad; pero debemos temer que el oprobio de este suceso caiga sobre nosotros. ¿Qué sucederá si el califa se entera de lo ocurrido? ¿No montará en cólera cuando sepa que has tributado más honores a este hombre que

(1) Ben-Adarí, t. I, p. 38.
(2) Macrizi, *De las tribus árabes establecidas en Egipto*, páginas 39, 40, ed. Wüstenfeld.

a los coraixitas?" "Tenéis razón, hijos míos—respondió Obaidala—; no encuentro modo de excusarme, y no volveré a hacer lo que me reprocháis."

A la mañana siguiente, llamó a Ocba y a los nobles a su palacio; los trató con sumo respeto, pero cedió el puesto de honor a Ocba, y, sentándose a sus pies, hizo venir a sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidala se levantó, y, después de haber glorificado a Dios y a su Profeta, repitió a los nobles las palabras que sus hijos le habían dirigido la víspera, y prosiguió en estos términos: "Tomo a Dios y a todos vosotros por testigos, aunque solo Dios basta, para declarar que este hombre que veis aquí es Ocba, hijo de Hadchach, que dió libertad a mi abuelo. Mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha inspirado un orgullo insensato; pero al menos, yo he querido dar a Dios la prueba de que no soy culpable de ingratitud y de que sé lo que debo, tanto al Eterno como a aquel hombre. He querido hacer esta declaración en público, porque temía que mis hijos llegasen a negar un beneficio de Dios y a no reconocer a este hombre y a su padre por sus patronos, lo cual traería como consecuencia inevitable la maldición de Dios y de los hombres, porque harto sé que el Profeta ha dicho: "¡Maldito aquel que pretende pertenecer a una "familia a la cual es extraño; maldito el que re"niega de su patrono!" Y también he oído referir

que Abubequer dijo: "Renegar de un pariente, "aunque sea lejano, o fingirse oriundo de una fami- "lia a la cual no se pertenece, es ser ingrato con "Dios..." Hijos míos, como os quiero tanto como a mí mismo, no he querido exponeros a la maldición del cielo y de los hombres. Me habéis asegurado que el califa se indignará contra mí, si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el califa—a quien Dios conceda larga vida—es demasiado magnánimo, comprende lo que debe a Dios, y conoce harto bien sus deberes para que yo tema excitar su cólera cumpliendo los míos; estoy persuadido de que aprobará mi conducta." "¡Bien dicho!—exclamaban por todas partes—. ¡Viva nuestro gobernador!" Los hijos de Obaidala, avergonzados, guardaron un sombrío silencio. Después, Obaidala, dirigiéndose a Ocba, prosiguió: "Señor, mi deber es obedecer tus órdenes. El califa me ha confiado un vasto país. Elige el gobierno de la provincia que más te agrade." Ocba eligió España. "Mi mayor anhelo—dijo—es tomar parte en la guerra santa; allí podré satisfacerle" (1).

Sin embargo, a pesar de la elevación de su carácter, y aunque poseía las virtudes características de su nación, Obaidala sentía el más profundo menosprecio por todo lo que no fuese árabe. A sus ojos, los coptos, los bereberes, los hispanos, los vencidos, en general—a los cuales apenas consideraba como hombres—, no tenían otra misión

(1) *Ajbar machmua*, fol. 60 r., 61 r.

en el mundo que enriquecer con el sudor de su frente al gran pueblo que Mahoma había llamado el mejor de todos. Ya en Egipto, cuando fué recaudador de contribuciones, había aumentado en una vigésima parte el tributo que pagaban los coptos; y este pueblo, de ordinario muy pacífico, y que desde que había sido dominado por los musulmanes nunca había apelado a las armas, se exasperó de tal modo por tan arbitraria medida, que se sublevó en masa (1). Elegido gobernador de Africa, juzgó un deber satisfacer los caprichos de los grandes señores de Damasco, a expensas de los rebeldes. Como las lanas de los merinos con que fabricaban telas de una blancura deslumbradora eran muy apreciadas en aquella capital, despojaba a los berberiscos de sus rebaños, los mandaba degollar, aunque a menudo no encontraba más que un solo carnero con lana entre cada ciento, porque los demás eran de los llamados carneros pelados o sin lanas, y, por consiguiente, inútiles para el gobernador (2). No contento con quitar a los bereberes sus ganados, fuente principal de su riqueza, o, por mejor decir, casi su único medio de vida, les arrebataba también sus mujeres y sus hijas, para surtir los harenes de Siria, porque los señores árabes tienen en el más alto aprecio a las mujeres berberiscas, que

(1) Macrizi, *Historia de los coptos*, p. 22 del texto, ed. Wustenfeld; véase también la nota del editor, p. 54.
(2) Aben-Jaldun. *Historia de los bereberes*, t. I, p. 150 151 del texto; *Ajbar majmua*, fol. 63, r.

siempre han gozado fama de sobrepujar a las árabes en belleza (1).

Durante más de cinco años, los bereberes sufrieron en silencio; murmuraban, acumulaban tesoros de odio; pero la presencia de un numeroso ejército los contenía aún.

La insurrección germinaba; tendría un carácter tanto religioso como político, estaría dirigida por misioneros y sacerdotes, porque, a pesar de las numerosas y ostensibles semejanzas que existían entre el berberisco y el árabe, mediaba, sin embargo, entre ellos la diferencia esencial de que el uno era no sólo piadoso, sino inclinado a la superstición, y ante todo lleno de una ciega veneración hacia sus sacerdotes, mientras el otro, burlón y escéptico, no concedía casi ninguna importancia a los ministros de la religión. En nuestros tiempos todavía los morabitos africanos ejercen una influencia ilimitada. Sólo ellos tienen derecho a intervenir en las rivalidades entre dos tribus; cuando hay que elegir jefes, ellos son los que proponen al pueblo los que consideran más dignos; cuando la gravedad de las circunstancias exige una reunión de las tribus, ellos recogen las diversas opiniones, deliberan entre sí y participan su decisión al pueblo, el cual se encarga de satisfacer todas sus necesidades y deseos (2) y hasta de reparar sus viviendas. ¡Cosa extraña y cu-

(1) Ibeh-Adhari, t. I, p. 39; Aben-Jaldun, *Loco laud;* compárese con Soyuti, *Tarij-al-Jolafa,* p. 222, l. 11, ed. Lees.
(2) Daumas, *La grande Kabylie,* p. 53-56.

riosa! Los bereberes tienen más veneración por los sacerdotes que por el mismo Dios. "El nombre de Dios—afirma un autor francés que ha estudiado a conciencia las costumbres de este pueblo—, el nombre de Dios, invocado por un infeliz a quien se pretende despojar, no le protege; en cambio, el de un morabito venerado le salva" (1). Por eso los berberiscos no han desempeñado un papel importante en el mundo más que cuando han sido impulsados por un sacerdote, por un morabito. Los morabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los almoravides y de los almohades. En su lucha contra los árabes, los berberiscos de las montañas del Auras fueron capitaneados por una profetisa, que creían dotada de un poder sobrenatural, y en aquel tiempo, el general árabe Ocba-aben-Nafi, que había comprendido mejor que nadie el carácter del pueblo que combatía, y adivinado que para vencerle había que buscar su flaco y herir su imaginación por medio de milagros, desempeñó atrevidamente el papel de hechicero, de morabito. Tan pronto encantaba serpientes como fingía escuchar voces celestiales, y aunque estos recursos nos parezcan ridículos y pueriles, resultaron tan fructuosos que una turba de bereberes, deslumbrados por los prodigios de aquel hombre y convencidos de que en vano intentarían resistirle, depusieron las armas y se convirtieron al islamismo.

(1) Daumas, p. 55.

En la época de que tratamos, esta religión predominaba en Africa. Durante el reinado de Omar II había hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista (1) llegó a decir que no quedaba un solo berberisco que no fuera musulmán, aserto que no parecerá muy exagerado si se recuerda que estas conversiones no eran completamente espontáneas, y que el interés desempeñaba en ellas un papel importante. Como la propagación de la fe era el objetivo de la vida de Omar, utilizaba todos los medios propios para hacer prosélitos; y apenas consentían en pronunciar las palabras: "No hay más que un solo Dios, y Mahoma es su Profeta", quedaban dispensados de pagar la capitación, sin estar obligados a cumplir estrictamente todos los preceptos religiosos. Un día que el gobernador del Jorasan escribió a Omar, quejándose de que los que en apariencia habían abrazado el islamismo lo hacían tan sólo por no pagar la capitación, añadiendo que había adquirido la certidumbre de que estos hombres no estaban circuncidados, el califa le respondió: "Dios ha enviado a Mahoma para llamar a los hombres a la verdadera fe, y no para circuncidarlos" (2). Es que contaba con el porvenir; bajo aquella inculta vegetación adivinaba una tierra rica y fértil, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los recién conversos merecían aún el reproche de tibieza, sus hijos y sus

(1) Ben Abd-Alhaquen, en Weil, t. I, p. 583.
(2) Aben-Jaldun, fol. 202 r.

nietos, nacidos y educados en el islamismo, llegarían a sobrepujar en celo y devoción a los que habían dudado de la ortodoxia de sus padres.

Los hechos han justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne a los habitantes de Africa. El islamismo, que les había sido tan antipático y odioso, se les hizo primero soportable y después querido en alto grado. Pero la religión, tal como ellos la comprenden, no es la fría religión oficial, triste término medio entre la incredulidad y el deísmo, que les predicaban misioneros sin unción, repitiéndoles siempre lo que debían al califa y no lo que el califa les debía a ellos; era la religión apasionada y atrevida, que les predicaban los no-conformistas, los cuales, perseguidos en Oriente como bestias feroces, y obligados a disfrazarse y adoptar nombres supuestos (1) para escapar a las persecuciones, habían ido a buscar, desafiando mil peligros, un asilo en los ardientes arenales de Africa, donde propagaban sus doctrinas con éxito inaudito. Estos doctores, convencidos y ardientes, no habían encontrado en ninguna parte disposiciones tan propicias para adoptar sus creencias; el calvinismo musulmán había, al fin, encontrado su Escocia. El mundo árabe, por decirlo así, había vomitado estas doctrinas no por repugnancia a los principios políticos del sistema, que armonizaban admirablemente con el instinto republicano del país,

(1) Véase en Mobarrad, p. 579, y sig. las curiosas aventuras del poeta no-conformista Imran ben-Hitan.

sino porque no quería ni tomar la religión en serio ni aceptar la moral intolerante que caracterizaba a estos sectarios. En desquite, los habitantes de los pobres aduares africanos la aceptaron con indescriptible entusiasmo. Ignorantes y sencillos, nada comprendían de las especulaciones y sublimidades dogmáticas en que se abismaban los espíritus superiores; hubiera sido inútil indagar a qué secta se afiliaron con preferencia, si eran haruritas, zofritas o ibaditas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficientemente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y democráticas, para compartir las esperanzas novelescas de nivelación universal que animaban a sus doctores y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, dignos del infierno. Como todos los califas, a partir de Otman, no habían sido más que usurpadores incrédulos, no era un delito sublevarse contra el tirano que les arrebataba sus bienes y sus mujeres; era un derecho y casi hasta un deber. Como hasta entonces los árabes los tenían alejados del gobierno, no dejándoles más que lo que no les habían podido quitar, el gobierno de las tribus, creían fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo—doctrina que en su salvaje independencia habían profesado desde tiempo inmemorial—era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el más humilde bereber podía ser elevado al trono en virtud del sufragio universal. Así este pueblo, cruelmente oprimido, excitado por

fanáticos, mitad apóstoles, mitad guerreros, que por su parte querían ajustar antiguas cuentas con los pseudoortodoxos, iba a sacudir el yugo en nombre de Alá y de su profeta, en nombre de aquel libro sagrado en que se habían apoyado otros para fundar un terrible despotismo. ¡Extraño destino el de los códigos religiosos, formidables arsenales que proporcionan armas a todos los partidos, que lo mismo justifican a los que queman herejes y predican el absolutismo, que a los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey y fundan una república...!

Todos los espíritus estaban, pues, en plena exaltación, y no se esperaba para tomar las armas más que una ocasión favorable, cuando en el año 740 Obaidala envió un gran contingente de tropas para invadir Sicilia. Alejado el ejército, bastaba el menor pretexto para que estallase la insurrección, y precisamente entonces el gobernador de Tingitania cometió la imprudencia de implantar el sistema caisita, ordenando a los bereberes de su distrito que pagasen doble tributo, como si no hubieran sido musulmanes. Inmediatamente tomaron las armas, se raparon la cabeza y ataron el Corán a la punta de sus lanzas—según la costumbre de los no-conformistas (1)—; confirieron el mando a Maisara, uno de los más celosos sectarios, a la vez sacerdote, soldado y demagogo; atacaron la ciudad de Tánger, se apo-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 63, r.

deraron y degollaron al gobernador y a cuantos árabes encontraron en ella, y, aplicando sus doctrinas en todo su inhumano rigor, no perdonaron ni aun a los niños. Maisara marchó desde Tánger hacia la provincia de Sus, gobernada por Ismael, hijo del gobernador Obaidala. Sin esperar su llegada, los bereberes se sublevaron en todas partes, y el gobernador de Sus sufrió la misma suerte que el de Tingitania. En vano los árabes intentaron resistir; batidos en todas partes, se vieron forzados a evacuar el país, y en pocos días perdieron toda la región occidental, cuya conquista les había costado tantos años de sacrificios. Los bereberes se reunieron para elegir califa, y tan democrática fué esta revolución, que la elección no recayó sobre un noble, sino sobre un hombre del pueblo, sobre el valiente Maisara, que antes había sido un simple aguador en el mercado de Cairauan.

Sorprendido de improviso, Obaidala ordenó a Ocba, gobernador de España, atacar la costa de Tingitania; así lo hizo; pero habiendo sido derrotadas sus tropas, Ocba, con fuerzas más considerables, desembarcó en Africa y pasó a cuchillo a cuantos bereberes cayeron en sus manos, pero no consiguió dominar la insurrección.

Al mismo tiempo, Obaidala había dado al fihirita Habib, jefe de la expedición de Sicilia, la orden de volver lo más pronto posible con sus tropas al Africa, confiando que la flota de España tendría a raya a los sicilianos; pero como el pe-

ligro iba en aumento porque la sublevación se propagaba con una rapidez espantosa, creyó que no podía esperar la llegada de estos refuerzos, y, reuniendo todas las tropas disponibles, confirió el mando al fihirita Jalid, prometiéndole reforzar su ejército con el de Habib en cuanto llegase. Jalid se puso en marcha; encontró a Maisara en las inmediaciones de Tánger, y se entabló la batalla.

Después de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró a Tánger, donde le asesinaron sus propios soldados, sea porque, acostumbrados a la victoria, les disgustase no haber triunfado esta vez, sea porque, después de encumbrado el demagogo, había traicionado las doctrinas democráticas de la secta, como afirman los cronistas árabes; en este caso sus correligionarios ejercitaron el derecho y el deber que, según sus doctrinas, les ordenaba deponer y matar al jefe o al califa que conculcase los principios de la secta.

Elegido otro jefe, los bereberes atacaron de nuevo y con más éxito a sus enemigos; en lo más fuerte de la lucha, una división, capitaneada por el sucesor de Maisara, cayó sobre la retaguardia de los árabes, que, cogidos entre dos fuegos, huyeron en espantoso desorden; pero Jalid y los nobles de su séquito eran demasiado altivos para sobrevivir al baldón de tal derrota, y, arrojándose entre las filas de los enemigos, se hicieron matar hasta el último, vendiendo caras sus vidas. Este

combate funesto, en que pereció lo más escogido de la aristocracia árabe, recibió el nombre de *combate de los nobles*.

Habib, que había llegado de Sicilia y avanzado hasta las inmediaciones de Tahort, no se atrevió a atacar a los berberiscos cuando supo el desastre de Jalid, y bien pronto el Africa semejó un navío encallado, sin velamen ni piloto. Obaidala fué depuesto por los mismos árabes, que le acusaban, no sin razón, de haber atraído sobre ellos tan terribles desgracias (1).

El califa Hixem tembló de dolor y de rabia al enterarse de la insurrección de los berberiscos y de la derrota de su ejército. "¡Por Alá—exclamó—, que les haré experimentar lo que es la cólera de un árabe de rancia casta! Enviaré un ejército como jamás se ha visto; la cabeza de la armada llegará a Tánger cuando la cola esté todavía aquí!" Cuatro distritos de Siria recibieron la orden de aprestar seis mil soldados cada uno; el quinto, el de Kinesrina, debía proporcionar tres mil. A estos veintisiete mil hombres habían de unirse mil soldados de Egipto y todas las tropas africanas. Hixem confirió el mando de este ejército y el gobierno de Africa a un general caisita curtido en la guerra, a Coltum, de la tribu de Coxair. En caso de que éste muriera, su

(1) Ben-Adari, t. I, pp. 38-41; Aben-Jaldun, *Historia de Africa*, ed. Noël des Wergers, pp. 10 y 11 del texto; el mismo, en su *Historia de los bereberes*, t. I, p. 151 del texto; *Ajbar machmua*, folio 61 v.; Isidoro, c. 61; Ben-al-Cutia, folio 6 v.

sobrino (1) Balch debería substituírle, y si moría también, el generalato debía pasar al jefe de las tropas del Jordán, a Talaba, de la tribu yemenita de Amila. Queriendo infligir a los rebeldes un ejemplar castigo, el califa autorizó al general que entregase al saqueo todas las regiones reconquistadas y que decapitase a cuantos cayeran en sus manos.

Habiendo elegido por guías a dos oficiales, clientes de los ommíadas, que conocían el país, y que se llamaban Harun y Moghit, Coltum penetró en Africa durante el verano del año 741. Los árabes de este país recibieron muy mal a los sirios, que procedían con una rudeza insolente, por lo cual les consideraron como invasores más que como auxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraron las puertas, y cuando Balch, que mandaba la vanguardia, les ordenó abrir con tono imperioso anunciándoles que estaba decidido a establecerse en Africa con sus soldados, escribieron a Habib, que aun estaba acampado cerca de Tahort, para informarle de lo que ocurría. Habib dirigió inmediatamente una carta a Coltum, en la cual le decía: "Tu insensato sobrino ha osado decir que ha venido para establecerse en nuestro país con sus soldados, llegando hasta amenazar a los habitantes de nuestras ciudades; pero te advierto de antemano que si el ejército no nos deja tranquilos, nosotros mismos nos alzaremos en armas

(1) Algunos autores dicen que Balch era primo hermano de Coltum.

contra vosotros." Coltum se excusó y le anunció que iría a reunirse con él cerca de Tahort; llegó, en efecto; pero bien pronto surgieron desavenencias entre el sirio y el africano, y Balch, que había defendido con vehemencia la causa de su tío, exclamó:

—He aquí al que nos amenaza con volver las armas contra nosotros.

—Pues bien—le respondió Abderrahman, hijo de Habib—; mi padre está dispuesto a daros una satisfacción si os creéis ofendidos.

Los dos ejércitos no tardaron en asociarse a la disputa; el grito "¡A las armas!" fué pronunciado simultáneamente por los sirios y por los africanos, a los cuales estaban unidos los soldados egipcios. Costó gran trabajo evitar la efusión de sangre y restablecer la concordia, que no fué más que aparente.

El ejército, formado por unos setenta mil hombres, avanzó hasta un paraje llamado Bacdura o Nafdura (1), donde los berberiscos le cortaron el paso. Viendo que los enemigos eran superiores en número, los dos clientes ommíadas que servían de guías a Coltum le aconsejaron construír un campo fortificado, rehuir la batalla y limitarse a asolar las ciudades de los alrededores. Coltum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Balch lo rechazó con indignación. "Guárdate de

---

(1) El primer nombre se encuentra en el *Ajbar machmua;* el segundo, en Ben-al-Cutía. En otro lugar del *Ajbar machmua* (fol. 66 r.) se lee *Nacdura.*

seguir esa opinión—dijo a su tío—, y no te preocupe el número de los bereberes, porque no tienen armas."

Y en esto Balch tenía razón, porque los berberiscos estaban mal armados, y por todo traje no llevaban más que un paño; hasta tenían pocos caballos; pero Balch olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor a la libertad duplicaban sus fuerzas. Coltum, acostumbrado a dejarse guiar por su sobrino, siguió su parecer, y resuelto a entablar la batalla, le confirió el mando de la caballería siria; confió el de las tropas africanas a Harun y a Moghit, y él mismo se puso a la cabeza de la infantería siria.

Balch comenzó el ataque. Se jactaba de que aquella desordenada multitud no resistiría un instante a su caballería; pero los enemigos habían hallado un medio muy seguro para defraudar sus esperanzas: arrojar a la cabeza de los caballos sacos llenos de piedras, estratagema que fué coronada por el éxito, pues los corceles, enfurecidos, se encabritaron y desmontaron a muchos jinetes. Los berberiscos lanzaron después contra la infantería yeguas salvajes, que habían logrado enfurecer atando a sus colas odres y tiras de cuero, causando gran desorden en las filas. A pesar de esto, Balch, que había permanecido a caballo con cerca de siete mil jinetes, intentó reanudar el ataque, logrando romper las filas berberiscas, y llegando en su carga impetuosa a la retaguardia del ejército enemigo; pero bien pronto los be-

reberes se volvieron para cortarle la retirada, mientras otros combatían a Coltum con tanto éxito que murieron Habib, Moghit y Harun; y los árabes de Africa, privados de sus jefes y enemistados contra los sirios, emprendieron la fuga. Coltum resistía obstinadamente con la infantería siria. Un sablazo le desolló la cabeza, y—según afirma un testigo ocular—él volvió a poner la piel en su sitio con una sangre fría prodigiosa. Hiriendo a diestro y siniestro, recitaba versículos del Corán, propios para estimular el valor de sus compañeros: "Dios—decía—ha comprado a los creyentes sus bienes y sus vidas para darles, en cambio, el Paraíso; el hombre no muere más que por la voluntad de Dios, y de acuerdo con el destino que fija el término de la vida."

Pero cuando los nobles que combatían a su lado fueron muertos uno a uno; cuando él mismo cayó, acribillado de heridas, la derrota de los sirios fué completa y terrible, y los bereberes los persiguieron con tal encarnizamiento que, según confesión de los vencidos, un tercio de aquel gran ejército quedó muerto, y el otro fué hecho prisionero.

Mientras tanto, Balch, separado con siete mil jinetes del grueso del ejército, se había defendido valientemente, haciendo gran estrago entre los berberiscos; pero éstos eran muy numerosos para preocuparse de sus muertos; y cuando muchas divisiones, después de haber alcanzado la victoria sobre las tropas de su tío, se volvieron contra él,

y vióse abrumado por una multitud inmensa, no quedándole más partido que la retirada o la muerte, buscó la salvación en la fuga; pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairauan, que habían seguido otros fugitivos, tuvo que tomar la dirección opuesta. Perseguidos sin descanso por los bereberes, que montaban los caballos de los enemigos muertos en el combate, los jinetes sirios llegaron cerca de Tánger extenuados de fatiga. Después de haber intentado en vano penetrar en la ciudad, se dirigieron a Ceuta, y habiéndose apoderado de esta plaza, reunieron fácilmente algunos víveres, gracias a la fertilidad de la zona circundante. Cinco o seis veces fueron atacados por los berberiscos; pero como éstos no sabían sitiar estratégicamente una fortaleza, y como los sitiados se defendían con el valor de la desesperación, comprendieron que no lograrían tomar a viva fuerza el último asilo que quedaba a los enemigos. Resolvieron, pues, sitiarlos por hambre, y asolando los campos de las inmediaciones, los rodearon de un desierto de dos jornadas de camino. Los sirios se vieron obligados a alimentarse con la carne de sus caballos, pero bien pronto éstos empezaron a faltar, y si el gobernador de España se obstinaba en negarles los auxilios que reclamaba su deplorable situación, irremisiblemente morirían de hambre (1).

---

(1) *Ajbar machmua*, fol. 62 r.-64 v.; Ben-Adhari, t. I, páginas 41-43; Isidoro, c. 63.

XI

En ningún caso los árabes, establecidos en España hacía treinta años, hubieran consentido fácilmente en enviar a los sirios, encerrados entre las murallas de Ceuta, las naves que demandaban para pasar a la península. La insolente rudeza con que habían tratado a los árabes de Africa, su designio altivamente anunciado de establecerse en este país, habían prevenido a los árabes de España de los peligros que podían temer si les enviaban recursos para cruzar el estrecho. Pero si en cualquier ocasión los sirios tenían pocas probabilidades de obtener lo que deseaban, entonces no les quedaba absolutamente ninguna, por ser el partido medinés el que gobernaba en España.

Después de haber sostenido contra los paganos, es decir, contra los árabes de Siria, una lucha tan larga como tenaz, los descendientes de los fundadores del islamismo, de los defensores y los emigrados habían sucumbido en la sangrienta batalla de Harra; más tarde, cuando vieron saqueada su ciudad santa, transformada en cuadra su mezquita y violadas sus mujeres; cuando—como si todos estos sacrilegios y todos estos horrores que recuerdan el saqueo de Roma por la feroz soldadesca del condestable y los furiosos luteranos de Jorge Freundsberg, no hubieran sido suficientes—habían sido forzados a jurar que de allí en adelante serían esclavos del califa, *escla-*

vos que a capricho podía manumitir o vender, abandonaron en masa—como ya hemos tenido ocasión de referir—su ciudad, antes tan venerada, pero que ahora servía de guarida a las bestias feroces, y habiéndose alistado en el ejército de Africa, vinieron con Muza a España, donde se establecieron. Si su celo religioso, mezclado siempre con cierta levadura de hipocresía, de orgullo y de ambición mundana, se había entibiado tal vez durante el camino, al menos habían conservado en su alma y transmitido a sus descendientes un odio implacable hacia los sirios y la convicción de que, por tener el honor de ser los descendientes de los gloriosos compañeros del Profeta, el poder les pertenecía por derecho propio. Ya una vez, cuando el gobernador de España pereció en la célebre batalla contra Carlos Martell, cerca de Poitiers, en octubre del año 732, habían elegido para el gobierno de la península al hombre más influyente de su partido, a Abdalmelic, hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes había combatido a favor suyo en Harra; pero como Abdalmelic—según el testimonio unánime de los árabes y de los cristianos (1)—había cometido las mayores injusticias esquilmando la provincia, había perdido el poder desde que Africa recuperó su legítima autoridad sobre España, es decir, desde que Obaidala fué nombrado gobernador de Occidente. Obaidala, como

(1) Isidoro, c. 60; Aben-Baxcoual, en Macari, t. II, p. 11.

ya hemos dicho, había confiado el gobierno de la península a su patrono Ocba, el cual, llegado a España, hizo aprisionar a Abdalmelic y transportar a Africa los jefes del partido medinés, cuyo espíritu inquieto y turbulento perturbaba la tranquilidad del país (1). Sin embargo, los medineses no se desalentaron, y más tarde, cuando a causa de la gran insurrección berberisca, el poder del gobernador de Africa quedó anulado en España, y cuando Ocba cayó tan gravemente enfermo que se preveía su fin próximo, lograron persuadirle y obligarle a que nombrase a Abdalmelic sucesor suyo (2)—enero 741—(3).

Era, por consiguiente, a Abdalmelic a quien Balch tuvo que dirigirse demandando recursos para pasar a España; pero no había nadie menos dispuesto a acceder favorablemente a su petición. En vano Balch procuró conmoverle escribiéndole que él y sus compañeros morían de hambre en Ceuta y que eran tan árabes como él; Abdalmelic, el viejo caudillo medinés, lejos de compadecerse de su miseria, daba gracias al cielo que le había permitido saborear, a la edad de noventa años, los indecibles placeres de la venganza. Por lo tanto, iban a perecer de inanición los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos herejes, que en la batalla de Harra habían exterminado a sus parientes y amigos, que habían pretendido atravesarle

(1) Isidoro, c. 61.
(2) Isidoro, c. 61, 63.
(3) Esta fecha, la única verdadera, ha sido aportada por Razi, *apud* Macari, t. II, p. 11.

a él mismo con sus espadas, que habían saqueado Medina y profanado el templo del Profeta. Los hijos de estos monstruos concebían aún esperanzas de que se apiadase de su suerte, ¡como si el espíritu vengativo de un árabe pudiera perdonar tales ofensas! ¡Como si los sufrimientos de un sirio pudieran inspirar compasión a un medinés! Abdalmelic no tuvo, pues, más que un cuidado, una preocupación y un pensamiento: impedir que otros, menos hostiles a los sirios, les suministrasen víveres. A pesar de las precauciones que adoptó, un compasivo noble de la tribu de Lajm logró burlar su vigilancia e introducir en el puerto de Ceuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo, Abdalmelic hizo arrestar al generoso lajmita y le dió setecientos azotes. Después, so pretexto de que tramaba una sublevación, le hizo acribillar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fué atado a un patíbulo con un perro crucificado a su derecha, a fin de que el suplicio resultase más ignominioso.

Los sirios parecían, pues, condenados a morir de hambre, cuando un acontecimiento imprevisto forzó a Abdalmelic a cambiar de conducta.

Los bereberes establecidos en la península, aunque no estuviesen tiránicamente oprimidos, compartían la celosa aversión de sus hermanos de Africa hacia los árabes. Eran ellos los verdaderos conquistadores del país, porque Muza y sus secuaces no habían hecho más que recoger los

frutos de la victoria alcanzada por Taric y sus doce mil berberiscos sobre los godos. En el momento en que desembarcaron en la costa de España, lo único que faltaba que hacer era ocupar algunas ciudades, prontas a rendirse a la primera intimación. Y, sin embargo, cuando se trató de repartir el fruto de la conquista, los árabes se habían adjudicado la parte del león, apoderándose de lo mejor del botín, del gobierno del país y de las tierras más fértiles. Apropiándose la hermosa y opulenta Andalucía, habían relegado a los compañeros de Taric a las áridas mesetas de la Mancha y Extremadura, a las ásperas montañas de León, Asturias y Galicia, donde tenían que sostener continuas escaramuzas con los indómitos cristianos. Poco escrupulosos entre ellos mismos cuando se trataba de intereses, habían mostrado una severidad inexorable en lo relativo a los berberiscos. Cuando éstos se permitían pedir dinero por el rescate de los cristianos que se habían rendido por capitulación, los árabes, después de hacerles sufrir el látigo y la tortura, dejaban gemir a los indígenas cargados de cadenas y apenas cubiertos de harapos, plagados de miseria, en infectos calabozos (1).

La suerte de España estaba, pues, ligada tan íntimamente con la de Africa, que los choques del otro lado del estrecho no podían menos de repercutir aquí. Ya una vez el fiero y valiente Munu-

(1) Isidoro, c. 44.

za, uno de los cuatro principales jefes berberiscos venidos a España con Taric (1), había levantado la bandera de la insurrección en Cerdaña, porque había sabido que sus hermanos de Africa estaban cruelmente oprimidos por los árabes, y había sido secundado por Eudes, duque de Aquitania, con cuya hija se había casado (2). Esta vez la sublevación de los berberiscos africanos tuvo en España un eco ruidoso. Los bereberes de este país habían acogido con los brazos abiertos a los misioneros no-conformistas, llegados de Africa para predicarles y excitarlos a alzarse en armas contra los árabes. Una insurrección, a la vez política y religiosa como la de Africa, estalló en Galicia y se transmitió a todo el Norte, excepto al distrito de Zaragoza, el único en esta parte del país en que tenían mayoría los árabes, que fueron vencidos y arrojados de todas partes, como fueron derrotadas todas las fuerzas que Abdalmelic envió contra los rebeldes. Después, los berberiscos de Galicia, Mérida, Talavera, Coria y otras regiones se reunieron, eligieron un jefe, un *imam*, y se dividieron en tres cuerpos de ejército, destinados, el primero, a sitiar Toledo; el segundo, a atacar a Córdoba, y el tercero, a marchar contra Algeciras, a fin de apoderarse de la flota anclada

(1) Sebastián, c. 11.

(2) Isidoro (c. 58) es el que detalla esta sublevación, diciendo que tuvo lugar cuando Abderrahman al-Gafiki era gobernador de España. Los autores árabes la suponen durante el gobierno de Haitam, el predecesor de Abderrahman; véase Ben-Adari, t. II, p. 27, y Macari, t. I, p. 145.

en el puerto, pasar el estrecho, exterminar a los sirios en Ceuta y transportar a España una turba de berberiscos africanos.

La situación de los árabes de España llegó, por lo tanto, a ser tan precaria y peligrosa que Abdalmelic, bien a pesar suyo, se vió forzado a solicitar el auxilio de los mismos sirios que hasta entonces había abandonado tan implacablemente a su triste suerte. Tomó, sin embargo, precauciones; les prometió enviarles medios de transporte, pero a condición de que evacuarían la península tan pronto como la rebelión fuera sofocada, y además que cada división le entregaría como rehenes diez de sus jefes, que serían custodiados en una isla y responderían con su cabeza del fiel cumplimiento del tratado. Por su parte, los sirios estipularon que Abdalmelic no los separaría cuando los hiciera conducir a Africa, y que los llevaría a una costa que no estuviese en poder de los berberiscos.

Aceptadas recíprocamente estas condiciones, desembarcaron en Algeciras los sirios, hambrientos, cubiertos apenas de miserables harapos. Proporcionáronseles víveres, y como se hallaban en España casi todos sus hermanos de tribu, éstos se encargaron de equiparlos, cada uno según sus recursos; hubo jefe rico que proporcionó cien vestidos para los recién llegados, y otro, cuya fortuna era menos considerable, vistió solamente a diez o a uno solo. Luego, como era preciso detener a la división berberisca que avanzaba sobre Al-

geciras y que había llegado ya a Medina-Sidonia, la atacaron los sirios, reforzados por algunos cuerpos de árabes españoles, y combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron, apoderándose de rico botín. El ejército berberisco que marchaba sobre Córdoba se defendió con más tenacidad, causando a los árabes graves pérdidas; pero al fin también fué dispersado. Quedaba el tercer ejército, el más numeroso de todos, el que sitiaba a Toledo hacía veintisiete días, ejército que salió al encuentro del enemigo y que fué completamente derrotado a orillas del Guazalate. Desde entonces, los vencedores persiguieron a los rebeldes como a bestias feroces en toda España, y los sirios, mendigos la víspera, recogieron un botín tan considerable que de repente se hallaron más ricos de lo que jamás habían soñado.

Gracias a tan intrépidos guerreros, la insurrección berberisca, que comenzó tan formidable, quedó sofocada como por encanto; pero Abdalmelic no logró desembarazarse tan fácilmente de aquellos auxiliares que temía tanto como odiaba. Apresuróse, pues, a recordar a Balch el tratado concertado con él, y a exigirle que abandonase España; pero Balch y los sirios no querían volver a un país en que habían sufrido toda clase de reveses; por el contrario, se habían aficionado extraordinariamente a vivir en las magníficas comarcas, teatro de los éxitos que los habían enriquecido. No es, pues, de extrañar que surgiesen discusiones y querellas entre hombres que, siendo

tradicionales enemigos, tenían entonces intereses y deseos opuestos. Como el odio es un mal consejero, Abdalmelic agravó la situación y reavivó las inveteradas llagas negando a los sirios el ser transportados a Africa todos a la vez, y pretextando que, como ahora tenían tantos caballos, esclavos y bagajes, no disponía de barcos para cumplir esta cláusula del tratado. Además, como los sirios deseaban embarcarse en la costa de Elvira—Granada—o de Todmir—Murcia—, declaró que esto era imposible, que todos los buques estaban en el puerto de Algeciras y que no podía alejarlos de aquella parte de la costa, porque los bereberes africanos podían aprovecharse e intentar un desembarco; en fin, sin disimular sus pérfidos pensamientos, cometió la imprudencia de ofrecer a los sirios conducirlos a Ceuta nuevamente. Esta proposición produjo una indignación indecible.

—Más valdría que nos echaran al mar que entregarnos a los berberiscos de Tingitania—exclamó Balch, y reprochó duramente al gobernador el haber intentado dejarlos morir de hambre en Ceuta y el haber crucificado de una manera infamante al generoso lajmita que les había proporcionado víveres. De las palabras pasaron pronto a los hechos, y, aprovechando la ocasión de que Abdalmelic apenas tenía tropas en Córdoba, los sirios le arrojaron de su palacio y proclamaron a Balch gobernador de España—20 de septiembre del año 741—.

Desencadenadas las pasiones, era de temer que

nada detendría a los sirios, y los acontecimientos no tardaron en demostrarlo.

El primer cuidado de Balch fué poner en libertad a los jefes sirios que habían servido de rehenes y que Abdalmelic hacía custodiar en la isla de Om-Hakim, frente a Algeciras. Los jefes llegaron a Córdoba irritados, exasperados; se quejaban de que el gobernador de Algeciras, cumpliendo las órdenes de Abdalmelic, les había dejado sin agua y alimentos, y de que un noble de Damasco, de la tribu yemenita de Gasan, había perecido de sed. Exigían la muerte de Abdalmelic en expiación de la del gasanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jefe venerado, todo esto llevó al colmo el odio que los sirios sentían por Abdalmelic, aquel pérfido que merecía la muerte. Balch, a quien repugnaban las medidas extremas, intentó apaciguarlos diciendo que la muerte del gasanita debía atribuirse a una negligencia involuntaria y no a un designio premeditado.

—Respetad la vida de Abdalmelic—añadió—; es un coraixita y además un anciano.

Pero sus palabras no surtieron efecto; los yemenitas, que tenían que vengar a un hombre de su raza, y que sospechaban que Balch quería salvar a Abdalmelic porque éste era de la raza de Maad, a la cual pertenecía Balch igualmente, persistieron en su demanda, y Balch, que como la mayoría de los nobles sólo ejercía el mando a condición de ceder a la voluntad y a las pa-

siones de sus soldados, no pudo resistir a sus clamores, y permitió que fuesen a arrancar a Abdalmelic de la casa que poseía en Córdoba, y a la cual se había retirado después de su deposición.

Ebrios de furor, los sirios arrastraron al suplicio a aquel nonagenario, cuyos largos cabellos blancos le asemejaban—tal es la expresión extraña y pintoresca de las crónicas árabes—a la cría de un avestruz.

—¡Cobarde—exclamaban—, te has librado de nuestras espadas en la batalla de Harra! Para vengarte de tu derrota nos has obligado a comer perros y hasta cueros; has querido entregarnos y aun vendernos a los berberiscos, a nosotros, soldados del califa.

Deteniéndose cerca del puente, le azotaron con vergajos, hundieron las espadas en su pecho y clavaron el cadáver en una cruz, crucificando a la izquierda un perro y a la derecha un cerdo. Tan bárbaro asesinato, tan infamante suplicio, clamaba venganza. La guerra estaba encendida; las armas decidirían si habían de ser dueños de la península los árabes de la primera o de la segunda invasión, los medineses o los sirios.

Los medineses tenían por jefes a los hijos de Abdalmelic, Omeya y Catan, que habían huído cuando la deposición de su padre, yendo el uno en busca de socorros a Zaragoza, y el otro, a Mérida. Sus antiguos enemigos, los bereberes, hicieron causa común con ellos; deseaban volver

más tarde sus armas contra los árabes de España; pero, ante todo, querían vengarse de los sirios. Los medineses tuvieron además otros auxiliares; el lajmita Abderrahman-ben-Alcama, gobernador de Narbona, y el fihirita Abderrahman, hijo del general africano Habib, que se había refugiado en España, seguido de algunas tropas, después de la terrible derrota en que había perecido su padre, pero antes de la llegada de los sirios a la península (1). Enemigo jurado de Balch, había atizado el odio que el viejo Abdalmelic sentía hacia los sirios, refiriéndole las insolencias y abusos que habían cometido en Africa; había fortalecido su propósito de no enviarles los barcos que solicitaban y dejarlos morir de hambre. Entonces creíase obligado a vengar el suplicio de Abdalmelic, porque era de su tribu y además aspiraba al gobierno de la península (2), basándose er su ilustre origen.

Los coligados tenían sobre sus enemigos la ventaja del número, porque el ejército contaba con cuarenta mil hombres, según unos, y con cien mil, según otros; mientras Balch no pudo reunir más que doce mil soldados, si bien vinieron en su ayuda gran número de sirios que acababan de pasar el estrecho, después de muchas tentativas inútiles para volver a su patria. A fin de

(1) Esto es lo que se dice formalmente Rakik (*apud* Ben-Adari, t. I, p. 43), y este aserto tiene más probabilidades de certeza que el de otros cronistas, que aseguran que Abderrahman-ben-Habib llegó a España en compañía de Balch.

(2) Ben-al-Abbar, p. 51.

engrosar sus tropas, reclutó una turba de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los árabes y de los bereberes, y después fué a esperar al enemigo en una aldea llamada Aqua-Portora. Entablado el combate—agosto, 742—, los sirios se defendieron tan denodadamente que rechazaron todos los ataques de los coligados. Entonces Abderrahman, el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero más valiente y más cumplido que jamás había habido en España, creyó que la muerte del jefe del ejército enemigo decidiría la suerte de la batalla.

—¡Que me muestren a Balch!—exclamó, y juró matarle o morir.

—Mírale—respondió uno—, es aquel que monta un caballo blanco y que lleva el estandarte.

Abderrahman cargó tan vigorosamente con sus jinetes de la frontera, que hizo retroceder a los sirios. A la segunda tentativa hirió a Balch en la cabeza; pero atacado de pronto por la caballería de Kinesrina y rechazado por ella, arrastró en su rápida retirada todo el ejército de los coligados. Su derrota fué completa; perdieron diez mil hombres, y los sirios, que no habían perdido más que mil, volvieron a entrar en Córdoba vencedores.

Las heridas de Balch eran mortales; pocos días después exhaló el último suspiro; y como el califa había dispuesto que si Balch llegaba a morir le sustituyese el yemenita Talaba, los sirios proclamaron gobernador de España a este jefe. Los medineses no tenían motivo para felicitarse por ello.

Aunque no lo consiguió, Balch, al menos, había procurado refrenar los sanguinarios apetitos de los sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Quería ser popular y comprendía que, para lograrlo, tenía que hacerse el desentendido, o reconocía en los graznidos lúgubres de un pájaro nocturno una voz querida, que le recordaba que aun tenía que vengar en los medineses la muerte de un pariente cercano, de un padre tal vez? (1). Se ignora; pero lo cierto es que la resolución que adoptó de no tener piedad para los medineses le ganó el corazón de sus soldados y le hizo más popular de lo que Balch había sido nunca.

El principio de su gobierno no fué feliz; habiendo atacado a los árabes y a los bereberes, reunidos en gran número en los alrededores de Mérida, fué vencido y obligado a retirarse a la capital del distrito, donde su situación no tardó en ser crítica. Ya había enviado a Córdoba la orden de que su lugarteniente viniera en su auxilio con el mayor número posible de tropas, cuando una feliz casualidad le salvó. Un día de fiesta, en que los sitiadores se habían dispersado por las cercanías sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, él, aprovechando este descuido, atacó a los adversarios de improviso, haciendo una gran carnicería, cogiendo mil prisioneros, forzando a

---

(1) Los árabes creían que cuando un hombre había perecido de muerte violenta, su alma, huyendo del cuerpo, se metamorfoseaba en un buho o en un mochuelo, que hacía oír su chillido hasta que el muerto quedaba vengado en la persona del matador.

los demás a buscar la salvación en una fuga precipitada, y llevándose como esclavos a los niños y a las mujeres. Era esto un atentado inaudito, una barbarie que hasta entonces los mismos sirios no se habían atrevido a cometer. Mientras Balch había sido su jefe, habían respetado el uso establecido desde tiempo inmemorial, y perpetuado hasta nuestros días entre los beduínos, el uso de dejar — cuando se trataba de guerras civiles — en libertad a las mujeres y a los hijos del enemigo, y aun de tratarlos con cierta cortesía. Cuando Talaba, arrastrando diez mil prisioneros, retornó a Andalucía, fué peor aún. Haciendo acampar su ejército en Mozara, cerca de Córdoba, un jueves del mes de mayo del 743, ordenó sacar los cautivos a pública subasta. Entre ellos había muchos medineses, y, a fin de abatir de una vez para siempre el orgullo de estos últimos, los sirios, jocosamente feroces, convinieron entre ellos en venderlos, no a la alza, sino a la baja. Un medinés, por el cual un sirio había ofrecido diez monedas de oro, fué adjudicado a cambio de un perro; otro fué vendido por un cabrito, y así sucesivamente. Nunca, ni en el horrible saqueo de Medina, los sirios habían hecho sufrir tales afrentas, tales ignominias a los hijos de los fundadores del islamismo.

Esta escandalosa escena duraba aún cuando un acontecimiento que Talaba y sus exaltados secuaces no había previsto vino a ponerle término.

Los hombres moderados y sensatos de los dos

partidos, afligidos por los males de la guerra civil, indignados por los terribles excesos de unos y otros, y temiendo que los cristianos del norte aprovechasen la discordia de los musulmanes para extender sus dominios, habían entrado en relaciones con el gobernador de Africa, Handala el kelbita, para rogarle enviara un gobernador capaz de restablecer la tranquilidad y el orden. Handala había enviado a España al kelbita Abu-'l-Jatar, que llegó con sus soldados a Mozara en el preciso momento en que se vendía a los árabes a cambio de los perros y chivos. Mostró las órdenes, y como era un noble de Damasco, los sirios no se resistieron a reconocerle. Los árabes de España le saludaron como a su salvador, porque su primer cuidado fué libertar a los diez mil cautivos vendidos a la baja.

Con prudentes medidas, el nuevo gobernador restableció la tranquilidad. Concedió la amnistía a Omeya y a Catan, los dos hijos de Abdalmelic, y a todos los que abrazaron su partido, excepto el ambicioso Abderrahman ben-Habib, que intentó ganar la costa y pasar a Africa, donde le esperaba un brillante destino; alejó de España a doce de los jefes más turbulentos, entre los cuales figuraba Talaba, diciéndoles que, en vez de perturbar la tranquilidad de la península, debían emplear mejor su fogoso valor combatiendo a los berberiscos africanos; y, en fin, como urgía librar la capital de los sirios que pululaban en ella, les repartió en feudo tierras del dominio público, or-

denando a los siervos que las cultivaban que desde entonces diesen a los sirios el tercio de las cosechas que antes entregaban al Estado. La división de Egipto quedó establecida en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Todmir (Murcia); la de Emesa, en los distritos de Niebla y de Sevilla; la de Palestina, en los distritos de Sidona y Algeciras; la del Jordán, en el distrito de Regio—Málaga—; la de Damasco, en el distrito de Elvira—Granada—, y, en fin, la de Kinesrina, en el distrito de Jaén (1).

Así concluyó el papel importante, pero desgraciado, que los hijos de los defensores de Mahoma desempeñaron en la historia musulmana. Escarmentados por tantos reveses y catástrofes, comprendieron que no podían realizarse sus ambiciosas esperanzas. Abandonando a otros partidos la escena pública, se obscurecieron para vivir retirados en sus dominios, y cuando, a largos intervalos, se ve surgir el nombre de algún caudillo medinés en los anales árabes, obraba por motivos puramente personales o para servir a un partido que no era el suyo. Aunque ricos y numerosos, no ejercieron casi ninguna influencia sobre la suerte del país. Entre los descendientes del gobernador Abdalmelic, unos, los Beni-'l-Chad, eran opulentos propietarios de Sevilla; otros, los Beni-

(1) *Ajbar machmua*, fols. 65 v.-69 r.; Isidoro, c. 64-67; Ben-Adari, t. II, pp. 30-34; Macari, t. II, pp. 11-14; Ben-al-Cutia, fols. 7 r.-8 v.; Ben-al-Jatib, en mis *Investigaciones*, t. I, p. 84 y sig.

Casim, poseían vastos dominios cerca de Alpuente (1), en la provincia de Valencia, donde el pueblo de Benicasim lleva aún su nombre; pero ni una ni otra rama salió de una obscuridad relativa. Cierto que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño estado que no se extendía más allá de los límites de sus tierras; pero era en la época en que, desmembrado el califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba tono de soberano. También es verdad que dos siglos después los Beni-'l-Ahmar, descendientes del medinés Sad ben-Obada (2), uno de los más ilustres compañeros de Mahoma, y que estuvo a punto de ser su sucesor, subieron al trono de Granada; pero entonces las antiguas pretensiones y los antiguos odios estaban sepultados en un profundo olvido; nadie se acordaba ya de la existencia de un partido medinés; los árabes habían perdido su carácter nacional, y bajo la influencia berberisca, hasta se habían hecho devotos. Además, esta rama de los Beni-'l-Ahmar no reinó más que para ver a los reyes de Castilla conquistarles una a una todas las fortalezas, hasta el día en que "la Cruz entró en Granada por una puerta, mientras el Corán salía por la otra", y en que el *Te Deum* vibró donde antes había resonado el *Alá acbar*, como dice el romance español. Viva imagen del destino de los medineses, la familia de Sad ben-Obada, cuyo nom-

(1) Macari, t. II, p. 11.
(2) Ben-al-Jatib, man. G, fol. 176 r.

bre se enlaza con los más esclarecidos de la historia de Oriente y de Occidente, con los de Mahoma y Abubequer, con los de Carlomagno e Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fué casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y acaba con Boabdil. Un intervalo de ocho siglos y medio separa estos dos nombres, y, sin embargo, los dos que los llevaros murieron en el destierro, soñando con su grandeza pasada. Intrépido campeón del islamismo en todos los combates que Mahoma había sostenido con los paganos, Sad *el Perfecto* iba a ser elegido califa por los defensores, cuando los emigrados de la Meca reclamaron ese derecho para sí mismos. Gracias a la traición de algunos medineses, gracias sobre todo a la llegada de una tribu completamente adicta a los emigrados, éstos se apoderaron de la plaza en medio de un espantoso tumulto, durante el cual Sad, que yacía gravemente enfermo sobre un colchón, fué cruelmente ultrajado por Omar, y casi aplastado por el tropel de los invasores. Jurando que nunca reconocería a Abubequer, y no pudiendo soportar el triunfo de sus enemigos, emigró a Siria, donde murió de un modo misterioso. En un paraje apartado fué muerto por los chins, según la tradición popular; sus hijos se enteraron de su muerte por esclavos que vinieron a referirles que habían oído salir de un pozo una voz que decía: "Hemos matado al jefe de los Jazrach, Sad ben-Obada; le hemos disparado dos flechas que no han errado

su corazón (1). También Boabdil, cuando perdió su corona, fué a terminar la vida en tierra inhospitalaria y lejana, después de haber dirigido, desde lo alto de la roca que aun conserva el poético nombre de "Ultimo suspiro del moro", una lenta mirada de punzante adiós sobre su adorada Granada, sin igual en el mundo.

XII (2)

En los primeros tiempos de su gobierno, Abu-'l-Jatar trató a todos los partidos con laudable equidad, y aunque era kelbita, no tuvieron motivo para quejarse de él ni los mismos caisitas, que se hallaban en gran número entre las tropas que Balch había traído a España. Pero, lejos de perseverar en esta moderación, tan excepcional en un árabe, recayó bien pronto en sus ingénitas antipatías. Además, tenía que ajustar antiguas cuentas con los caisitas; en Africa había sido él mismo víctima de su tiranía; en España, Sad,

---

(1) Tabari, t. I, pp. 6-12, 32-42; Nauaui, p. 274; Aben-Cotaiba, p. 132. Los racionalistas de aquel tiempo afirmaron que la muerte de Sad había sido ocasionada por la picadura de un reptil venenoso.

(2) *Ajbar machmua*, fols. 72 v.-78 r.; Macari, t. II, libro VI; Ben-Adari, t. II, pp. 35-38, 43-45; Ben-al-Abar, páginas 46-50, 52-54; Isidoro, c. 68, 70, 75; Ben-al-Jatib, manuscrito E., artículo sobre Somail. En cuanto al nombre del jefe caisita, que va a desempeñar un papel tan importante en este relato, como los manuscritos árabes no indican las vocales, no se sabría si era *Somail* o *Samil*, si el modo de escribirlo el autor contemporáneo Isidoro—*Zumahel*—no resolviese la cuestión.

su hermano de tribu, hijo de Chauas, había muerto asesinado por ellos, y aquel hombre era para él tan querido, que solía repetir: "De buen grado me dejaría cortar la mano si pudiera resucitarle."

Al menos se propuso vengarle, ensañándose contra los caisitas—que suponía cómplices de la muerte de su amigo—tan cruelmente como él mismo refiere en uno de sus poemas:

"Querría que el hijo de Chauas pudiera saber con qué ardimiento he defendido su causa. Para vengar su muerte he matado a noventa personas, que yacen en tierra como troncos de palmeras arrancados por el torrente."

Tales suplicios tenían necesariamente que encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los caisitas, menos numerosos en España que los yemenitas, no se apresuraron a desenlazar por la fuerza una situación tan intolerable para ellos, y el odio acumulado en sus corazones no se desbordó hasta que el honor de su jefe se vió comprometido del siguiente modo: Habiendo tenido una reyerta con un kelbita un hombre de la tribu maadita de Kinana, vino a defenderse ante el tribunal del gobernador, el cual, aunque el derecho estaba de su parte, falló, como de costumbre, parcialmente. El kinanita fué a quejarse de tan inicuo juicio al jefe caisita Somail, de la tribu de Kilab, que fué inmediatamente al palacio, y reprochó al gobernador su parcialidad con sus hermanos de tribu, exigiéndole que atendiese

las justas quejas del kinanita. El gobernador le replicó ásperamente, y como Somail le respondiera en el mismo tono, le hizo abofetear y arrojar de su presencia. Somail soportó estos insultos sin quejarse, con calmoso desprecio. Brutalmente despedido salió del palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba a la puerta le preguntó:

—¿Qué le ha sucedido a tu turbante, Abu-Chauzan? Está en completo desorden.

—Mis hermanos de tribu — respondió el jefe caisita—sabrán arreglarlo.

Esto equivalía a una declaración de guerra. Abu-'l-Jatar se había convertido en un enemigo tan peligroso como implacable, por lo mismo que no era un hombre vulgar ni en el mal ni en el bien. Un genio bueno y otro malo obraban como fuerzas iguales sobre el alma, naturalmente generosa, pero apasionada, altiva, violenta y rencorosa de Somail. Era una naturaleza pujante, pero inculta, movible, sometida al instinto y guiada por el azar, una extraña mezcla de los influjos más opuestos. De una actividad perseverante cuando se excitaban sus instintos, caía en la pereza y en la inacción, ingénitas en él, cuando se calmaban sus febriles agitaciones. Su generosidad, virtud que sus compatriotas apreciaban más que ninguna, era tan grande, tan ilimitada, que su poeta—cada jefe árabe tenía el suyo, como los jefes de los clanes escoceses—no le visitaba más que dos veces al año en las grandes fiestas reli-

giosas para no arruinarle, porque Somail había jurado darle cuanto llevase encima cada vez que le viera. No era, sin embargo, instruído. A pesar de su afición a los versos, sobre todo a los que halagaban su vanidad, y aunque a veces versificaba él también, no sabía leer, y los árabes le juzgaban un ignorante para su siglo (1); en compensación tenía tal trato de gentes, que sus mismos enemigos le consideraban como un modelo de cortesía (2). Por sus costumbres relajadas y su indiferencia religiosa, perpertuaba el tipo de los antiguos nobles, viciosos y desenfrenados, que no eran musulmanes más que de nombre. A despecho de la prohibición de Mahoma, bebía vino como un verdadero árabe pagano, y casi todas las noches le encontraban ebrio (3). El Corán le era casi desconocido, y se preocupaba muy poco de aquel libro cuyas tendencias igualitarias herían su orgullo árabe. Cuentan que un día, oyendo a un maestro de escuela, ocupado en enseñar a leer a los niños en el Corán, pronunciar este versículo: "Los reveses y los éxitos alternan entre los hombres", exclamó:

—No; debe decir entre los árabes.

—Perdona, señor—replicó el maestro—; dice entre los hombres.

—¿Es así como está escrito ese versículo?

—Sin duda.

---

(1) Aben-al-Cutia, fol. 16 v.

(2) Véase el testimonio de Abderrahmán I (en el *Ajbar machmua*, fol. 88 r.), que reproduciremos más adelante.

(3) *Ajbar machmua*, fol. 78 v.

—¡Desgraciados de nosotros! En este caso, el poder no nos pertenece exclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos, podrán tomar parte en él (1).

Pero si era un mal musulmán, le venía de raza, por ser abuelo suyo aquel Xamir de Cufa, de quien ya hemos hablado, aquel general del ejército ommíada que no había vacilado un momento en matar al nieto del profeta, cuando otros, por escépticos que fuesen, retrocedían ante tal sacrilegio. Aquel abuelo que había llevado al califa Yezid I la cabeza de Hosain había sido también la causa indirecta de la venida de Somail a España. El xiita Mojtar le había hecho decapitar y arrojar a los perros (2) su cadáver, cuando, dueño de Cufa, vengó la muerte de Hosain con horribles represalias; entonces Hatim, padre de Somail, librándose por la fuga de la venganza del partido triunfante, buscó un asilo en el distrito de Kinesrina, estableciéndose allí con su familia; y en la época en que Hixem reclutó en Siria el ejército destinado a sofocar la insurrección de los bereberes, a Somail le tocó en suerte formar parte de él. Más tarde cruzó el estrecho con Balch, y los caisitas de España le consideraron como su principal jefe.

De retorno a su morada convocó por la noche a los más influyentes caisitas, les refirió los ultrajes que había sufrido y les pidió su parecer.

(1) Ben-al-Cutia, fol. 17 r.
(2) Aben-Jaldun, t. II, fol. 177 v.

—Revélanos tu plan—respondieron—; le aprobamos de antemano, y estamos dispuestos a ejecutarle.

—¡Por Dios!—repuso entonces Somail—. Tengo el firme propósito de arrebatar el poder a ese árabe; pero los caisitas somos demasiado débiles en este país para resistir solos a los yemenitas, y no quiero exponeros a los peligros de una empresa tan temeraria. Llamaremos a las armas a todos los vencidos en la batalla de la Pradera, pero además firmaremos una alianza con los lajmitas y los chodamitas (1), y elevaremos al emirato a uno de ellos; es decir, en apariencia les daremos la hegemonía, pero nosotros la tendremos en realidad. Voy, pues, a marcharme de Córdoba para avistarme con los diferentes jefes y hacerles estar sobre las armas. ¿Aprobáis mi plan?

—Le aprobamos—respondieron—; pero no te dirijas a Abu-Ata, aunque es de nuestra misma tribu, porque puedes estar seguro de que se negará a prestarnos su ayuda.

Abu-Ata, que vivía en Ecija, era el jefe de los Gatafan. La gran influencia que Somail ejercía sobre los espíritus neutralizaba la suya y le inspiraba violentos celos; no es, pues, de extrañar que todos los votos de los caisitas aprobasen unánimemente el consejo que acababan de darle. Sólo uno pareció disentir de la común opinión; pero como era muy joven y la modestia le prohibía

(1) Dos tribus yemenitas.

opinar en contra de los ancianos, no manifestó su desaprobación más que por el silencio, hasta que Somail le animó preguntándole por qué no exponía su parecer como los demás.

—Sólo tengo que decir una palabra. Si no vas a pedir apoyo a Abu-Ata—respondió el joven—, estamos perdidos; si lo haces, enmudecerán su envidia y su odio a impulsos del amor que tiene a su raza, y puedes estar seguro de que te secundará vigorosamente.

Después de reflexionar un momento,

—Creo que tienes razón—dijo Somail.

Y saliendo de Córdoba antes de amanecer, fué a avistarse con Abu-Ata, el cual, como había previsto el joven Aben-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra. Desde Ecija, Somail fué a Morón, donde vivía Toaba, jefe de los chodamitas, que había tenido ya desavenencias con Yusof. Ambos jefes ultimaron una alianza, y, habiendo sido Toaba proclamado caudillo de la coalición, los caisitas, los chodamitas y los lajmitas, en pie de guerra, se reunieron en el distrito de Sidona—abril del 745—.

Apenas lo supo Abu-'l-Jatar, marchó al encuentro de los insurrectos, seguido de las tropas que tenía en Córdoba. Pero durante la batalla librada a orillas del Guadalete pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Somail había dado a los de su tribu cuando los indujo a aliarse con dos poderosas tribus yemenitas y a conceder la hegemonía a una de ellas, según el uso

observado en Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas a los enemigos se aliaban ordinariamente a tribus de la otra raza. Así en el Jorasan (1) y en el Irak-Arabí (2), los yemenitas, que estaban en minoría en ambas provincias, se aliaban con los de Rabia, tribu maadita, para hacer frente a otros maaditas, a los temimitas. Esta clase de alianza proporcionaba a las tribus débiles otra ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaba, por decirlo así, al enemigo que se resistía casi siempre a combatir contra tribus de su raza, especialmente cuando éstas ejercían la hegemonía. Esto es lo que sucedió también en la batalla de Guadalete. Los yemenitas de Abu-'l-Jatar, después de haber combatido débilmente a los chodamitas y a los lajmitas, con los cuales estaban ya en inteligencia, y que a su vez les hacían el menor daño posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Sólo con sus kelbitas en el campo de batalla, Abu-'l-Jatar se vió obligado a seguir su ejemplo, después de haber visto morir a muchos de su tribu; pero mientras huía con tres parientes suyos, cayó prisionero. Entre los vencedores había quien exigía su muerte, pero la opinión contraria le salvó. Contentáronse, pues, con cargarle de cadenas, y Toaba, gobernador de España por el derecho del más fuerte, fijó su residencia en la capital.

(1) Véase el *Comentario de Socari sobre el diván de Ferazdac*, man. de Oxford, fol. 93 v.
(2) Aben-Jaldun, t. II (*passim*).

Sin embargo, los kelbitas no se dieron por vencidos, y uno de sus jefes, Abderrahman-aben-Noaim, tomó la atrevida resolución de hacer una tentativa para librar de su prisión a Abu-'l-Jatar. Seguido de treinta o cuarenta jinetes y de doscientos infantes, penetró en Córdoba, a favor de la noche; atacó de improviso a los centinelas de Abu-'l-Jatar, les hizo huír y puso al ex gobernador bajo la salvaguaria de los kelbitas, establecidos en las inmediaciones de Beja.

Una vez libre, Abu-'l-Jatar reunió a algunos yemenitas bajo su bandera y marchó contra Córdoba, con la esperanza de que entonces mostrasen los soldados más celo por su causa. Toaba y Somail salieron a su encuentro, y los dos ejércitos enemigos acamparon frente a frente. Llegada la noche, un maadita salió del campamento de Toaba, y, aproximándose al de Abu-'l-Jatar, dijo así, alzando cuanto pudo la voz: "Yemenitas, ¿por qué nos combatís y habéis libertado a Abu-'l-Jatar? ¿Es que teméis que le matemos? Habiéndole tenido en nuestro poder, le hemos perdonado la vida, y se lo perdonamos todo... Tendríais un pretexto plausible para combatirnos si hubiéramos elegido un emir de nuestra propia raza; pero hemos elegido uno de la vuestra. Meditad, por lo tanto, lo que debéis hacer. Os juro que no es el temor el que nos induce a hablar así; pero queremos, si es posible, evitar la efusión de sangre."

Estas palabras, en que es fácil reconocer el espíritu de Somail, hicieron tanta impresión en los

soldados de Abu-'l-Jatar, que, arrastrando a su emir, bien a pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para volver a sus hogares, y cuando el alba comenzó a iluminar las cimas que limitaban el horizonte, estaban a muchas leguas de distancia. Tan cierto es que en las guerras civiles los soldados no se baten por los intereses de un individuo, sino por la hegemonía. La muerte de Toaba, ocurrida un año después, sumió de nuevo a España en la anarquía. Dos jefes—ambos chodamitas—aspiraban al emirato. Era uno Amr, el hijo de Toaba (1), que se creía con derecho a suceder a su padre, y el otro, Ben-Horait, hijo de una negra y oriundo de una familia establecida desde hacía mucho tiempo en España (2). Este último tenía a los sirios un odio tan feroz que no cesaba de repetir: "Si la sangre de los sirios estuviera reunida en un solo vaso, yo apuraría ese vaso hasta la última gota." Siendo sirio Somail, no podía consentir que España fuese dominada por un enemigo tan implacable de su nación; pero tampoco prefería al hijo de Toaba. Dar el título de gobernador, que él no ambicionaba, por creer que los caisitas eran demasiado débiles para sostenerle, dar este título a un testaferro y gobernar él en realidad, tal era su pro-

(1) En el *Ajbar machmua* se lee: Toaba ben-Amr; pero yo opino que debía decir: *Amr aben-Thoaba.*

(2) El autor del *Ajbar machmua* dice que Ben-Horait pertenecía al *pueblo del distrito del Jordán;* pero esto debe ser un error, pues en este caso hubiera sido sirio, y ¿cómo explicar entonces su odio hacia sus compatriotas?

pósito. Ya había encontrado el hombre que necesitaba en todos sentidos: era el fihirita Yusof, que unía a su inofensiva mediocridad los títulos más adecuados para obtener los votos de los árabes de cualquier raza. Era bastante viejo para los que se pagaban de la gerontocracia, porque contaba cincuenta y siete años; procedía de un linaje ilustre, porque descendía de Ocba, el conquistador de gran parte de Africa; era fihirita, y los fihiritas, es decir, los coraixitas del distrito de la Meca, eran considerados como la más alta aristocracia después de los coraixitas puros; estaban habituados a verlos al frente de los negocios, y se los consideraba por cima de todos los partidos. A fuerza de ponderar todas estas ventajas, Somail consiguió que aceptasen a su candidato; Ben-Horait obtuvo, en compensación, la prefectura de Regio, y en el mes de enero del año 741, los jefes eligieron a Yusof para el gobierno de España.

Desde entonces Somail, cuyas pasiones habían estado contenidas por el poder de Toaba, que contrapesaba el suyo, era el único dueño de la península, y pensaba servirse de Yusof, a quien manejaba cual blanda cera, para saciar su venganza. Sabiendo que tenía de su parte a los maaditas, no retrocedería ante una guerra contra todos los yemenitas. Comenzó violando la promesa hecha a Ben-Horait, a quien destituyó de su prefectura, con lo cual quedaron rotas las hostilidades. Furioso Ben-Horait, ofreció su alianza a Abu-'l-Jatar, que vivía entre los de su tribu, triste y des-

alentado. Los dos jefes celebraron una entrevista; faltó poco para que resultase infructuosa, porque Abu-'l-Jatar aspiraba al emirato para sí, y también le pretendía Ben-Horait, alegando que su tribu era más numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos kelbitas, que comprendían que para vengarse de los caisitas necesitaban el apoyo de toda su raza, obligaron a Abu-'l-Jatar a ceder. Ben-Horait fué, pues, reconocido como emir, y de todas partes vinieron los yemenitas a alistarse bajo sus banderas. Los maaditas se agruparon también en torno de Yusof y Somail. En todas partes los vecinos de diferente raza se decían adiós de la manera cortés y amable propia de hombres serenos y valientes; pero al mismo tiempo se prometían unos a otros medir sus fuerzas cuando estuviesen en el campo de batalla. Ninguno de los dos ejércitos era numeroso; limitada al Mediodía de España, la lucha que iba a empeñarse era un duelo en gran escala más bien que una guerra; en desquite, los guerreros que tomaban parte en él eran los más valientes e ilustres de su nación.

Tuvo lugar el encuentro cerca de Secunda, antigua ciudad romana rodeada de murallas, a la orilla izquierda del Guadalquivir, frente a Córdoba, y que, comprendida más tarde en el recinto de esta capital, se convirtió en uno de sus arrabales (1). Después de la plegaria matutina, los

(1) Respecto a Secunda, véase Macarí, t. I, p. 304.

caballeros se atacaron como en un torneo; una vez rotas las lanzas, cuando ya calentaba el sol, todos gritaron que debían batirse cuerpo a cuerpo. Abandonaron sus corceles, y cada uno eligió un adversario, luchando hasta quebrar las espadas. Entonces cada combatiente esgrimió lo que encontró más a mano: el uno, un arco; el otro, un carcax; se tiraban arena a los ojos, se molían a puñetazos, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado inútilmente tan encarnizada lucha hasta la tarde, Somail dijo a Yusof:

—¿Por qué no hacemos venir al ejército que hemos dejado en Córdoba?

—¿Qué ejército?—le preguntó Yusof con sorpresa.

—La gente del mercado—repuso Somail.

Era una idea singular en un árabe, y sobre todo en un árabe del temple de Somail, hacer intervenir en una lucha como aquélla a los panaderos, a los carniceros, a los tenderos, en suma, a los villanos, como ellos decían; y por lo mismo que había sido Somail quien concibió la idea, es de suponer que temía que su partido sucumbiese de un instante a otro. Fuese lo que fuese, Yusof aprobó, como de costumbre, el proyecto de su amigo, y envió mensajeros a Córdoba en busca de tan extraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos artesanos se pusieron en camino casi sin armas; algunos se habían provisto de espadas o lanzas; los carniceros esgrimían sus cuchillos, pero los demás no llevaban más que palos. Sin embargo,

como los soldados de Ben-Horait estaban medio muertos de fatiga, aquella improvisada guardia nacional decidió la suerte de la batalla, y los maaditas hicieron gran número de prisioneros, entre ellos a Abu-'l-Jatar.

Este jefe, sabiendo la suerte que le esperaba, no hizo ninguna tentativa para escaparse; pero al menos quería tener la satisfacción de que participase de ella su supuesto aliado Ben-Horait, aquel implacable enemigo de los sirios, que le había despojado del emirato. Sabiendo que se ocultaba en un molino, se lo indicó a los maaditas; después, viéndole prisionero y condenado a muerte, le dijo aludiendo a la cruenta frase que Ben-Horait repetía constantemente: "Hijo de la negra, ¿queda aún alguna gota de sangre en tu vaso?" Ambos fueron decapitados (747).

Los maaditas arrastraron a los demás prisioneros hasta la catedral de Córdoba, consagrada a San Vicente. Allí, Somail fué a la vez su acusador, su juez y su verdugo. Sabía administrar pronta y terrible justicia; cada fallo que pronunció fué una sentencia de muerte. Había mandado degollar a setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, que presenciaba esta horrible escena con mortal disgusto, quiso ponerle término.

—¡Abu-Chauxan—exclamó levantándose—, envaina tu espada!

—Vuelve a sentarte, Abu-Ata—respondió Somail con espantosa exaltación—; hoy es un día glorioso para tu pueblo y para ti.

Sentóse Abu-Ata, y Somail continuó las ejecuciones. Al fin, Abu-Ata no aguantó más. Helado de espanto por aquel torrente de sangre, a la vista del asesinato de tantos infelices que eran yemenitas, pero yemenitas de Siria, sólo vió en Somail al enemigo de sus compatriotas, al descendiente de aquellos guerreros del Irak, que bajo el mando de Alí habían combatido a los sirios de Moauia en la batalla de Cifin. Levantándose por segunda vez, exclamó: "Arabe, si experimentas tan atroz placer degollando a los sirios, mis compatriotas, es porque te acuerdas de la batalla de Cifin. Cesa en tus crímenes, o declararé que la causa de tus víctimas es la de los sirios." Entonces, y sólo entonces, Somail envainó la espada.

Después de la batalla de Secunda, la autoridad de Yusof ya no fué discutida, pero era gobernador sólo de nombre mientras Somail gobernaba en realidad, y acabó por cansarse de la subordinación a que le condenaba el caisita, por lo que, queriendo librarse de él, le ofreció una especie de virreinato: el gobierno del distrito de Zaragoza.

Somail no rechazó la oferta, inclinándole más a aceptar el que aquel país estaba habitado por yemenitas y se prometía satisfacer, oprimiéndolos, el odio que le inspiraban. Pero las cosas tomaron un rumbo imprevisto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos coraixitas, llegó a Zaragoza el año 750, cuando España comenzaba a quedar asolada por el hambre, que

duró cinco años (1), quedando interrumpidas hasta las comunicaciones, porque casi todos los correos habían muerto de hambre, la cual hizo también emigrar en masa a los bereberes establecidos en el Norte, para volver a Africa. La vista de tantas miserias y sufrimientos excitó la compasión del gobernador hasta el punto que, por uno de esos accesos de bondad que alternaban en su carácter con la ferocidad más implacable, olvidó todas las querellas y rencores, y sin distinción de amigo o enemigo, de maadita o de yemenita, dió dinero a éste, esclavos a aquél y pan a todo el mundo. Nadie hubiese reconocido en aquel hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al verdugo que había hecho caer tantas cabezas sobre las losas de la iglesia de San Vicente.

Dos o tres años transcurrieron así, y si la buena inteligencia entre caisitas y yemenitas hubiera sido posible, si Somail hubiera podido reconciliarse con sus adversarios a fuerza de beneficios, los árabes de España hubiesen vivido en paz después de tan sangrientas guerras. Pero, hiciese lo que hiciese, no podían perdonar a Somail sus implacables ejecuciones; le creían siempre dispuesto a repetirlas, y el odio estaba harto arraigado en el corazón de los hombres más notables de ambos partidos, para que la aparente reconciliación fuese más que una corta tregua. Por otra parte, los yemenitas, que creían que España les pertene-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 81 r.

cía de derecho, en atención a que ellos formaban la mayoría de la población árabe, sufrían trémulos de cólera la dominación de los caisitas, y estaban resueltos a sacudir el yugo en la primera ocasión que se presentase para reconquistar el poder.

Algunos jefes coraixitas murmuraban también. Perteneciendo a una tribu que desde Mahoma era considerada como la más ilustre de todas, veían con despecho que un fihirita, es decir, un coraixita de los arrabales, que consideraban inferior a ellos, gobernase España.

La coalición de los dos partidos descontentos era de temer, y no se hizo esperar. Vivía entonces en Córdoba un ambicioso noble coraixita, llamado Amir, a quien Yusof, que le odiaba, había quitado el mando de las tropas que de tiempo en tiempo iban a combatir a los cristianos del Norte. Con el ardiente deseo de vengar esta afrenta, y de ser gobernador, Amir tenía el designio de explotar, en provecho propio, el descontento de los yemenitas y de ponerse al frente de ellos, haciéndoles creer que el califa abasida le había nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por levantar una fortaleza sobre el terreno que poseía, al oeste de Córdoba, y una vez acabada, pensaba atacar con éxito a Yusof, porque éste no contaba más que con una guardia de cincuenta jinetes, y Amir, aunque tuviese un fracaso, podía encerrarse en su fortaleza y esperar allí la llegada de los yemenitas, con los que había entrado ya en

negociaciones. Yusof, que no ignoraba los propósitos hostiles del coraixita, intentó hacerle prender; pero viendo que Amir estaba sobre aviso, y no queriendo recurrir a medidas extremas sin el consejo de Somail, a quien consultaba todo, a pesar de su alejamiento de la capital, le escribió para preguntarle qué debía hacer. En la respuesta, Somail le indujo a asesinar a Amir lo antes posible. Afortunadamente, advertido, por un espía que tenía en casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, Amir montó a caballo, y, juzgando a los yemenitas de Siria muy debilitados por la batalla de Secunda, tomó el camino de Zaragoza, esperando que los yemenitas del Noreste le prestarían un apoyo más eficaz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro coraixita, llamado Hobab (1), había levantado ya bandera de rebelión, y habiéndole propuesto Amir unir sus fuerzas contra Somail, celebraron una entrevista, y ambos jefes decidieron llamar a las armas a los yemenitas y a los bereberes, contra Yusof y Somail, a quienes calificaban de usurpadores, sosteniendo que el califa abasida había nombrado a Amir gobernador de la península. Y como los yemenitas y los berberiscos respondieran en gran número a su llamamiento, vencieron a las tropas que Somail había enviado contra ellos, y fueron a sitiarle en Zaragoza—753-4—.

Después de haber demandado inútilmente el au-

(1) O Habhab.

xilio de Yusof, reducido a tal grado de impotencia que le fué imposible reunir tropas, Somail se dirigió a los caisitas que formaban parte de la división de Kinesrina y de Damasco, establecidos en el territorio de Jaén y de Elvira; y pintándoles la crítica situación en que se encontraba, añadió que se contentaría con un refuerzo, aunque fuese poco numeroso. Su demanda tropezó con serias dificultades. Cierto que su amigo, el kilabita Obaid, que era, después de él, el jefe más poderoso entre los caisitas, recorrió el territorio habitado por ambas divisiones, advirtiendo de paso a todos aquellos con quienes podía contar que se armasen y estuvieran dispuestos a marchar sobre Zaragoza; cierto también que los Kilab, los Moharib, los Solaim, los Nasr y los Hauazin prometieron tomar parte en la empresa; pero los Gatafan, que no tenían entonces jefe, porque Abu-Ata había muerto, y aun no habían elegido sucesor, se mostraban indecisos y aplazaban su respuesta definitiva, mientras los Cab ben-Amir, con sus tres sub-tribus, la de Coxair, la de Ocail y la de Harix, descontentos de que la hegemonía que habían ejercido cuando Balch, el coraixita, mandaba a todos los sirios de España, perteneciese ahora a los Kilab—porque Somail y Obaid eran ambos de esta tribu—, los Cab ben-Amir, decimos, en su mezquina envidia, no se contentaban con menos que con ver perecer a Somail por falta de socorros. Apremiados por Obaid, los Gatafan acabaron, no obstante, por prometerle su concurso, y

entonces los Cab ben-Amir pensaron que valía más partir como todos, porque comprendieron que si no lo hacían, se atraían el odio general sin conseguir su objeto, porque Somail sería socorrido de todos modos y podría prescindir de ellos. Por lo tanto, todas las tribus caisitas proporcionaron guerreros, pero en corto número; el de infantes es desconocido, pero se sabe que el de jinetes no excedía de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, los caisitas empezaban a desmoralizarse, cuando uno de ellos venció su vacilación con algunas palabras entusiastas.

"No nos está permitido—dijo en conclusión—abandonar a su suerte un jefe como Somail, aunque tengamos que perecer para libertarle."

Los ánimos, vacilantes, se reanimaron, y todos se pusieron en marcha hacia Toledo, después de haber conferido el mando de la expedición a Aben-Xihab, jefe de los Cab ben-Amir, como había aconsejado Obaid, que, aunque podría aspirar a la misma dignidad, como amigo generoso y abnegado, prefirió cederla al jefe de la tribu que se había mostrado más reacia a la empresa, esperando que de este modo le ligaría fuertemente a la causa de Somail. Tuvo lugar la partida al comienzo del año 755.

Llegados a las orillas del Guadiana, los caisitas encontraron a los Becr ben-Uail y a los Beni-Ali, tribus que, aunque no fuesen caisitas, pertenecían a la raza de Maad. Habiéndolos invitado a reunirse con ellos, más de cuatrocientos jinetes

engrosaron sus tropas. Reforzados así, llegaron a Toledo, donde se supo que el sitio era sostenido con tal vigor que Somail se vería bien pronto obligado a rendirse. Temiendo llegar tarde, y deseando prevenir a los sitiados de su proximidad, los caisitas despacharon un emisario a Zaragoza, con orden de deslizarse entre los sitiadores y lanzar por cima de los muros un papel atado a un guijarro, sobre el cual había escritos estos dos versos:

"¡Regocijaos, sitiados! porque os llegan socorros, y bien pronto los enemigos se verán forzados a levantar el asedio. Ilustres guerreros, hijos de Nizar y oriundos de la raza de Auach, vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros."

El mensajero ejecutó puntualmente la orden recibida. El billete fué recogido y llevado a Somail, que se lo hizo leer, y se apresuró a reanimar el valor de sus soldados, comunicándoles la importante nueva que acababa de recibir. Todo terminó sin lucha; el ruido de la aproximación de los maaditas bastó para que los sitiadores, que no querían hallarse entre dos fuegos, levantasen el cerco, y habiendo entrado en la ciudad los caisitas con sus aliados, Somail los recompensó generosa mente.

Entre los auxiliares había treinta clientes de la familia ommíada, que pertenecían a la división de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los ommíadas—según la costumbre árabe se daba

este nombre tanto a los miembros de la familia como a sus clientes—, los ommíadas venían distinguiéndose hacía tiempo por su adhesión a la causa de los maaditas; en la batalla de Secunda habían combatido valientemente entre las filas de Yusof y Somail, y ambos jefes les demostraban gran aprecio; pero si en aquella ocasión estos treinta jinetes habían seguido a los caisitas para ir en socorro de Somail, era menos por considerarse aliados suyos que por consolidar intereses de la más alta importancia. Para explicar de lo que se trataba, es preciso que retrocedamos cinco años.

XIII (1)

Cuando en el año 750 Meruan II, el último califa de la dinastía Ommíada, pereció en Egipto, donde había ido a refugiarse, una cruel persecución comenzó contra su numerosa familia, que los abasidas, usurpadores del trono, querían exterminar. A un nieto del califa Hixem le cortaron un pie y una mano; mutilado así, le pasearon sobre un asno por las ciudades y pueblos de Siria, acompañado de un heraldo que le mostraba como una bestia salvaje, gritando:

"¡Este es Aban, el hijo de Moauia, el que se

(1) *Ajbar machmua* (fols. 69 v.-72 v., 77 r., 78 r.-80 r.) ha sido la fuente principal para este relato y para el siguiente. Algunos detalles los he tomado de Macari, libro VI.

apellidaba el más cumplido caballero de los ommíadas!"

Este suplicio duró hasta que la muerte le puso término. La princesa Abda, hija de Hixem, por haberse negado a decir dónde ocultaba sus tesoros, fué apuñalada en el acto. Pero la persecución fué tan violenta, que no surtió el efecto apetecido. Muchos ommíadas se libraron de ella ocultándose entre los beduínos. Viendo escapar a sus víctimas, y comprendiendo que no podrían realizar su obra sanguinaria más que por la astucia y la traición, los abasidas repartieron una proclama de su califa, Abu-'l-Abas, en la que éste, confesando haberse excedido, prometía la amnistía a todos los ommíadas que vivieran aún. Más de setenta de éstos cayeron en el lazo y fueron muertos a golpes.

Dos hermanos, llamados Yahya y Abderrahman, nietos del califa Hixem, se habían librado de tan horrible matanza. Cuando fué promulgada la amnistía del califa abasida, Yahya dijo a su hermano:

—Esperemos aún; si todo va bien, siempre podremos reunirnos al ejército de los abasidas, pues se encuentra cerca; pero hasta ahora no tengo una gran confianza en la amnistía que se nos ofrece. Enviaré, pues, al campamento a preguntar cómo han sido tratados nuestros deudos.

Después de la carnicería, la persona enviada por Yahya volvió apresuradamente, trayendo la noticia fatal; pero aquel hombre era perseguido

de cerca por los soldados, que habían recibido la orden de matar a Yahya y Abderrahman, y antes de que el primero, lleno de estupor, pudiese huir, fué detenido y degollado. Abderrahman estaba entonces de caza, y esto le salvó. Enterado por fieles servidores de la triste suerte de su hermano, aprovechó la obscuridad de la noche para volver a su morada, anunció a sus dos hermanas que iba a ponerse en salvo en otra casa que poseía en una aldea no lejos del Eúfrates, y les recomendó que fueran a reunirse con él lo antes posible, llevando a su otro hermano y a su hijo.

El joven príncipe llegó sin accidente a la aldea, y bien pronto se vió rodeado de toda su familia. No pensaba detenerse allí mucho tiempo, por estar decidido a pasar a Africa; pero, creyendo que sus enemigos no descubrirían su retiro fácilmente, quería esperar el momento oportuno para emprender sin peligro su largo viaje.

Un día que Abderrahman, enfermo entonces de la vista, estaba acostado en una habitación obscura, su hijo Solimán, que no tenía más que cuatro años y que jugaba a la puerta de la casa, entró temblando de espanto, y bañado en lágrimas se abrazó a él.

—Déjame, pequeño—dijo su padre—; ya sabes que estoy indispuesto; pero, ¿qué tienes? ¿Por qué ese terror?

El niño ocultó de nuevo la cabeza en el pecho de su padre, gritando y sollozando.

—¿Qué tendrá?—repitió el príncipe levantán-

dose; y abriendo la puerta vió a lo lejos los estandartes negros...

El niño los había visto también, y recordaba que el día que los había contemplado en la antigua morada de su padre había sido asesinado su tío... Abderrahman apenas tuvo tiempo de coger algunas monedas de oro y despedirse de sus dos hermanas.

—Me voy—les dijo—; enviadme a mi liberto Badr; me encontrará en tal sitio; que me lleve lo indispensable, y, con la ayuda de Dios, me llegaré a salvar.

Mientras los jinetes abasidas, después de haber cercado la aldea, invadían la casa que servía de refugio a la familia ommíada sin encontrar más que a dos mujeres y un niño, a los cuales no hicieron daño, Abderrahman, acompañado de su hermano, niño de trece años, fué a ocultarse a alguna distancia del pueblo, lo cual no resultaba difícil, porque el país era muy frondoso. Cuando Badr llegó, los dos hermanos se pusieron en camino y llegaron a las orillas del Eúfrates. El príncipe se dirigió a un conocido, le dió dinero y le rogó que fuera a comprarle provisiones y caballos. El hombre partió, acompañado de Badr, prometiendo cumplir su cometido. Desgraciadamente, un esclavo de aquel hombre lo había escuchado, y, soñando con una recompensa considerable, el traidor partió a todo correr para delatar al capitán abasida el paraje en que los fugitivos estaban ocultos. De repente quedaron espantados

al oír el galopar de un caballo; apenas tuvieron tiempo para ocultarse en un jardín; pero sus perseguidores les habían visto y comenzaron a cercar el recinto. Un momento más, y los dos hermanos morirían asesinados; no les quedaba más que una solución: arrojarse al Eúfrates y tratar de atravesarle a nado. El río era muy ancho, y la empresa, por tanto, peligrosa; pero en su desesperación no vacilaron en desafiar la corriente.

—Volved—gritaban los abasidas, que veían escaparse la presa—, volved, que no os haremos nada.

Abderrahman, que sabía lo que valían sus ofertas, redobló los esfuerzos. Al llegar a la mitad del río se detuvo un instante y gritó a su hermano para que se apresurase. ¡Ay!, el niño, menos nadador que Abderrahman, había tenido miedo de ahogarse, y fiándose en las palabras de los soldados, volvía hacia la orilla.

—¡Ven, ven conmigo, querido mío, no creas en tales promesas—exclamó Abderrahman.

Pero todo fué inútil.

—El otro se nos escapa—se decían los soldados; y el más animoso iba ya a despojarse de sus vestiduras y a arrojarse al Eufrates, cuando la anchura del río le hizo desistir. Abderrahman no fué perseguido; mas desde la otra orilla tuvo el dolor de ver decapitar a su hermano.

Llegó a Palestina, y allí se le reunieron su fiel servidor Badr, y Salim, liberto de una de sus hermanas, que le llevaban dinero y pedrerías. Par-

tió inmediatamente al Africa, donde la autoridad de los abasidas no había sido reconocida aún, y donde muchos ommíadas habían hallado asilo. Llegó sin obstáculo, y allí hubiese encontrado tranquilidad y reposo; pero no podía resignarse a una existencia modesta y obscura. Sueños ambiciosos germinaban sin cesar en su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, con esmerada educación y talentos poco comunes, su instinto le sugería que estaba llamado a un destino brillante, y su espíritu aventurero y emprendedor se enardecía con los recuerdos de su infancia, que, desde que llevaba un vida errante y pobre, se despertaban con vivacidad. Era creencia muy generalizada entre los árabes que cada hombre tenía el destino escrito en los rasgos de su fisonomía; Abderrahman lo creía, como todos, y aun más por una predicción de su tío Maslama, hermano de su abuelo, reputado como el más hábil fisonomista. A los diez años, cuando ya había perdido a su padre, Moauia, le llevaron un día con sus hermanos a Ruzafa, soberbia ciudad en el distrito de Kinesrina y habitual residencia del califa Hixem. Estando los niños a la puerta del alcázar, llegó Maslama, y, deteniendo su caballo, preguntó quiénes eran aquellos niños.

—Son los hijos de Moauia—respondió su ayo.

—¡Pobres huérfanos! — exclamó Maslama, con los ojos arrasados de llanto, y mandó que se los llevasen de dos en dos.

Abderrahman le agradó más que ninguno, y ha-

biéndole colocado sobre el arzón de su silla, le llenó de caricias, a tiempo que Hixem salió de su palacio.

—¿Quién es este niño?—preguntó a su hermano.

—Un hijo de Moauia—replicó Maslama; e inclinándose hacia su hermano, murmuró a su oído, pero bastante alto para que Abderrahman pudiera oírlo—: El gran acontecimiento se aproxima, y este niño será el hombre que tú sabes.

—¿Estás seguro?—interrogó Hixem.

—Te juro que sí—repuso Maslama—; en su rostro y en su cuello he reconocido los signos infalibles.

Abderrahman recordaba también que desde entonces su abuelo había mostrado por él gran predilección; que a menudo le enviaba presentes de que no participaban sus hermanos, y que todos los meses le hacía llevar a su alcázar.

¿Qué significaban las palabras misteriosas proferidas por Maslama? Abderrahman no lo sabía fijamente; además, en aquella época había muchas predicciones semejantes. El poder de los omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, aquellos príncipes, superticiosos como todos los orientales, interrogaban a los adivinos, a los astrólogos, a los fisonomistas, pretendiendo descorrer el velo del porvenir.

No queriendo quitar toda esperanza a aquellos hombres crédulos, que los colmaban de presentes, ni arrullarlos con promesas que los acontecimien-

tos hubieran desmentido bien pronto, aquellos adeptos de las ciencias ocultas creían hallar un término medio diciendo que el trono de los ommíadas se hundiría; pero que un vástago de tan ilustre familia lo restablecería en otro país. Maslama parecía obsesionado por la misma idea.

Abderrahman se creía, pues, destinado a ocupar un trono; pero, ¿dónde reinaría? El Oriente estaba perdido, y allí no había nada que esperar. Quedaban Africa y España, y en cada uno de estos países trataba de consolidarse una dinastía fihirita.

En Africa, o más bien, en la parte de esta región que aun estaba bajo el dominio árabe, porque el Occidente ya había sacudido el yugo, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde había intentado sin éxito hacerse proclamar emir. Era el fihirita Abderrahman ben-Habib, pariente de Yusof, el gobernador de España. No habiendo reconocido a los abasidas, ben-Habib esperaba legar el Africa a sus hijos, como principado independiente, y consultaba a los adivinos sobre el porvenir de su raza con inquieta curiosidad. Algún tiempo antes que el joven Abderrahman, llegó a la corte un judío iniciado en los secretos de las ciencias ocultas por el príncipe Maslama, en cuya corte había vivido, y le había vaticinado que un descendiente de una familia real, que se llamaría Abderrahman, y que tendría un bucle de cabellos a cada lado de la frente, sería el fundador de una dinastía que reinaría en Afri-

ca (1). Ben-Habib le había respondido que, en ese caso, él, que se llamaba Abderrahman, y que era dueño del Africa, no tenía más que dejarse crecer un bucle de cabellos sobre cada sien, para que pudiera aplicársele el vaticinio.

—No—le había respondido el hebreo—; tú no eres la persona designada, porque, no procediendo de regia estirpe, no tienes la principal de las condiciones requeridas.

Más adelante, cuando Ben-Habib vió al joven Abderrahman y notó que este príncipe tenía los cabellos en la forma indicada, hizo llamar al judío y le dijo:

—Sin duda es éste el que, según el destino, ha de ser dueño de Africa, pues tiene todas las condiciones requeridas; pero no importa, no se alzará con mi provincia, porque le haré asesinar.

El judío, sinceramente adicto a los ommíadas, sus antiguos dueños, tembló ante la idea de que su predicción causase la muerte a un joven que tanto le interesaba; sin embargo, sin perder la serenidad, contestó:

—Confieso, señor, que este joven tiene todas las condiciones exigidas; pero puesto que crees lo que te he vaticinado, es preciso una de las dos cosas; o bien este Abderrahman no es el predestinado,

---

(1) Los documentos nombran aquí a España, pero esto es sin duda un error, porque no era España, sino Africa, lo que interesaba a Ben-Habib. Probablemente el judío había aludido al Africa; pero, habiendo desmentido su predicción los acontecimientos, sería substituído el nombre de España por el de Africa.

y entonces podrías matarle, pero cometerás un crimen inútil, o está fatalmente destinado a reinar sobre Africa, en cuyo caso, hagas lo que hagas, no podrás quitarle la vida, porque el destino siempre se cumple.

Comprendiendo la exactitud de este razonamiento, Habib no atentó inmediatamente contra la vida de Abderrahman; pero, desconfiando no sólo de él, sino de todos los omeyas que se habían refugiado en sus estados, y en quienes veía peligrosos pretendientes, espiaba todos sus actos con creciente ansiedad. Entre estos príncipes se encontraban dos hijos de Ualid II. Emulos de su padre, que no vivió más que para el placer; que enviaba a sus cortesanos a presidir, ocupando su puesto, la plegaria pública, y que al tirar al arco se servía del Corán a guisa de blanco, llevaban en el destierro una vida de goces, y cierta noche en que bebían y charlaban juntos, uno de ellos exclamó:

"¡Qué locura! ¿No cree Habib que seguirá siendo emir de esta comarca y que nosotros, hijos de un califa, nos resignaremos a dejarle reinar tranquilamente?"

Habib, que escuchaba a la puerta, resolvió desembarazarse en secreto de tan peligrosos huéspedes; mas esperó una ocasión favorable para que se atribuyese su muerte al azar y no a venganza suya. No cambió de conducta con ellos, y cuando le venían a visitar les demostraba la misma benevolencia que antes. Sin embargo, no ocultó a sus confidentes que había espiado a los hijos de

Ualid y les había oído palabras indiscretas. Entre estos confidentes había un secreto partidario de los ommíadas, el cual aconsejó a los príncipes que se librasen, mediante la fuga, de las asechanzas del gobernador. Hiciéronlo inmediatamente; pero Ben-Habib, informado de su precipitada partida, cuya causa ignoraba, y temiendo que hubiesen ido a sublevar contra él alguna tribu berberisca o árabe, los mandó perseguir por jinetes, para que los alcanzaran y se los trajeran. Después, juzgando que su huída y los propósitos que les había escuchado eran pruebas fehacientes de sus criminales proyectos, los hizo decapitar (1). Desde entonces sólo pensó en librarse de los demás ommíadas, que, advertidos por sus partidarios, se apresuraron a buscar un refugio entre las tribus berberiscas independientes.

Errando de tribu en tribu y de ciudad en ciudad, Abderrahman recorrió de un extremo a otro el Norte de Africa. Permaneció algún tiempo oculto en Barca; buscó un asilo en la corte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort; después fué a implorar la protección de la tribu berberisca de Micnesa. Cinco años transcurrieron así, y nada indica que durante ese tiempo Abderrahman hubiese intentado buscar fortuna en España. Era el Africa lo que codiciaba aquel ambicioso pretendiente sin dinero ni amigos; intrigando sin cesar, buscando partidarios a cualquier precio, fué arrojado de

(1) Ben-Adarí, t. I. pp. 49, 50.

Micnesa, llegando por fin a la tribu berebere de Nafza, a la cual pertenecía su madre, tribu que habitaba en las inmediaciones de Ceuta (1).

Convencido de que en Africa no realizaría sus propósitos, dirigió la mirada al otro lado del mar. Tenía sobre España vagas noticias, debidas a Salim, uno de los dos libertos que le acompañaban en su vida errante. Salim había estado en España en tiempo de Muza o poco después, y hubiera podido prestar al príncipe servicios muy útiles; pero había regresado a Siria. Disgustado hacía tiempo de la vida vagabunda que llevaba en compañía de un aventurero, estaba decidido a aprovechar la primera ocasión para alejarse, cuando Abderrahman se la proporcionó. Un día que, por estar durmiendo, no había oído que su dueño le llamaba, éste le arrojó un vaso de agua al rostro, y entonces Salim dijo encolerizado:

—Puesto que me tratas como a un vil esclavo, te abandono para siempre. No te debo nada, porque no eres mi patrono; sólo tu hermana tiene derecho sobre mí; así, pues, me vuelvo con ella.

Quedaba el otro liberto, el fiel Badr, al cual encargó Abderrahman que pasase a España para ponerse de acuerdo con los clientes omeyas, que en número de 400 o 500 formaban parte de las divisiones de Damasco y de Kinasrina, establecidas en Elvira y Jaén. Badr debía entregarles una

(1) Véase Becrí, en las *Noticias y extractos*, t. XII, página 559.

carta de su patrono, en la cual éste refería que llevaba cinco años recorriendo el Africa como fugitivo, a fin de escapar a las persecuciones de Ben-Habib, que atentaba contra la vida de todos los ommíadas.

"Querría ir a vivir entre vosotros, clientes de mi familia—decía el príncipe—, porque estoy seguro de que seríais para mí fieles amigos. Pero ¡ay!, no me atrevo a ir a España, cuyo emir me tendería lazos, como el de Africa, considerándome como un enemigo, como un pretendiente. Y, en verdad, ¿no tengo derecho a pretender el emirato, siendo nieto del califa Hixem? Pues bien: ya que no puedo ir a España como un simple particular, iré en calidad de pretendiente; pero sólo cuando me hayáis asegurado que tengo en ese país alguna probabilidad de éxito, que me apoyaréis con todas vuestras fuerzas y que consideraréis mi causa como propia."

Terminaba prometiendo dar a sus clientes los puestos más elevados, en caso de que quisieran secundarle.

Llegado a España, Badr remitió esta carta a Obaidala y a Aben-Jalid, jefes de los clientes de la división de Damasco. Enterados del escrito, los dos jefes fijaron el día en que consultarían el asunto con los demás clientes, y rogaron a Yusof aben-Bojt, jefe de los clientes ommíadas de la división de Kinesrina, que asistiese a la reunión. En el día prefijado consultaron a sus compañeros de tribu sobre el partido que debían adop-

tar, y aunque la empresa pareció difícil, acordaron que debía intentarse. Tomando esta decisión, los clientes cumplían un verdadero deber desde el punto de vista árabe, porque la clientela supone un vínculo indisoluble y sagrado, un parentesco de convención, y los descendientes de un liberto están obligados a ayudar en cualquier empresa a los herederos del que ha manumitido al jefe de su familia. Pero esta decisión fué dictada, además, por su propio interés. El régimen de las dinastías árabes era un régimen de familia; los parientes y clientes del príncipe ocupaban casi exclusivamente todas las altas dignidades del Estado. Así, pues, laborando por la fortuna de Abderrahman, trabajaban también por su propio engrandecimiento. La dificultad estribaba en ponerse de acuerdo sobre los medios conducentes al fin, y resolvieron consultar a Somail, que a la sazón se hallaba sitiado en Zaragoza. Sabían que estaba irritado contra Yusof porque éste no le enviaba refuerzos, y suponían en él un resto de adhesión hacia los ommíadas, antiguos bienhechores de su familia; en último caso, contaban con su discreción, porque le consideraban demasiado caballeroso para traicionar una confidencia.

Por lo tanto, el móvil de conferenciar con Somail fué lo que indujo a socorrerle a los treinta ommíadas que, acompañados por Badr, se habían unido a los caisitas. Ya se ha visto que la expedición fué coronada por el éxito; podemos, pues, reanudar el relato, interrumpido en el momento

en que los jefes ommíadas pedían a Somail una entrevista secreta.

Habiendo accedido a su demanda el caisita, comenzaron por rogarle guardase el secreto de las importantes nuevas que le iban a comunicar; y cuando él se lo prometió, Obaidala le refirió la llegada de Badr y le leyó la carta de Abderrahman. Después añadió con tono humilde y sumiso:

—Ordena lo que debemos hacer; nos atendremos a tus órdenes. Haremos lo que apruebes; dejaremos de hacer lo que desapruebes.

Profundamente pensativo, respondió Somail:

—El asunto es grave; no me exijáis una respuesta inmediata. Después de reflexionar os comunicaré mi opinión.

Habiendo sido introducido Badr a presencia de Somail, éste, sin prometerle nada, le colmó de regalos, como había hecho con los demás que habían ido en su auxilio. Después partió para Córdoba, donde encontró a Yusof ocupado en alistar tropas, destinadas a castigar a los rebeldes del distrito de Zaragoza.

En el mes de mayo del año 755, Yusof, en vísperas de ponerse en marcha, llamó a los dos jefes de los clientes ommíadas, que consideraba como sus propios clientes desde que sus amos habían perdido el trono (1), y les ordenó:

—Id en busca de vuestros clientes, y decidles que nos acompañen.

---

(1) Ben-al-Cutia, fol. 9 v.

—Imposible, señor — respondió Obaidala—; a causa de tantos años de penuria, esos desgraciados no tienen fuerzas para andar. Todos los que aun podían hacerlo fueron a socorrer a Somail, y tan larga marcha, durante el invierno, los ha fatigado excesivamente.

—He aquí con qué restablecer sus fuerzas—repuso Yusof—; enviadles estas mil monedas de oro, que les servirán para comprar trigo.

—¿Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscriptos en el registro? Es muy poco, sobre todo en tiempos de tal carestía.

—Haz lo que quieras; no te daré más.

—Pues bien, guarda el dinero; no te acompañamos.

Sin embargo, después de abandonar al emir, Obaidala y sus compañeros cambiaron de opinión.

—Vale más que aceptemos ese dinero, que podrá sernos útil—se dijeron—. Claro está que nuestros hermanos de tribu no acompañarán a Yusof; quedarán en sus hogares, prevenidos para cualquiera eventualidad; pero ya encontraremos algún modo para explicar su ausencia en el ejército; aceptemos, pues, el dinero que Yusof nos ofrece; daremos parte de él a nuestros compañeros de tribu, que, gracias a este socorro, podrán comprar trigo, y emplearemos el resto en facilitar la ejecución de nuestros planes.

Dijeron, pues, al gobernador que aceptaban la oferta. Cuando recibieron el dinero, se traslada-

ron al distrito de Elvira, y dieron a cada uno diez monedas de plata de parte de Yusof, diciéndole que eran para comprar trigo; lo que callaron es que Yusof les había dado mucho más, que pretendía que los clientes le acompañasen, y que las mil monedas de oro eran la soldada.

La moneda de oro contenía veinte monedas de plata, por lo que quedaba para los dos jefes casi cerca de las tres cuartas partes de la suma que Yusof les había dado.

Mientras tanto, Yusof había partido de Córdoba con algunas tropas, y, habiendo tomado la ruta de Toledo, había establecido su campamento en el distrito de Jaén, en el paraje denominado *vado de Fath*, al norte de Menjíbar, por donde se cruzaba el Guadalquivir cuando se querían atravesar los desfiladeros de Sierra Morena, y donde ahora se halla una barca de río, que ha adquirido celebridad europea por los acontecimientos que precedieron a la batalla de Bailén, en 1808. Yusof esperaba allí las tropas que acudían de todas partes, y les distribuía la soldada, cuando los dos jefes de los clientes omeyas, comprendiendo que apremiado por la necesidad de combatir a los rebeldes de Zaragoza, no se detendría mucho tiempo en el *vado de Fath*, se presentaron a él.

—Y bien, ¿por qué no llegan nuestros clientes?—preguntó Yusof.

—Tranquilízate, emir, y que Dios te bendiga—respondió Obaidala—; vuestros clientes no se parecen a ciertas personas que todos conocemos.

Por nada del mundo dejarían que combatieras a tus enemigos sin ellos; es lo que aseguraban el otro día; pero al mismo tiempo me encargan te pida que les concedas alguna demora. La recolección de primavera, como sabes, promete ser abundante, por lo que deseaban, antes de partir, cuidar la cosecha; pero quieren reunirse contigo en Toledo.

No teniendo ningún motivo para sospechar que Obaidala le engañase, Yusof creyó en sus palabras, y le dijo:

—Pues bien: volved con vuestros hermanos de tribu, para encargarles que se pongan en marcha lo antes posible.

Poco después, Yusof reanudó su avance. Obaidala y su compañero fueron con él parte del camino; después se despidieron, prometiéndole unírsele bien pronto con los demás clientes, y volvieron al *vado de Fath*. En el camino encontraron a Somail y a su guardia. Después de haber pasado la noche en una de las orgías que les eran habituales, el jefe caisita dormía aún en el momento en que Yusof se puso en marcha, por lo que partió mucho más tarde. Viendo volver a los dos clientes, exclamó con sorpresa:

—¡Cómo! ¡Os volvéis! ¿Me traéis alguna noticia?

—No, señor—le respondieron—; Yusof nos ha permitido partir, y nos hemos comprometido a alcanzarle en Toledo, con los otros clientes. Si te place, te acompañaremos parte del camino.

—Quedaré encantado de gozar vuestra compañía—replicó Somail.

Después de tratar de cosas indiferentes, Obaidala se aproximó a Somail y le dijo al oído que deseaba hablarle en secreto. A una señal del jefe, sus compañeros se alejaron, y Obaidala añadió:

—Se trata del asunto del hijo de Moauia, sobre el cual te consultamos. Su emisario no ha partido aún.

—No he olvidado este asunto; al contrario, he reflexionado profundamente, y, según te prometí, no se lo he revelado a nadie, ni aun a mis íntimos amigos. Ahora, he aquí mi respuesta: Creo que Abderrahman merece el trono y ser apoyado por mí; puedes escribírselo y que Alá nos ayude. En cuanto al viejo pelado—así llamaba a Yusof—, es preciso que me deje obrar como quiera. Le diré que debe casar con Abderrahman a su hija Om-Musa, viuda actualmente (1), y resignarse a no ser emir de España. Si accede, se lo agradeceremos; si no, le hendiremos la calva con nuestras espadas y llevará su merecido.

Entusiasmados con una respuesta tan favorable, los dos jefes le besaron la mano con reconocimiento, y después de reiterarle las gracias por la ayuda que prometía a su patrono, le abandonaron para dirigirse al *vado de Fath*.

Evidentemente, Somail, que no había tenido

(1) Había estado casada con Catam, hijo de Abdalmelic el fihirita, que había sido gobernador de España.

tiempo de dormir la mona, se había levantado aquella mañana de muy mal humor contra Yusof; todo lo que había dicho a los clientes provenía de un impulso irreflexivo. Con su habitual indolencia no había pensado seriamente en el asunto de Abderrahman, por no decir que lo había olvidado por completo. Sólo después de haber dado tantas esperanzas a sus clientes, fué cuando comenzó a pesar el pro y el contra, y entonces una sola preocupación dominó su espíritu.

—¿Qué será de la libertad de las tribus árabes si un príncipe omeya reina en España? Una vez consolidado el poder monárquico, ¿qué poder nos quedará a los jefes de tribu? No; por quejas que tenga contra Yusof, es preciso que las cosas continúen como están—y llamando a uno de sus esclavos, le ordenó partir a rienda suelta y decir que le esperasen los dos clientes. Estos habían recorrido ya una legua hablando de las risueñas promesas de Somail, y creyendo asegurado el éxito de su pretendiente, cuando Obaidala, oyendo pronunciar su nombre, se detuvo y vió llegar a un jinete. Era el esclavo de Somail, que les dijo:

—Esperad a mi señor; va a venir, y tiene que hablaros.

Asombrados de este mensaje, temieron por un momento que quisiera detenerlos y entregarlos a Yusof; sin embargo, retrocedieron en su camino y bien pronto vieron llegar a Somail, montado sobre "Estrella", su mula blanca, que iba a galope

tendido. Viendo que no venía con soldados, recuperaron la confianza; cuando llegó Somail, les dijo:

—Desde que me entregasteis la carta del hijo de Moauia y me presentasteis a su mensajero, he pensado muchas veces en ese asunto.

Al hablar así, Somail mentía o su memoria le engañaba; pero no se atrevía a confesar que había casi olvidado un asunto tan importante, y era muy árabe para que le preocupase una mentira.

—Apruebo vuestros designios, como os acabo de decir; pero desde que nos hemos separado he reflexionado de nuevo y ahora pienso que Abderrahman pertenece a una familia tan poderosa que... —aquí Somail empleó una frase seguramente muy enérgica, pero que no podemos traducir sin pecar contra el decoro—. En cuanto al otro—continuó—, en el fondo es un buen muchacho y se deja guiar por nosotros, salvo raras excepciones, con bastante docilidad. Además le estamos muy obligados y no debemos abandonarle. Reflexionad, pues, lo que vais a hacer; y si persistís en vuestros propósitos, pronto me veréis llegar; pero no será como amigo. Os juro que la primera espada que se desenvainará será la mía. Y ahora, id en paz; que Alá os sugiera, lo mismo que a vuestro patrono, prudentes inspiraciones.

Consternados por estas palabras que desvanecían todas sus ilusiones, y temiendo irritar a aquel hombre colérico, respondieron humildemente:

—¡Dios te bendiga! Jamás nuestra opinión diferirá de la tuya.

—En buen hora — respondió Somail—; pero como amigo os aconsejo que no intentéis nada para cambiar el estado político del país. Lo único que podéis hacer es asegurar a vuestro patrono una posición eminente en España, y, si renuncia al emirato, me atrevo a asegurar que Yusof le acogerá benévolamente, lo casará con su hija y le entregará, con ella, una fortuna considerable. Adiós, y buen viaje.

Dicho esto, hizo dar media vuelta a "Estrella", y, clavando las espuelas en sus flancos, la lanzó al galope.

No teniendo nada que esperar de Somail ni de los maaditas que, en general, seguían los consejos de su jefe, no les quedaba más partido que aliarse con los yemenitas, excitándolos a vengarse de los maaditas. Queriendo lograr a todo trance sus propósitos, se dirigieron a todos los jefes yemenitas con los cuales creían poder contar, incitándolos a empuñar las armas en pro de Abderrahman. Obtuvieron un éxito que excedió a sus fuerzas, porque los yemenitas, que ardían en cólera recordando su derrota de Secunda, y creyéndose condenados a sufrir el yugo de los maaditas, estaban dispuestos a sublevarse a la primera señal y a agruparse bajo la bandera de cualquier pretendiente, con tal de vengarse y exterminar a sus adversarios.

Seguros del apoyo de los yemenitas y de que

Yusof y Somail se hallaban luchando en el Norte, los clientes omeyas juzgaron aquel momento favorable para el arribo de su patrono. Compraron, pues, un barco, y enviaron a Tamam, que con once más había de tripularle, quinientas monedas de oro, de las cuales debía entregar parte al príncipe, empleando el resto en saciar la avaricia de los bereberes, que sin rescate no dejarían partir a su huésped. Aquel dinero era el que Yusof había dado a los clientes para que le secundasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza, bien ajeno de que serviría para traer a España un príncipe que le disputaría el emirato.

XIV (1)

Hacía meses que Abderrahman había abandonado Nafza y se había establecido entre los Magila, a orillas del Mediterráneo, donde llevaba una existencia triste y monótona, esperando, con ansiedad siempre creciente, el regreso de Badr, del cual no había recibido noticias. Su suerte iba a decidirse; si sus grandes proyectos fracasaban, se disiparían como el humo sus ensueños de felicidad y gloria y tendría que reanudar su errante vida de proscripto, o bien ocultarse en cualquier paraje ignorado del Africa; en cambio, si triunfaba en su audaz empresa, España le ofre-

(1) *Ajbar machmua*, fols. 80 r.-83 r.

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

cería un asilo seguro y todas las riquezas y satisfacciones del poder.

Fluctuando entre el temor y la esperanza, Abderrahman, poco devoto de suyo, pero fiel observador de los convencionalismos, cumplía una tarde con el precepto de la oración ordenada por la ley, cuando vió aproximarse un buque a la costa y arrojarse de él a uno de los que lo tripulaban para nadar hacia la playa. Era Badr, que, en su impaciencia por volver a ver a su señor, no quería esperar a que anclasen. "¡Buenas noticias!", gritó al príncipe en cuanto le vió; después contó rápidamente lo ocurrido, nombró los jefes con que podía contar y las personas que tripulaban el navío destinado a conducirle a España. "Ya no carecerás de dinero—añadió—; te traigo quinientas monedas de oro."

Loco de alegría, Abderrahman fué en busca de sus partidarios. El primero que encontró fué Abu-Galib Tamam. Abderrahman le preguntó sus nombres, y cuando los supo dedujo de ellos un augurio feliz. En efecto: no había nombres más adecuados para inspirar grandes esperanzas al que creyera en presagios, porque Tamam significa *cumplidor*, y Galib, *victorioso*. "Realizaremos nuestros designios—exclamó el príncipe—y alcanzaremos la victoria."

Apenas trabaron conocimiento, resolvieron marchar sin demora. El príncipe estaba haciendo sus preparativos cuando los bereberes acudieron en masa, amenazando con impedir la partida si no

les daban presentes. Como esta exigencia estaba prevista, Tamam dió dinero a cada uno según su jerarquía. Hecho esto, ya levaban anclas cuando un bereber, olvidado en la distribución, se arrojó al mar, y asiéndose a una cuerda del navío, empezó a gritar para que le diesen algo. Aburrido del descaro de aquel mendigo, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al importuno, que cayó en el agua y se ahogó.

Una vez libre de los berberiscos, se empavesó el barco en honor del príncipe, y poco después llegaron al puerto de Almuñécar. Era en septiembre del año 755.

Fácil es suponer la alegría de Abderrahmaa cuando abordó a España, y la de Aben-Jalid y Obaidala cuando abrazaron a su patrono, que habían ido a esperar a Almuñécar. Después de haber pasado algunos días en al-Fontin, quinta de Jalid, situada cerca de Loja, entre Archidona y Elvira (1), el príncipe estableciόse en el castillo de Torrox, perteneciente a Obaidala, y situado un poco más al Oeste, entre Yznájar y Loja (2).

Mientras tanto, Yusof comenzaba a inquietarse en Toledo por la prolongada ausencia de los clientes ommíadas. Con el afán de esperarlos aplazaba la marcha de día en día. Somail, que sospechaba

(1) La posición de la quinta de al-Fontin, que a fines del siglo IX pertenecía aún a los descendientes de Aben-Jalid, está indicada por Ben-Hayan, fols. 76 v., 83 v.

(2) Actualmente existe un pueblo llamado Torrox al oeste de Almuñécar, en la costa del Mediterráneo; pero la situación del Torrox indicado en el texto fué claramente determinada por Ben-Hayan, fol. 83 v.

la verdadera causa de su ausencia, pero que, fiel a lo prometido, guardaba el secreto, se impacientaba también de la larga permanencia del ejército en Toledo. Quería escarmentar lo antes posible a los rebeldes de Zaragoza; y un día en que Yusof se quejaba de la tardanza de los clientes, Somail le dijo con desdén: "Un jefe como tú no debe detenerse tanto para esperar a *unos nadie* como ellos. Temo que perdamos la ocasión de encontrar a nuestros enemigos con recursos inferiores a los nuestros, si permanecemos largo tiempo aquí."

Para el débil Yusof, tales palabras en labios de Somail equivalían a una orden. Pusiéronse, pues, en marcha, y una vez frente al enemigo, no necesitaron combatir, porque tan pronto como los rebeldes vieron que tenían que habérselas con un ejército tan superior en número, entraron en negociaciones. Prometióles Yusof la amnistía, a condición de que le entregarían sus tres jefes coraixitas, Hobab, Amir y su hijo Uahb. Los rebeldes, casi todos yemenitas, vacilaron menos en aceptar esta condición, por suponer que Yusof sería clemente con los jefes que pertenecían casi a su misma tribu. Entregáronlos, por lo tanto, y Yusof convocó a sus oficiales para que juzgasen a los prisioneros, que esperaban el fallo cargados de cadenas.

Somail, que sentía hacia aquellos coraixitas uno de esos odios que para él no acababan más que con la vida, insistió en que los decapitaran; pero

ningún otro caisita compartía su opinión, pensando que no tenían derecho a condenar a muerte a hombres que pertenecían como ellos a la raza de Maad; temían, además, atraerse el aborrecimiento de la más numerosa tribu coraixita y de sus múltiples aliados. Los dos jefes de la rama de Cab ben-Amir, llamados Aben-Xihab y Hosain, mantenían esta opinión con más vehemencia que los otros caisitas. Somail tuvo que ceder, pero ardiendo de cólera y resuelto a vengarse prontamente de los que le habían llevado la contraria. Yusof perdonó, pues, la vida a los tres coraixitas, pero los retuvo prisioneros.

Pronto encontró pretexto Somail para librarse de los dos jefes que le habían contrariado, y que anteriormente, cuando él estaba sitiado en Zaragoza, se habían resistido largo tiempo a acudir en su socorro. Imitando el ejemplo de los españoles de Galicia, que habían sacudido la dominación árabe, los vascos de Pamplona se sublevaron también, y Somail propuso a Yusof enviar contra ellos parte del ejército y confiar el mando de estas tropas a Aben-Xihab y a Hosain. Ideó esto a fin de alejar a tan importunos contradictores y con el secreto deseo de que no volviesen de aquella expedición a través de un país agreste y erizado de ásperas montañas.

Yusof, cediendo, como de costumbre, al ascendiente que su amigo ejercía sobre él, hizo lo que le indicaba; y después de nombrar a su propio hijo Abderrahman gobernador de la frontera, vol-

vió a tomar el camino de Córdoba. Al hacer un alto a orillas del Jarama (1), un emisario le trajo la noticia de que las tropas enviadas contra los vascos habían sido completamente derrotadas; que Aben-Xihab había perecido, y Hosain, vuelto a Zaragoza con los pocos guerreros que habían escapado del desastre.

Ninguna noticia podía ser más grata para Somail, y al amanecer del día siguiente dijo a Yusof: "Todo marcha a maravilla. Alá nos ha librado de Aben-Xihab. Acabemos ahora con los coraixitas; hazlos venir, y ordena que les corten la cabeza." A fuerza de repetirle que aquella ejecución era absolutamente necesaria, Somail logró que participase de su opinión el emir, que también esta vez condescendió con su voluntad.

Los tres coraixitas dejaron de existir. A la hora de costumbre, es decir, a las diez de la mañana (2), se sirvió el almuerzo, y Yusof y Somail se sentaron a la mesa. El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos; reprochábase también haber enviado a Aben-Xihab y a tantos valientes guerreros a una muerte cierta; comprendía que tanta sangre exigía venganza, y un vago presentimiento le decía que su poder tocaba a su fin. Abrumado de cavilaciones, apenas comía. Somail, al contrario, mostraba una alegría brutal; y mien-

(1) *Uadi-Xaranba*, en el *Ajbar machmua*; Ben-al-Abar (página 52) cita aquí el Uadi-ar-ramal—*río arenoso*—, es decir, el Guadarrama.

(2) Burckhardt: *Notas sobre los beduinos*, p. 36.

tras comía con excelente apetito, esforzábase en tranquilizar al débil emir, del cual se servía para satisfacer sus rencores personales, induciéndole a atroces violencias. "Aleja esas negras ideas —le dijo—. ¿En qué has delinquido? Si ha perecido Xihab, no es culpa tuya; ha muerto en un combate, y en la guerra a cualquiera le puede suceder lo mismo. Si han sido ejecutados los tres coraixitas, lo merecían; eran rebeldes, rivales peligrosos, y este ejemplo de severidad hará reflexionar a los que pretendan imitarlos. España es desde ahora propiedad tuya y de tus hijos; has fundado una dinastía que reinará hasta la venida del Anticristo. ¿Quién será tan audaz que te dispute el poder?"

Con estas frases, Somail procuró en vano disipar la tristeza que abrumaba a su amigo. Terminado el almuerzo, levantóse el emir y volvió a su tienda, para dormir la siesta en el departamento reservado a sus dos hijas. Una vez solo, arrojóse en el lecho, más bien por costumbre que por necesidad de dormir, porque sus negros pensamientos no se lo permitían.

De repente oyó gritar a los soldados:

—¡Un correo..., un correo de Córdoba!

Incorporándose a medias, preguntó a los centinelas apostados delante de su tienda:

—¿Quién grita? ¿Ha llegado un correo de Córdoba?

—Sí—le respondieron—; es un esclavo, montado sobre el mulo de Om-Otman.

—Que entre al instante—ordenó Yusof, que no comprendía por qué su esposa le enviaba un propio, pero que adivinaba que debía tratarse de algo grave y urgente.

Entró el correo y le entregó un escrito concebido en estos términos: "Un nieto del califa Hixem ha llegado a España, fijando su residencia en Torrox, castillo del infame Obaidala ben-Otman. Los clientes ommíadas se han declarado por él; tu lugarteniente de Elvira, que había salido a hacerles frente con tus tropas, ha sido derrotado; los soldados han sido apaleados, pero no han matado a ninguno. Haz sin demora lo que juzgues conveniente."

Leído el escrito, Yusof mandó llamar a Somail, el cual, al retirarse a su tienda, había visto llegar al correo; pero, con su habitual indolencia, apenas se había fijado en él, y hasta que el emir lo llamó a una hora tan desusada no pensó que el mensajero habría venido por algún motivo grave.

—¿Qué ha sucedido, emir?—dijo penetrando en la tienda de Yusof—. ¿Por qué me llamas durante la siesta? Supongo que no será por nada desagradable.

—Sí—le respondió Yusof—; ¡por Dios, que es un acontecimiento extremadamente grave! Temo que Dios nos castigue por la muerte de esos hombres.

—¡Qué locura!—prosiguió Somail con desdén—. Esos hombres eran demasiado viles para que

Dios se preocupe de ellos. Pero veamos, ¿qué sucede?

—Acabo de recibir una carta de Om-Otman, que te leerá Jalid.

Este, que era cliente y secretario del emir, leyó entonces el escrito. Menos asombrado que Yusof, porque podía prever lo que pasaba, Somail no perdió la sangre fría al oír que Abderrahman había llegado a España.

—El asunto es grave, en efecto—dijo—; pero he aquí mi opinión: marchemos ahora mismo contra el pretendiente; presentémosle batalla; tal vez muera en ella; en todo caso, sus fuerzas serán aún tan poco numerosas que las dispersaremos fácilmente, y, una vez derrotado, perderá probablemente la gana de repetir.

—Me place tu opinión—replicó Yusof—; pongámonos en marcha ahora mismo.

Bien pronto todo el ejército supo que el nieto de Hixem había llegado a España y que iban a combatirle. Esta noticia causó una emoción extraordinaria; indignados ya del infame complot urdido por sus jefes contra Aben-Xihab, y del cual habían sido víctimas muchos de su tribu; indignados también por la ejecución de los coraixitas, ordenada a despecho de la opinión de los jefes caisitas, no estaban dispuestos a emprender una campaña para la cual no habían sido pagados. "¡Quieren forzarnos a hacer dos campañas en vez de una—exclamaban—, pero no lo consentiremos!" Al anochecer, comenzó una deserción casi general;

los de cada tribu se llamaban unos a otros, y a bandadas abandonaron el campamento para volver a sus hogares. Apenas quedaron diez yemenitas; eran los portaestandartes, que no podían abandonar su puesto sin mancillar su honor; pero ni censuraron a los desertores, ni hicieron nada por detenerlos. Algunos caisitas, más adictos a Somail, y algunos guerreros de otras tribus maaditas, se quedaron también; pero no se podía contar con ellos, porque, fatigados y deseosos de tornar a sus moradas, rogaron a Yusof y a Somail que los condujesen a Córdoba, alegando que el emprender una campaña de invierno en la sierra de Regio con tan escasas fuerzas sería, por huír de un peligro, caer en otro mayor; que la insurrección se limitaría, sin duda, a algunos distritos de la costa, y que para atacar a Abderrahman convenía esperar el retorno de la primavera. Pero una vez que Somail concebía un plan, se aferraba a él. Marcharon, por lo tanto, hacia la sierra de Regio, pero bien pronto la mala voluntad de los soldados convenció al mismo Yusof de que el plan de Somail era irrealizable. Había comenzado el invierno, las lluvias y los torrentes desbordados hacían impracticables los caminos. A pesar de la oposición de Somail, Yusof dispuso volver a Córdoba, contribuyendo a esta decisión el haber sabido que Abderrahman no había venido a España para pretender el emirato, sino simplemente para buscar un asilo y medios de subsistencia. "Si le ofreces una de tus hijas en matri-

monio, y además dinero—le decían—, no pretenderá otra cosa."

Yusof, ya de regreso a Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió a Torrox tres de sus amigos. Eran Obaid, el jefe más poderoso de los caisitas después de Somail, y amigo de éste; Isa, cliente omeya y tesorero del ejército, y Jalid, secretario de Yusof. Debían ofrecer al príncipe ricas vestiduras, dos mulos, dos caballos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron con estos presentes; pero cuando llegaron a Orx, en los límites de la provincia de Regio, Isa, que además de cliente de la familia ommíada era sinceramente adicto a Yusof, dijo a sus compañeros: "¡Me asombro de que hombres como Yusof, Somail y vosotros dos procedáis con tanta ligereza! ¿Sois tan simples para creer que, si llevamos estos presentes a Abderrahman y rehusa aceptar las proposiciones de Yusof, nos dejará volver con los regalos a Córdoba?" Esta observación pareció tan justa y sensata a los demás, que resolvieron que Isa quedase con los presentes en Orx hasta ver si Abderrahman aceptaba las condiciones del tratado.

Al llegar a Torrox hallaron la ciudad y el castillo llenos de soldados; porque los clientes de la familia ommíada y los yemenitas de las divisiones de Damasco, del Jordán y de Kinesrina habían acudido en masa. Obtenida una audiencia, fueron recibidos por el príncipe, rodeado de su pequeña corte, en la cual Obaidala ocupaba el pri-

mer puesto, y le expusieron el objeto de su viaje, diciéndole que Yusof, lleno de agradecimiento a los beneficios que su ilustre tatarabuelo Ocba aben-Nafi había recibido de los omeyas, no deseaba más que vivir en buena armonía con Abderrahman, a condición de que éste no pretendería el emirato, sino solamente las tierras que el califa Hixem había poseído en España; que le ofrecía su hija con un dote considerable; que le enviaba también presentes que habían quedado en Orx, pero que no tardarían en llegar, y que si Abderrahman quería instalarse en Córdoba, podía contar con la más benévola acogida.

Estas proposiciones agradaron bastante a los clientes, cuyo primer ímpetu se había enfriado un tanto desde que habían advertido que los yemenitas, aunque dispuestos a combatir contra sus adversarios, mostraban una tibieza desesperante respecto al pretendiente, por lo que, después de reflexionar, se inclinaban a un acomodamiento con Yusof. Respondieron, pues, a los mensajeros: "Lo que proponéis es excelente. Yusof está en lo cierto al pensar que el príncipe no ha venido a España para pretender el emirato, sino simplemente para reclamar los territorios que le pertenecen por herencia."

Inútil es decir que Abderrahman no participaba de su opinión y que su codicia no se contentaba con la posición de rico propietario que querían asignarle; pero no creyéndose todavía en terreno firme, y supeditado enteramente a sus ami-

gos, mostróse con ellos modesto y hasta humilde; y, no atreviéndose a condenar lo que ellos aprobaban, guardaba prudente silencio. Un observador superficial hubiese afirmado que su espíritu no había salido aún del estado de crisálida, o, al menos, que estaba bajo la tutela del viejo Obaidala.

—He aquí ahora—añadió Jalid—la carta que Yusof te envía, y que confirma cuanto acabamos de decir.

El príncipe tomó la carta y se la dió a Obaidala para que la leyese en alta voz. Esta carta, escrita por Jalid, como secretario de Yusof, era de admirable pureza de estilo, sembrado de las flores de la retórica árabe. Cuando Obaidala terminó la lectura, el príncipe, siempre prudente, dejó que su amigo decidiera.

—¿Quieres encargarte de responder a esta carta—le dijo—, puesto que ya conoces mi modo de pensar?

No tenía duda sobre el sentido de la respuesta; en nombre de su patrono, Obaidala aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusof; y el príncipe se resignaba ya al doloroso sacrificio de sus sueños de ambición, cuando una inconveniencia de Jalid embrolló el asunto y devolvió la esperanza al príncipe.

Jalid no era árabe; pertenecía a la raza vencida, era español; sus padres habían sido esclavos y cristianos; pero, como muchos de sus compatriotas, su padre había abjurado el cristianismo; al hacerse musulmán había recibido el nombre de

Zaid, y para recompensarle de su conversión, su dueño, Yusof, le había manumitido. Educado en el palacio de su patrono, Jalid, a quien la naturaleza había dotado de inteligencia nada común y de extraordinaria aptitud para el trabajo mental, había estudiado con tal entusiasmo la literatura árabe, y la conocía tan bien, que llegó a escribir con tal elegancia, que Yusof le había nombrado su secretario, lo cual era un gran honor, porque los emires se jactaban de tener como secretarios a los hombres más cultos y versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas. Jalid adquirió bien pronto gran influencia sobre el débil Yusof, que, no fiándose de sus propias luces, se guiaba siempre por la voluntad de otro; así que cuando Somail no estaba a su lado, Jalid dictaba sus resoluciones. Envidiado por los árabes a causa de su influencia y talento, menospreciado por ellos a causa de su origen, Jalid devolvía a estos rudos guerreros desprecio por desprecio. Así, cuando vió la torpeza con que el viejo Obaidala, que manejaba mejor la espada que el cálamo, hacía los preparativos para contestar a su elegante carta, se indignó con vanidad de literato de que el príncipe confiase una tarea tan noble a un hombre tan inculto y tan poco familiarizado con las filigranas del estilo. Retozó en sus labios una sonrisa burlona, y dijo con acento desdeñoso:

—Te sudarán los sobacos, Abu-Otman, antes de que respondas a una carta como ésa.

Viendo que se burlaba de él tan groseramente un hombre salido de la nada, un vil español, Obaidala, cuyo carácter era naturalmente violento, se enfureció de un modo espantoso.

—¡Infame!—exclamó—. No me sudarán los sobacos, porque no contestaré a tu carta.

Dichas estas palabras con acento de fiereza brutal, arrojó el escrito al rostro de Jalid y le asestó en la cabeza un vigoroso puñetazo.

—¡Que prendan y encadenen a este miserable! —prosiguió, dirigiéndose a los soldados, que se apresuraron a ejecutar la orden; después, hablando con el príncipe, dijo—: he aquí el principio de la victoria. Toda la sabiduría de Yusof reside en ese hombre, sin el cual no puede nada.

El otro mensajero, Obaid, el jefe caisita, esperó a que se calmase la cólera de Obaidala, y después le advirtió:

—Recuerda, Abu-Otman, que Jalid es un embajador, y, como tal, inviolable.

—No—le replicó Obaidala—; el mensajero eres tú; por eso te dejaremos partir en paz. En cuanto al otro, él ha sido el provocador, y merece ser castigado; es hijo de una mujer impura y vil, es un *ilche* (1).

A consecuencia de la vanidad de Jalid y del temperamento irascible de Obaidala quedaron ro-

---

(1) La palabra *ilche* no significa solamente cristiano, como se encuentra en nuestros diccionarios, sino también renegado. Véase Mármol: *Descripción de Africa*, t. II, fol. 17, col. I; Haest: *Noticias*, p. 147; *Charant*, p. 48; Jackson, página 140.

tas las negociaciones, y el príncipe se regocijó viendo que el azar favorecía los propósitos que no se había atrevido a confesar.

Cuando partió Obaid, en el cual respetaba Obaidala al jefe de una noble y poderosa familia árabe, y cuando Jalid quedó encerrado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habían aludido a los presentes que habían quedado en Orx, y resolvieron apropiárselos, toda vez que la guerra contra Yusof estaba declarada. Treinta jinetes partieron a rienda suelta hacia Orx; pero Isa, advertido a tiempo, había huído precipitadamente, llevándose todas las riquezas que los mensajeros debían ofrecer al príncipe ommíada, y los jinetes volvieron a Torrox sin haber logrado su objeto. Abderrahman no perdonó nunca a su cliente la conducta observada en esta ocasión, si bien aquél trató de persuadirle de que, siendo fiel servidor de Yusof, entonces su dueño, no podía proceder de otro modo.

Cuando Obaid, de regreso en Córdoba, informó a Yusof y a Somail de lo ocurrido en Torrox, Somail exclamó:

—Ya temía yo el fracaso de esas negociaciones; por eso, emir, te había aconsejado que atacases al pretendiente durante el invierno.

Este plan, bueno en sí mismo, pero desgraciadamente irrealizable, había llegado a ser la obsesión de Somail.

XV (1)

Para comenzar las hostilidades tuvieron los dos partidos que esperar al fin del invierno, que aquel año fué más riguroso que de costumbre en Andalucía. Abderrahman, o más bien Obaidala, pues éste era el que lo dirigía todo, aprovechó aquel tiempo de forzada inacción para escribir a los jefes berberiscos y árabes incitándolos a rebelarse contra Yusof. Los yemenitas respondieron afiliándose todos a la causa del príncipe. Los bereberes estaban divididos, unos en favor de Yusof y otros en el del pretendiente. Respecto a los jefes caisitas, tan sólo seis ofrecieron apoyar a Abderrahman, y tres de ellos tenían agravios personales recibidos de Somail; eran Chabir, hijo de Aben-Xihab, a quien Somail había enviado al país de los vascos para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Xihab, cuya suerte había compartido, y Abubequer ben-Hilal el Abdita, que estaba irritado contra Somail porque éste había abofeteado a su padre. Los tres restantes pertenecían a la tribu de Takif, que desde tiempo del ilustre taquifita Hadchach había seguido ciegamente la causa de los ommíadas.

Las dos naciones rivales, reforzada cada una

(1) *Ajbar machmua*, fols. 83 r.-91 r., libro al cual me he atenido con preferencia a otro; Ben-al-Cutía, fols. 10 v.-13 r.; Ben-al-Abar, pp. 42, 50, 54 y 55.

por tribus bereberes, iban a reanudar la lucha, pero en mayor número y en mayor escala que en el combate de Secunda, librado diez años antes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecía; el partido omeya era superior en número, pero el pretendiente no podía contar mucho con la adhesión de los yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, viendo sólo en la guerra un medio de vengarse de los maaditas. Por el contrario, el bando de Yusof estaba formado por una masa todo lo homógénea que era posible entre los árabes, celosos siempre unos de otros. En este partido todos pretendían una sola cosa: el simple mantenimiento de lo ya existente. Yusof, el bondadoso y débil anciano, que no contrariaba su amor a la independencia y a la anarquía, era precisamente el emir que convenía a los maaditas; y si le faltaba sagacidad—lo que sucedía con frecuencia—, Somail, aunque tenía enemigos entre los caisitas, gozaba de la estimación de casi todos los de su tribu y estaba siempre alerta para aconsejar y dirigir a Yusof.

Al comenzar la primavera, cuando se supo en Torrox que Yusof hacía preparativos para marchar contra su competidor, decidieron dirigirse hacia el Oeste, a fin de atraerse a los yemenitas al atravesar el país, y llevar ventaja a Yusof. También era preciso pasar por la provincia de Regio—habitada por la división del Jordán—, de la cual era capital Archidona. El gobernador de

este distrito era un caisita llamado Chidar; Obaidala le consultó si dejaría pasar al príncipe y a su ejército, y el gobernador, fuese por odio contra Somail o por acceder a los deseos de la población, enteramente yemenita (1) del distrito, respondió: "Conduce al príncipe a la *Mosala* de Archidona el día en que termina el ayuno, y ya verás lo que hago." En la tarde del día indicado, que aquel año, 756, caía en 8 de marzo, los clientes llegaron con el príncipe a la *Mosala*, que era el nombre de una gran planicie, fuera de la ciudad, donde debía predicarse un sermón al cual asistirían todos los musulmanes de Archidona. Cuando el predicador o *jatib* quiso comenzar por la fórmula consagrada, consistente en implorar las bendiciones del cielo sobre el gobernador Yusof, levantóse Chidar y dijo:

—No pronuncies más el nombre de Yusof; substitúyele por el de Abderrahman, hijo de Moauia, hijo de Hixem, porque éste es nuestro emir, hijo de nuestro emir.

Después, dirigiéndose a la turba:

—¡Pueblo de Regio!—continuó—, ¿qué piensas de lo que acabo de decir?

—¡Pensamos como tú! — gritaron de todas partes.

El predicador suplicó, pues, al Eterno que concediese su protección al emir Abderrahman, y, terminado el acto religioso, la población de Archi-

(1) Compárese con Ahmed ben-abi-Yacub, fol. 78 v.

dona prestó juramento de fidelidad y obediencia al nuevo soberano.

A pesar de este apresuramiento en reconocerle, el número de jefes de la provincia que unieron sus tropas a las del pretendiente fué poco considerable. Se resarció con la llegada de cuatrocientos jinetes de la horda berberisca (1) de los Beni-al-Jali, clientes del califa Yezid II, que habitaban en el distrito de Ronda, llamada entonces Ta-Corona (2), y que al saber lo ocurrido en Archidona se habían apresurado a partir para unirse al ejército.

Al pasar de la provincia de Regio a la de Sidona, habitada por la división de Palestina, el príncipe cruzó, no sin trabajo y por escarpados senderos que serpean en los flancos de las rocas cortadas a pico, la salvaje y pintoresca Serranía de Ronda. Llegado a la región habitada por la tribu maadita de Kinena, que lleva hoy el nombre de Jimena (3), ligera alteración de Kinena, no

(1) Ben-al-Cutia, fol. 13 v.

(2) En este nombre propio, *Corona* es el término latino, y *Ta* es el prefijo bereber. Este nombre era el de una de las fortalezas construídas sobre un picacho, tan numerosas en la serranía de Ronda. La comarca que habitaban los Beni-al-Jali conserva aún su nombre, convertido en Benadalid. Es una pequeña población con un castillo muy pintoresco, al sur de Ronda, a la orilla derecha del Genil. Consúltese la *Rebelión de los moriscos*, de Mármol, fol. 221, col. I, y, además, las *Excursiones por las montañas de Ronda y Granada*, de Rochfort Scott, t. I, p. 89.

(3) Respecto a *Jimena*, población con un castillo de construcción romana, véase Rochfort Scott, t. II, p. 28 y sig. El nombre de la tribu de Kinena se ha perpetuado en *Jimena*, situada entre Jaén y Jódar, y en *Torredonjimeno*, al norte de Martos.

encontró allí más que mujeres y niños; los hombres habían ido a engrosar el ejército de Yusof. Pensando que no debía comenzar por ejecuciones, no los molestó lo más mínimo.

Reforzado por los yemenitas de la provincia de Sidona, que se le unieron en gran número, el pretendiente marchó hacia la provincia de Sevilla, poblada por la división de Emesa. Los dos jefes yemenitas más poderosos de la comarca, Abu-Saba, de la tribu de Yahcib, y Hayat aben-Molamis, de la tribu de Hadramot, salieron a su encuentro, y a mediados de marzo hizo su entrada en Sevilla, donde le prestaron juramento de fidelidad. Poco después, cuando supo que Yusof se había puesto en marcha siguiendo la orilla derecha del Guadalquivir para atacarle en Sevilla, abandonó con su ejército esta ciudad y avanzó sobre Córdoba, siguiendo la orilla opuesta del río, con la esperanza de sorprender la capital, que estaría casi desguarnecida, y donde los clientes ommíadas y los yemenitas que habitaban allí le prestarían apoyo.

Cuando llegaron, en el distrito de Tocina, a la ciudad de Colombera (1), según unos, o Villanova de los Bahritas—hoy Brenes—según otros (2), notaron que las tres divisiones militares tenían cada una su estandarte y que la del príncipe no tenía ninguno. "¡Gran Dios—exclamaron los je-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 84 r.
(2) Ben-al-Cutia, fol. 11 r. Los Beni-Bahr eran una subtribu de los lajmitas. Brenes es una alteración de la palabra árabe Bahrin.

fes—, la discordia estallará entre nosotros!" Pero el jefe sevillano Abu-Saba se apresuró a atar un turbante a una lanza, presentando al príncipe esta bandera, que se convirtió en el paladión de los ommíadas. Mientras Abderrahman continuaba su marcha hacia Córdoba, Yusof, que había hecho un alto en Almodóvar, prosiguió la suya hacia Sevilla, y bien pronto los dos ejércitos se vieron frente a frente, separados por el Guadalquivir, cuyas aguas habían crecido demasiado en aquella estación—era en el mes de mayo—para poder vadearle. Observábanse unos a otros. Yusof, que tenía prisa de atacar a su competidor antes de que éste recibiera nuevos refuerzos, esperaba con impaciencia que el río decreciera. Por su parte, el pretendiente quería marchar contra Córdoba sin que lo notase el enemigo. Al llegar la noche, mandó encender hogueras, como en un vivac, a fin de hacer creer a Yusof que habían acampado. Después, a favor de la obscuridad, se pusieron en marcha en el más profundo silencio. Desgraciadamente para Abderrahman, tenían que recorrer cuarenta y cinco millas árabes, y apenas habían andado una, Yusof advirtió su partida clandestina, y, sin perder un instante, retrocedió para ir a proteger su capital amenazada. Fué entonces una verdadera carrera de obstáculos, pero Abderrahman, viendo que Yusof iba a ganar esta carrera, trató de engañarle de nuevo, deteniéndose. Yusof, que observaba desde el otro lado del río todos los movimientos de su rival, hizo lo mismo;

después, cuando Abderrahman volvió a ponerse en marcha, le imitó, hasta que se detuvo definitivamente en Mosara, muy cerca de Córdoba, frente a su competidor, cuyo plan había fracasado, con gran descontento de sus tropas, que, no teniendo otro alimento que garbanzos, esperaban desquitarse de sus privaciones en la capital.

El jueves 13 de mayo, día de la fiesta de Arafa, el Guadalquivir comenzó a decrecer; y habiendo convocado Abderrahman a los jefes de su ejército, que había sido reforzado por la llegada de muchos cordobeses, les habló en estos términos: "Ya es tiempo de tomar una última y firme resolución. Conocéis las proposiciones de Yusof. Si creéis que debo aceptar, todavía estoy dispuesto a hacerlo; pero si preferís la guerra, la prefiero también. Manifestadme francamente vuestra opinión; cualquiera que sea, será la mía." Habiéndose decidido por la guerra todos los jefes yemenitas, su ejemplo arrastró a los clientes ommíadas, que en el fondo no rechazaban la idea de un acomodamiento. Resuelta por lo tanto la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra: "Pues bien, amigos míos: pasemos el río y entablemos mañana mismo la batalla; porque mañana es un día fausto para los omeyas: viernes y día de fiesta, como lo fué el viernes en que mi tatarabuelo vinculó el califato en mi familia, venciendo en la batalla de la Pradera de Rahit a otro fihirita que, como el que vamos a combatir, tenía por visir a un caisita. Entonces, lo mismo que ahora. los

caisitas estaban a un lado y los yemenitas a otro. Esperemos, amigos míos, que mañana será para los ommíadas y los yemenitas una jornada tan gloriosa como la de la Pradera de Rahit." Después el príncipe dió sus órdenes y nombró los jefes que habían de mandar los diferentes cuerpos de ejército. Al mismo tiempo entabló una insidiosa y ficticia negociación con Yusof. Queriendo cruzar el río sin luchar y procurarse víveres para los soldados hambrientos, envió a decir que aceptaba las proposiciones que le habían sido hechas en Torrox y que sólo habían sido desoídas por una impertinencia de Jalid; que, por lo tanto, esperaba que Yusof no se opondría a que el ejército no pasase a la otra orilla, donde, más próximos uno de otro, podrían proseguir más fácilmente las negociaciones, y que, estando a punto de restablecerse la buena inteligencia, le suplicaba le enviase víveres para las tropas.

Creyendo de buena fe a su rival, y que podría arreglarse el asunto sin derramamiento de sangre, Yusof cayó en el lazo; no solamente no se opuso al paso de Abderrahman, sino que le envió bueyes y carneros. Un extraño destino parecía obstinarse en que el viejo Yusof secundara, siempre a su costa, los proyectos de su rival. Ya una vez el dinero que había dado a los clientes omeyas, a fin de que se armasen para defenderle, había servido para conducir a España a Abderrahman; esta vez su ganado servía para restaurar las fuerzas de sus enemigos, que desfallecían de hambre.

A la mañana siguiente, viernes 14 de mayo, día de la fiesta de los sacrificios, comprendió Yusof que se había dejado engañar. Vió también que el ejército de su adversario, reforzado por los yemenitas de Elvira y de Jaén, que habían llegado a la madrugada, se desplegaban en orden de batalla. Forzado a aceptar el combate, dispuso también las tropas, aunque no había recibido los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debía traerle de Zaragoza, y aunque había cundido viva inquietud entre los caisitas, que recordaban, lo mismo que Abderrahman, la sorprendente semejanza que había entre aquella jornada y la de la Pradera.

Entablóse el combate; el pretendiente, rodeado de sus clientes—entre los cuales Obaidala actuaba de abanderado—, montaba un magnífico caballo andaluz, que hacía brincar como un corzo.

Hubiera sido muy conveniente que todos los jinetes, los jefes sobre todo, tuvieran caballos; pero hasta mucho tiempo después, los caballos fueron tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba ordinariamente montada sobre mulos (1). El fogoso caballo de Abderrahman inspiraba temores a los yemenitas, que murmuraban:

—Es muy joven, e ignoramos si es valiente. ¿Quién nos garantiza que, dominado por el miedo, no se salvará en ese brioso corcel, y, arrastrando

(1) En el siglo x, Juan de Gorz, embajador del emperador Otón I en la corte de Abderrahman III, vió en Córdoba la caballería ligera montada sobre mulos un día de gran parada. *Vita Johannis-Gorziensis*, c. 132.

a sus clientes en su fuga, sembrará el desorden en nuestras filas?

Habiendo llegado estas murmuraciones, cada vez más acentuadas, a conocimiento del príncipe, llamó inmediatamente a Abu-Saba, uno de los que mostraban más inquietud. Llegó el jefe sevillano, montado sobre su viejo mulo, y Abderrahman le dijo:

—Mi caballo es demasiado fogoso y me impide con sus botes apuntar bien. Preferiría un mulo, y en todo el ejército no veo ninguno que me agrade más que el que montas; es dócil, y a fuerza de encanecer se ha vuelto blanco, de negro que era. Me sirve a maravilla, porque quiero que mis amigos puedan reconocerme por mi cabalgadura. Si fracasamos, lo que Alá no permita, no habrá más que seguir mi mulo blanco, que indicará a cada uno el camino del honor. Toma, pues, mi caballo y dame tu mulo.

—Pero, ¿no valdría más que el emir permaneciese a caballo?—balbuceó Abu-Saba, enrojeciendo de vergüenza.

—¡No!—replicó lacónicamente el príncipe saltando ágilmente a tierra.

Apenas los yemenitas le vieron montado sobre aquel viejo y cansado animal, sus temores se disiparon. El desenlace del combate no se hizo esperar mucho tiempo. La caballería del pretendiente arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusof y Somail, después de ver cada uno morir a uno de sus hijos, buscaron su

salvación en la fuga. Sólo el ala izquierda, compuesta de caisitas y mandada por Obaid, se mantuvo firme hasta el medio día, y no cedió hasta que todos, incluso el jefe, cayeron muertos.

Los yemenitas victoriosos se apresuraron a entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento enemigo, donde encontraron los manjares que Yusof había hecho preparar para sus soldados, y además un considerable botín; otros corrieron a saquear el palacio de Yusof, en Córdoba, y dos hombres de la tribu yemenita de Tai franquearon el puente para ir a expoliar el palacio de Somail en Secunda, donde, entre otras riquezas, hallaron un cofre con diez mil monedas de oro. Somail vió y reconoció desde lo alto de una montaña, que se alzaba sobre el camino de Jaén, a los dos individuos que llevaban su cofre, y como, aunque vencido y privado de su hijo, había conservado todo su orgullo, desfogó su cólera y su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos versos:

"La tribu de Tai tiene mi dinero en depósito; pero ya llegará el día en que ese depósito sea retirado por mí... Si queréis saber lo que pueden mi lanza y mi espada, no tenéis más que interrogar a los yemenitas, y, si ellos guardan un sombrío silencio, en cambio los numerosos campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos, proclamando mi gloria."

Llegado al palacio de Yusof, costó trabajo a Abderrahman arrojar de él a los asaltantes, y no lo consiguió más que dándoles los vestidos que decían necesitar. El harem de Yusof corría el mayor peligro, porque, en su odio contra el viejo emir, los yemenitas no querían respetarle. La esposa de Yusof, Om-Otman, acompañada de sus dos hijas, corrió a implorar la protección del príncipe.

—Primo—le dijo—, sé bueno con nosotras, porque Alá lo ha sido contigo.

—Lo seré—respondió el príncipe, conmovido por la suerte de aquellas mujeres, en las cuales veía miembros de una familia aliada de la suya; y ordenó inmediatamente fuesen en busca de *sahib-as-salat*, el superior de la mezquita. Cuando llegó el que ostentaba entonces esta dignidad, que era un cliente de Yusof, Abderrahman le ordenó que condujese las mujeres a su morada, especie de santuario donde estarían al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les entregó, además, las riquezas que había podido salvar del pillaje. Para demostrarle su reconocimiento, una de las dos hijas de Yusof le regaló una esclava, llamada Holal, que con el tiempo dió a luz a Hixem, el segundo emir omeya de España (1).

La noble y generosa conducta de Abderrahman descontentó extraordinariamente a los yemenitas. Les impedía saquear, cuando se habían prometido

(1) Compárese Ben-al-Cutia, fol. 12 r., y el *Ajbar machmua*, fol. 86 v., con Joxani, p. 219.

un rico botín; tomaba bajo su protección mujeres que ellos codiciaban; era, por lo tanto, una usurpación de los derechos que creían haber adquirido.

—Es parcial hacia su familia—se decían los descontentos—, y pues nos debe la victoria, debería mostrarnos su gratitud.

Hasta los yemenitas más moderados no desaprobaban del todo estas murmuraciones, pues decían que el príncipe había obrado bien, mas se veía en la expresión de su rostro que hablaban así en descargo de su conciencia; pero que, en el fondo de su alma, daban la razón a los detractores. Además, como no habían secundado a Abderrahman más que para vengarse de los maaditas, logrado este objeto, uno de ellos se atrevió a decir:

—Hemos acabado con nuestros enemigos los maaditas. Este hombre y sus clientes pertenecen a la misma raza; volvamos ahora las armas contra ellos, matémoslos y en un solo día habremos alcanzado dos victorias en vez de una.

Esta infame proposición fué discutida serenamente, como si se tratase de una cosa natural, aprobándola unos y desaprobándola otros. Entre estos últimos figuraba toda la raza de Coda, a la cual pertenecían los kelbitas. No se había llegado a un acuerdo, cuando Talaba, noble chodamita de la división de Sidona, fué a revelar al príncipe el complot. Le inducía un motivo personal: a pesar de su noble origen, había sido despojado por sus competidores cuando los de su tribu

habían elegido jefes; y como sus felices rivales habían opinado en pro de la proposición, creía haber hallado un medio excelente para vengarse de ellos. Habiendo advertido a Abderrahman, le dijo que no podría fiarse más que de los de Coda, y que el que había apoyado más que ninguno la proposición era Abu-Saba. El príncipe le dió las gracias con efusión, prometiendo recompensarle—como lo hizo—, y tomó sus medidas sin pérdida de momento. Nombró al kelbita Abderrahman ben-Noaim prefecto de la policía de Córdoba y se rodeó de todos sus clientes, organizándolos como guardias de corps. Cuando los yemenitas advirtieron que su prefecto había sido traicionado, juzgaron prudente abandonarle y dejaron que Abderrahman se presentase públicamente en la gran mezquita, donde pronunció, en calidad de imán, la oración del viernes y arengó al pueblo, prometiéndole gobernar como un buen príncipe.

Dueño de la capital, Abderrahman no lo era aún de toda España. Yusof y Somail, aunque habían sufrido una gran derrota, no desesperaban de restablecer su poder. Según el plan trazado al emprender la fuga, Yusof corrió a buscar recursos a Toledo, mientras Somail volvió a la división a que pertenecía, es decir, a la de Jaén, donde llamó a todos los maaditas a las armas. En seguida Yusof fué a reunírsele con las tropas de Zaragoza, que había encontrado en el camino, y con las de Toledo. Ambos jefes forzaron enton-

ces al gobernador de la provincia de Jaén a retirarse a la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira, a refugiarse en las montañas. Al mismo tiempo, Yusof, enterado de que Abderrahman se preparaba a atacarle, ordenó a su hijo Abu-Zaid que se dirigiese a Córdoba por distinto camino del que seguía Abderrahman y que se apoderase de la capital, lo cual no sería difícil, porque quedaba en ella escasa guarnición. Si este plan se realizaba, Abderrahman tendría que retroceder para recuperar Córdoba, con lo cual Yusof ganaría tiempo para engrosar su ejército. Y, efectivamente, triunfó este plan. Después de haber partido Abderrahman, Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió a Obaidala, que con algunos guerreros se había refugiado en el alminar de la gran mezquita, y le obligó a rendirse. Pero poco tiempo después, cuando supo que Abderrahman había retrocedido para venir a atacarle, abandonó Córdoba, llevándose consigo a Obaidala y a dos hermosas esclavas del príncipe, que había encontrado en el alcázar, cosa que los jefes que le acompañaban criticaron francamente.

—Tu conducta es mucho menos noble que la de Abderrahman—le dijeron—, porque, habiendo tenido en su poder a tus propias hermanas y a las mujeres de tu padre, las ha respetado y protegido, mientras tú te apropias las mujeres que le pertenecen.

Abu-Zaid comprendió que tenían razón, y cuando llegó una milla al norte de Córdoba, ordenó

que levantasen una tienda para las dos esclavas, que instaló allí, después de haberles devuelto cuanto poseían. Inmediatamente fué a reunirse con su padre en Elvira.

Cuando Abderrahman supo que Abu-Zaid había abandonado Córdoba, marchó rápidamente contra Yusof; pero las cosas tomaron el rumbo más inesperado. Sintiéndose muy débiles para resistir largo tiempo al príncipe, Yusof y Somail le hicieron proposiciones, declarando que estaban dispuestos a reconocerle como emir, con tal que les garantizara la posesión de todos sus bienes y concediese una amnistía general. Abderrahman aceptó estas ofertas estipulando, por su parte, que Yusof le daría en rehenes dos de sus hijos, Abu-Zaid y Abu-'l-Asuad. Se comprometió a tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligación que la de no abandonar el alcázar, prometiéndole devolvérselos a su padre en cuanto la tranquilidad estuviese completamente restablecida. Durante las negociaciones, el español Jalid, prisionero de Abderrahman, fué canjeado por Obaidala, prisionero de Yusof. Así, por un capricho de la suerte, el cliente ommíada fué cambiado por el mismo que le había hecho prender.

Reconocido por todos emir de España, Abderrahman, con Yusof a la derecha y Somail a la izquierda, tomó el camino de Córdoba, en julio del 756. Durante la marcha, Somail se mostró el hombre más fino y educado del mundo, y más tarde, Abderrahman solía decir:

—Cierto que Dios da el gobierno según su voluntad y no según los méritos de los hombres. Desde Elvira hasta Córdoba, Somail fué siempre a mi lado, y, sin embargo, su rodilla jamás tocó la mía, la cabeza de su mulo no avanzó nunca más que la del mío; jamás me dirigió una pregunta indiscreta; jamás comenzó una conversación sin que yo le hubiese dirigido la palabra (1). Pero, según afirman los cronistas, el príncipe no tenía ningún motivo para hacer semejante elogio de Yusof.

Todo marchó bien durante algún tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusof, que querían procesarle bajo pretexto de que se había apropiado tierras que no le pertenecían, fracasaron. El y Somail gozaban de gran favor en la corte, y a menudo el mismo Abderrahman los consultaba en los asuntos difíciles. Somail estaba completamente resignado con su suerte. Yusof, incapaz de tomar por sí mismo ninguna gran resolución, se hubiera acomodado a su papel secundario; pero estaba rodeado de descontentos, de nobles coraixitas, fihiritas y haximitas que, durante su reinado, habían ocupado los puestos más lucrativos y eminentes y que, no pudiendo habituarse a la obscura condición a que se veían reducidos, excitaban al emir antiguo contra el nuevo, interpretando malévolamente las menores palabras del

---

(1) Ziyad, hermano bastardo de Moauia I y gobernador del Irak, hacía un elogio semejante refiriéndose a Harita. Véase Aben-Jalican, t. I, p. 325, ed. de Slane.

príncipe, y consiguieron sus propósitos. Resuelto a intentar fortuna por última vez, Yusof solicitó en vano el apoyo de Somail y de los caisitas, pero tuvo más éxito con los baladis—así se llamaba a los árabes venidos a España antes que los sirios—, principalmente con los de Lacant (1), de Mérida y de Toledo, y un día del año 758, Abderrahman recibió la noticia de que Yusof había huído hacia Mérida. Inmediatamente lanzó varios escuadrones en su persecución, pero fué en vano; hizo llamar a Somail y le reprochó duramente haber favorecido la evasión de Yusof.

—Soy inocente—alegó el caisita—; la prueba es que no he acompañado a Yusof, como lo hubiese hecho si hubiera sido su cómplice.

—Imposible que Yusof haya abandonado Córdoba sin haberte consultado, y tu deber era advertírmelo.

Después le encarceló, lo mismo que a los dos hijos de Yusof, que habitaban en el alcázar en calidad de rehenes. Yusof, después de haber congregado en Mérida a sus partidarios árabes y berberiscos, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos habitantes se le unieron también, y desde allí marchó a Sevilla. Casi todos los baladis de esta provincia y un gran número de sirios se habían acogido a su bandera, comenzando con veinte mil hombres el cerco de Sevilla, gobernada por un pariente de Abderrahman, llamado Abdalmelic, que el año an-

(1) Este lugar se encontraba, probablemente, en las inmediaciones de Fuente de Cantos, al noroeste de Sevilla.

terior había llegado a España con sus dos hijos En seguida, creyendo que este gobernador, que no tenía a sus órdenes más que una guarnición poco numerosa, compuesta de árabes y sirios, no se atrevería a resistirle, resolvió dar un golpe de audacia, marchando directamente contra la capital antes de que los árabes y sirios del Mediodía tuviesen tiempo de llegar a ella. Este plan fracasó, porque mientras Yusof estaba todavía en marcha, los sirios llegaron a Córdoba, y Abderrahman salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte, Abdalmelic, el gobernador de Sevilla, recibió bien pronto refuerzos con la llegada de su hijo Abdala, que, creyendo a su padre sitiado en Sevilla, venía en su auxilio con tropas de Morón, distrito que él gobernaba, y entonces ambos resolvieron atacar a Yusof durante su marcha. Informado de los movimientos del enemigo, y temiendo ser cogido entre dos fuegos, Yusof se apresuró a retroceder para ir a derrotar las tropas de Sevilla y de Morón. Abdalmelic, que quería dar tiempo para que llegase Abderrahman, se retiró lentamente; pero Yusof le obligó a hacer alto y a aceptar el combate. Como de costumbre, la batalla comenzó por un desafío. Un bereber, cliente de una familia fihirita, salió de las filas de Yusof y gritó:

—¿Hay alguno que quiera medirse conmigo?

Como era un hombre de una estatura colosal y de una fuerza prodigiosa, ninguno de los soldados de Abdalmelic aceptó el reto.

—He aquí un principio muy a propósito para

desalentar a nuestros soldados—dijo entonces Abdalmelic; y dirigiéndose a su hijo Abdala, le ordenó—: Ve, hijo mío, a luchar con ese hombre, y que Alá te ayude.

Abdala iba a salir de las filas para obedecer la orden de su padre, cuando un abisinio, cliente de su familia, se acercó, preguntándole qué quería hacer.

—Voy a combatir con ese berberisco—respondió Abdala.

—Déjale de mi cuenta, señor—respondió el abisinio; y en el mismo instante salió al encuentro del campeón.

Los dos ejércitos esperaban con ansiedad el resultado del desafío. Ambos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y en valor, así que la lucha se prolongaba sin ventaja para ninguno, hasta que el bereber resbaló y cayó a tierra por estar el suelo húmedo a causa de la lluvia. Mientras el abisinio se arrojaba sobre él y le cortaba las dos piernas, el ejército de Abdalmelic, enardecido por el éxito de su campeón, al grito de "¡Alá es grande!" cayó sobre las tropas de Yusof con tal impetuosidad que las derrotó completamente. Un solo ataque había decidido la suerte de la jornada; pero Abdalmelic no tenía fuerzas suficientes para sacar de su victoria todo el fruto apetecido.

Mientras sus soldados huían en todas direcciones, Yusof, acompañado solamente de un esclavo y del persa Sabic, cliente de los Temim, atravesó

el Campo de Calatrava y ganó la carretera de Toledo. Corriendo a rienda suelta pasó por una aldea situada a diez millas de Toledo, donde fué reconocido y donde un descendiente de los medineses, llamado Abdala ben-Amr, dijo a sus amigos:

—Montemos a caballo y matemos a ese hombre; sólo su muerte puede proporcionar reposo a su alma y al mundo, porque mientras viva, será la tea de la discordia.

Sus compañeros aprobaron la idea, y como tenían caballos descansados, mientras los de los fugitivos estaban rendidos de fatiga, los alcanzaron a cuatro millas de Toledo y mataron a Yusof y a Sabic. Unicamente el esclavo pudo librarse y llevó a Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdala ben-Amr fué a ofrecer a Abderrahman la cabeza de su infortunado competidor, el príncipe, decidido a acabar con sus enemigos, hizo decapitar a Abu-Zàid, uno de los hijos de Yusof, y perdonó al otro, llamado Abu-'l-Asuad, a causa de su extremada juventud, pero condenándole a cadena perpetua. Sólo Somail podía hacerle sombra. Una mañana corrió el rumor de que, estando ebrio, había muerto de apoplejía. Introducidos en su calabozo los jefes maaditas, para que se convenciesen de que no había muerto violentamente, encontraron junto al cadáver vino, frutas y confituras. Sin embargo, no creyeron en una muerte natural; y tenían razón,

pero se engañaban suponiendo que Abderrahman había hecho envenenar a Somail: la verdad era que le había mandado estrangular (1).

XVI

Abderrahman había realizado sus deseos. El proscripto que, durante cinco años de vida aventurera, había vagado de tribu en tribu por los desiertos de Africa, era al fin el dueño de un gran país, y habían perecido sus enemigos más encarnizados.

Sin embargo, no gozaba en paz del trono, ganado por el asesinato y la perfidia. Su poder no tenía raíces en el país, lo debía tan sólo al apoyo de los yemenitas, y desde el principio se había convencido de que este apoyo era muy débil. Ardiendo en deseos de vengar la derrota de Secunda y de recobrar la hegemonía de que se veían privados hacía tanto tiempo, la causa de Abderrahman no había sido para ellos más que un pretexto; en el fondo hubiesen preferido elevar uno de los suyos al emirato, si sus celos recíprocos se lo hubieran consentido, siendo de prever que volverían sus armas contra el príncipe en cuanto fuese vencido el enemigo común. No dejaron de hacerlo, en efecto, y durante un reinado de treinta y dos años, Abderrahman I vió discutida su autoridad, ya por los yemenitas, ya por los bereberes, ya por los fihi-

(1) Macari, t. II, p. 24.

ritas que, derrotados a menudo, surgían después de cada combate con nuevas fuerzas, como el gigante de la fábula, a quien Hércules derribaba siempre en vano. Afortunadamente para él, no había unión entre los jefes árabes, los cuales tomaban las armas, ya para vengar personales agravios, ya para satisfacer un simple capricho; comprendían que, para vencer al emir, era preciso formar una confederación de toda la nobleza; pero no estaban acostumbrados a concertarse y a obrar con unidad. Gracias a esta falta de unión de sus enemigos, gracias también a su actividad infatigable y a su política, unas veces pérfida y astuta, otras violenta y atroz, pero casi siempre hábil, calculada y adaptada a las circunstancias, Abderrahman logró sostenerse, aunque apoyado tan sólo por sus clientes, por algunos jefes adictos y por los soldados bereberes que él había hecho venir de Africa.

Entre las más formidables de las numerosas revueltas tramadas por los yemenitas figura la de Ala aben-Mogit (1), que estalló en el año 763. Dos años antes, el partido fihirita, del cual era jefe Hixem ben-Ozra, hijo de un antiguo gobernador de la península, se había sublevado en Toledo; y aun no había logrado el emir someter esta ciudad, cuando Ala, nombrado gobernador de España por Al-Mansur, el califa abasida, desembarcó en

(1) Los autores árabes difieren respecto a la tribu a que pertenecía Ala. Unos citan la de Yahsob, otros la de Hadramot, y otros la de Chodam.

la provincia de Beja y enarboló el negro estandarte del califa (1). Ninguno tan propio para unir a los diferentes bandos, porque no representaba ésta o la otra fracción, sino la totalidad de los musulmanes. Así, los fihiritas de aquella región de la península se unieron a los yemenitas, y la situación de Abderranman, sitiado en Carmona durante dos meses, llegó a ser tan crítica que decidió jugarse el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, rendidos por la prolongación del sitio, habían vuelto a sus hogares con diferentes pretextos, escogió setecientos hombres, los mejores de la guarnición, y mandando encender una fogata cerca de la puerta de Sevilla, les dijo:

—Amigos míos, hay que vencer o morir. Arrojemos al fuego las vainas de nuestras espadas y juremos perecer como valientes si no alcanzamos la victoria.

Todos lanzaron al fuego las vainas de sus espadas y se precipitaron con tal impetuosidad sobre los sitiadores que éstos, después de perder a sus jefes y siete mil hombres, huyeron a la desbandada. Irritado el vencedor, hizo decapitar el cadáver de Ala y los de sus principales compañeros; luego, queriendo quitar al califa abasida el deseo de disputarle España, hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y alcanfor, y después de colocar en la oreja de cada una un papel in-

(1) Sabido es que el negro era el color distintivo de los abasidas.

dicando el nombre y la categoría de su dueño, las mandó meter en un saco con el estandarte negro, el diploma por el cual Al-Mansur nombraba a Ala gobernador de España, y un escrito refiriendo la derrota de los insurrectos. Por dinero comprometió a un comerciante de Córdoba a que llevara el saco a Cairauan—adonde le llamaban sus negocios—y lo colocase durante la noche en la plaza del mercado. El traficante cumplió su cometido sin ser descubierto, y dicen que Al-Mansur, al enterarse de todo, exclamó espantado:

—Doy gracias a Dios de que haya puesto un mar entre semejante enemigo y yo (1).

Alcanzada la victoria sobre el partido abasida, siguió inmediatamente la sumisión de Toledo (764). Cansados de la larga guerra que habían sostenido, los toledanos entraron en negociaciones con Badr y Tamam, que capitaneaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía, después de haber entregado a sus jefes. Cuando estos jefes eran conducidos a Córdoba, el emir mandó a su encuentro un barbero, un sastre y un cestero; según las órdenes recibidas, el barbero rapó a los prisioneros la barba y la cabeza; el sastre les hizo unas túnicas de lana, y el cestero, unas enormes cestas. Un día, los habitantes de Córdoba vieron llegar unos asnos llevando unas cestas, de donde

(1) *Ajbar machmua*, fol. 91 r.-92 r. Ben-al-Cutia, fol. 14 r. y v.; Ben Adari, t. II, p. 53-55. Algunos historiadores afirman que el saco fué llevado por un peregrino de Córdoba, no a Cairauan, sino a la Meca, donde se hallaba entonces Al-Mansur.

salían unas cabezas peladas y unos bustos extrañamente rebujados en mezquinas y estrechas túnicas de lana. Perseguidos por los insultos del populacho, los infelices toledanos fueron paseados así por la ciudad y crucificados en seguida (1).

La crueldad con que Abderrahman castigaba a los que se atrevían a desconocer su autoridad prueba suficientemente que quería reinar por el terror; pero los árabes, a juzgar por la rebelión de Matari, que estalló dos años después del suplicio de los nobles de Toledo, no se dejaban intimidar fácilmente. Matari era un jefe yemenita de Niebla. Una noche que había bebido copiosamente y que la conversación recayó sobre el asesinato de los yemenitas que habían combatido bajo la bandera de Ala, cogió su lanza, ató a ella un trozo de tela negra y juró vengar la muerte de sus hermanos de tribu. Cuando se despertó al otro día, olvidó lo que había hecho la víspera, y al fijar la mirada en la lanza convertida en estandarte, preguntó con asombro qué significaba aquéllo. Recordáronle lo que había dicho y hecho, y poseído de terror, exclamó:

—¡Quitad inmediatamente ese pañuelo de mi lanza, a fin de que no se divulgue mi aturdimiento.

Pero no habían tenido tiempo de ejecutar esta orden, cuando añadió:

—No, dejad esa bandera; un hombre como yo

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 r. y v.; Ben Adari, t. II, página 55.

no abandona un proyecto, aunque sea temerario—y llamó sus hermanos de tribu a las armas. Supo resistirse algún tiempo, y cuando al fin pereció en el campo de batalla, sus compañeros continuaron la lucha con tal tenacidad, que el emir tuvo que tratar con ellos y hacerles concesiones (1).

Llegó su turno a Abu-Saba. Aunque Abderrahman tenía sobrada razón para desconfiar de este poderoso yemenita, que había querido asesinarle poco después de la batalla de Mosara, había creído prudente no enemistarse contra él y confiarle el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo rebeldes que combatir y se creyó bastante poderoso para no temerle, le destituyó de su cargo. Furioso Abu-Saba, llamó los yemenitas a las armas. Abderrahman adquirió bien pronto la certidumbre de que la influencia de aquel jefe era mayor de lo que creía. Entonces entabló negociaciones insidiosas; propuso al sevillano una entrevista, y le remitió, por medio de Aben-Jalid, un salvoconducto firmado de su puño. Abu-Saba fué a Córdoba y, dejando los cuatrocientos jinetes que le acompañaban, a la puerta de palacio, celebró con el emir una conferencia secreta, llegando—según dicen—a injuriarle de palabra. Entonces Abderrahman intentó darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jefe sevillano le obligó a llamar a sus guar-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 v.

dias y hacerle matar por ellos. Tal vez no había premeditado este homicidio, que los clientes ommíadas que han escrito la historia de sus patronos no han querido confesar.

Cuando expiró Abu-Saba, Abderrahman hizo extender una manta sobre su cadáver y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre; después mandó venir a los visires, les dijo que Abu-Saba estaba preso en su palacio y les preguntó si convenía darle muerte. Todos le aconsejaron que no lo hiciera.

—Sería muy arriesgado—le dijeron—, porque los jinetes de Abu-Saba están apostados a las puertas del alcázar, y tus tropas, ausentes.

Uno solo no compartió esta opinión. Era un pariente del emir, que expresó la suya en estos versos:

"Hijo de los califas: te doy un buen consejo induciéndote a matar a ese hombre que te odia y arde en deseos de vengarse de ti. Que no se te escape, porque si queda con vida, sería para nosotros el origen de una desgracia. Concluye con él y te librarás de una gran enfermedad. Hunde en su pecho un buen acero damasquinado; tratándose de semejante hombre, la misma violencia sería generosidad."

—Sabed, pues—prosiguió el emir—, que le he hecho matar—; y sin fijarse en la sorpresa de sus visires, levantó la manta extendida sobre el cadáver.

Los visires, que no habían desaprobado la muerte de Abu-Saba sino por temor al efecto que esta violencia podía producir en el ánimo de sus acompañantes, advirtieron bien pronto que dicho temor carecía de fundamento; pues cuando un empleado del alcázar les participó que su jefe ya no existía, y que podían marcharse, se retiraron tranquilamente; conducta extraña, que induce a suponer si Abderrahman, queriendo obrar sobre seguro, los habría corrompido de antemano. Un solo cliente omeya tuvo dignidad para censurar esta traición infame, de que había sido ciego instrumento; fué Aben-Jalid, que había remitido al jefe sevillano el salvoconducto del emir. Retiróse a sus tierras, y desde entonces rehusó obstinadamente aceptar ningún empleo (1).

Poco después de la muerte de Abu-Saba estalló una gran insurrección entre los bereberes, hasta entonces bastante tranquilos. Fué excitada por un maestro de escuela, mitad fanático, mitad impostor, que vivía en el Este de España y se llamaba Xakya. Pertenecía a la tribu berberisca de Miknesa; pero, sea que su cerebro se había perturbado por el estudio del Corán, de las tradiciones relativas al Profeta y de la historia de los primeros tiempos del islamismo, sea que la ambición le inducía a ponerse al frente de un partido, creyó o fingió creer que descendía de Alí y de Fátima, la hija de Mahoma. Los crédulos bereberes acepta-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 92 v.-93 v.; Ben-al-Abar, p. 45.

ron esta impostura, tanto más fácilmente porque por una coincidencia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba Fátima, y cuando Xakya, o más bien Abdala, hijo de Mohamed—porque así se hacía llamar—, vino a establecerse en el país comprendido entre el Guadiana y el Tajo, los berberiscos, que formaban la mayoría de la población musulmana, y que estaban siempre dispuestos a la lucha cuando se lo ordenaba un morabito, se agruparon en masa bajo sus banderas, apoderándose sucesivamente de Sontebria (1), Mérida, Coria y Medellín. Venció a las tropas que el gobernador de Toledo había enviado contra él; atrajo a su causa a los bereberes que militaban en el ejército del cliente omeya Obaidala; atacó y derrotó a los soldados de este general; se apoderó de su campamento, y logró librarse de las persecuciones de Abderrahman, retirándose a las montañas. En fin: después de seis años de guerra, Abderrahman buscó y obtuvo el apoyo de un berberisco que era entonces el jefe más poderoso de la región oriental de España y que miraba con envidia el poder y los éxitos del supuesto fatimita. La discordia dividió entonces a los bereberes, y Xakya se vió obligado a abandonar Sontebria y a retirarse hacia el Norte (2); pero mientras Abderrahman marchaba contra él, asolando

(1) Sontebria—hoy Castro de Santovér, a orillas del Guadiela—era una ciudad importante en la época de la dominación árabe. Gayangos, notas sobre Razí, p. 47.

(2) *Ajbar machmua*, fol. 93 v.; Ben-Adari, t. II, pp. 56 y 57; Nouairi, p. 441.

los campos y aldeas berberiscas, estalló otra insurrección al Oeste, donde los yemenitas no esperaban más que una ocasión favorable para vengar la muerte de Abu-Saba. El alejamiento del emir proporcionó esta ocasión, y marcharon hacia la capital, de la cual esperaban apoderarse por un golpe de mano, capitaneados por los parientes de Abu-Saba, que eran gobernadores de Niebla y de Beja, y reforzados por los bereberes del Oeste, sugestionados hacía tiempo por los emisarios del morabito.

Apenas recibió Abderrahman tan alarmantes noticias, regresó velozmente a Córdoba, y sin detenerse ni una noche en su palacio, como le proponían, encontró a los enemigos atrincherados a las orillas del Benbezar o Uadi-Cais (1). Transcurrieron los primeros días en escaramuzas poco importantes, sirviéndose Abderrahman de sus clientes bereberes, entre los cuales figuraban los Beni-al-Jali, para anular la alianza de los berberiscos con los yemenitas. Deslizándose en el campamento enemigo durante la noche, persuadieron a los bereberes de que el emir era el único que podía defenderlos contra el odio celoso de los árabes, y, por lo tanto, si perdía el trono, su expulsión era inmediata y segura. "En cambio podéis contar—añadían—con el reconocimiento del príncipe si abandonáis una causa contraria a vuestros

(1) Ben-al-Cutia nombra este río, que parece fué designado también con el nombre de Uadi-Cais—río de los caisitas—, como se encuentra en Ben-Adarí.

intereses y abrazáis la suya." Estos consejos prevalecieron; los bereberes prometieron traicionar a los yemenitas durante el combate, aplazado para el siguiente día. Cumplieron su palabra. Antes de la batalla dijeron a los yemenitas: "Nosotros no sabemos combatir más que a caballo, mientras vosotros combatís perfectamente a pie; dadnos, pues, todos vuestros corceles." No teniendo ninguna razón para desconfiar, los yemenitas accedieron a su demanda; mas pronto se arrepintieron, porque, una vez empeñada la lucha, los bereberes que habían obtenido caballos fueron a reunirse con la caballería omeya, y mientras cargaban vigorosamente contra los yemenitas, los demás berberiscos huyeron. Los yemenitas fueron acosados por todas partes, comenzando una horrible carnicería; pues, en su ciego furor, los soldados de Abderrahman herían a diestro y siniestro, desobedeciendo la orden de perdonar a los fugitivos. Treinta mil cadáveres quedaron enterrados en una fosa, que en el siglo x se enseñaba aún (1).

Respecto a la insurrección de los bereberes del centro, no fué reprimida hasta después de diez años de guerra, cuando Xakya murió asesinado por dos de sus compañeros, y duraba aún cuando una conflagración formidable atrajo a España un conquistador extranjero. Los miembros de esta conflagración eran el kelbita Al-Arabi (2), gober-

(1) *Ajbar machmua*, fol. 93 v., 94 r.; Ben-al-Cutia, folios 13 r. y v.; Ben Adari, t. II, p. 52, 53.
(2) Soliman aben-Yacdan al-Arabí.

nador de Barcelona, el fihirita Abderrahman ben-Habib, yerno de Yusof, apodado *el Eslavo*, porque su cuerpo, alto y delgado, su blonda cabellera y sus ojos azules recordaban el tipo de esta raza, de la cual había en España muchos individuos como esclavos, y, en fin, Abu-'l-Asuad, hijo de Yusof, condenado por Abderrahman a cadena perpetua, pero que había logrado burlar la vigilancia de sus guardianes fingiéndose ciego. Al principio nadie había creído en su ceguera; hiciéronle sufrir las pruebas más difíciles; pero el ansia de libertad le dió fuerzas para no traicionarse ni un minuto, y desempeñó su papel con tanta perseverancia y con tan gran talento para engañar que al fin todos le juzgaron verdaderamente ciego. Entonces, viendo que sus carceleros no se fijaban mucho en él, concertó un plan de evasión con uno de sus clientes que había obtenido permiso para visitarle alguna vez, y una mañana que llevaban a los prisioneros, a lavarse al río, por un camino subterráneo, este cliente se apostó con amigos y caballos a la otra orilla del Guadalquivir. Aprovechando un momento en que nadie le observaba, Abu-'l-Asuad se arrojó al río, lo atravesó a nado, montó a caballo, tomó al galope el camino de Toledo y llegó sin accidente a esta ciudad (1).

El odio que estos tres jefes profesaban a Abderrahman era tan profundo que resolvieron demandar el auxilio de Carlomagno, aunque este

(1) Ben-al-Abar, p. 56.

conquistador, que había atronado ya el mundo con sus éxitos, era el enemigo más encarnizado del islamismo. Por consiguiente, en el año 777 se trasladaron a Paderborn, donde Carlomagno celebraba a la sazón un *Campo de mayo*, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló un momento en aceptar sus proposiciones, porque se hallaba en situación de pensar en nuevas conquistas. Los sajones estaban sometidos—o al menos él lo creía—a su dominación y al cristianismo; los principales acababan de llegar a Paderborn para dejarse bautizar; Wittikind, el más temible de sus jefes, forzado a abandonar el país, se había refugiado en la corte de un príncipe danés. Convinieron, por lo tanto, en que Carlomagno cruzaría los Pirineos con numerosas tropas, que al-Arabí y sus aliados del Norte del Ebro le apoyarían y reconocerían por soberano, y que *el Eslavo*, después de haber alistado tropas berberiscas en Africa, las conduciría a la provincia de Todmir—Murcia—, donde secundarían los movimientos del Norte, enarbolando la bandera del califa abasida, aliado de Carlomagno. Ignórase en qué región de España debía actuar Abu-'l-Asuad.

Tan formidable coalición, que había trazado su plan de ataque después de maduras deliberaciones, amenazaba ser mucho más peligrosa para Abderrahman que ninguna de las precedentes. Por fortuna para él, la realidad no respondió a los preparativos. *El Eslavo* desembarcó con un ejér-

cito berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto, antes que Carlomagno hubiese franqueado los Pirineos; así, cuando pidió auxilio al Arabí, éste le respondió que, según el plan trazado en Paderborn, el papel que a él le correspondía era permanecer en el Norte como gobernador de Barcelona, para secundar desde allí las operaciones del ejército de Carlomagno (1). El odio entre fihiritas y yemenitas era harto arraigado para que por ambos lados no se procediese con perfidia. Creyéndose *El Eslavo* traicionado por al-Arabí, volvió sus armas contra él; pero derrotado y de vuelta a la provincia de Todmir, murió asesinado por un bereber de Oretum, en quien había puesto su confianza imprudentemente sin sospechar que era un emisario del emir Abderrahman.

Por consiguiente, en el momento en que Carlomagno escalaba los Pirineos, uno de los tres jefes árabes, con los cuales había contado, dejaba de existir. El segundo, Abu-'l-Asuad, le apoyó tan débilmente que ninguna crónica francesa ni árabe consigna lo que hizo. No le quedaban, pues, más que al-Arabí y sus aliados del Norte, tales como Abu-Tor, gobernador de Huesca, y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña. Sin embargo,

(1) Así es como creo que deben interpretarse estas palabras del autor del *Ajbar machmua*: "*El Eslavo* escribió a al-Arabí para pedirle que hiciera causa común con él. Al-Arabí le respondió: "Yo no dejaré de ayudaros." *El Eslavo* quedó tanto más descontento de esta respuesta, porque veía que al-Arabí no reunía tropas para venir en su auxilio", etc.

al-Arabí no había permanecido inactivo. Secundado por el defensor Hosain aben-Yahya, descendiente de Sad ben-Obada, que había aspirado al califato después de la muerte del profeta, se había apoderado de Zaragoza; pero cuando el ejército de Carlomagno llegó a las puertas de esta ciudad, no pudo vencer la repugnancia que mostraban sus correligionarios a admitir al emperador de los francos dentro de sus muros; sobre todo el defensor Hosain aben-Yahya no hubiera podido consentirlo más que renegando de recuerdos de familia, sagrados para él. Viendo que no podía persuadir a sus conciudadanos, al-Arabí, no queriendo que Carlomagno sospechase que le había engañado, se puso espontáneamente en sus manos.

Carlomagno debía, pues, poner sitio a Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Witikind había vuelto a Sajonia; a su voz, los germanos habían tomado de nuevo las armas; aprovechando la ausencia del ejército franco, y pasándolo todo a sangre y fuego, habían penetrado hasta el Rhin, apoderándose de Deutz, frente a Colonia. Forzado a abandonar apresuradamente las orillas del Ebro para volver a las del Rhin, Carlomagno se dirigió al desfiladero de Roncesvalles. Los vascos, inducidos por su inveterado odio contra los francos, y ávidos de botín, esperaban emboscados entre las rocas y los bosques que cubren la parte septentrional de este valle. Las tropas francas desfilaban en línea larga y estre-

cha, impuesta por las quebraduras del terreno. Los vascos dejaron pasar la vanguardia; pero cuando llegó la retaguardia, cargada de bagajes, se precipitaron sobre ella, y, aprovechándose de la ligereza de sus armas y de su ventajosa posición, la precipitaron en el fondo del valle, mataron en un tenaz combate hasta el último hombre, entre otros a Roldán, jefe de la frontera de Bretaña; después saquearon los bagajes, y, protegidos por la obscuridad de la noche, se dispersaron con extraordinaria celeridad (1).

Tal fué el desastroso desenlace de esta expedición de Carlomagno, comenzada bajo los más felices auspicios. Todos habían contribuído a que fracasara, excepto el emir de Córdoba, contra el cual iba dirigida; pero él se apresuró a aprovechar las ventajas que debía a los rebeldes de Zaragoza, a los vascos cristianos y a un jefe sajón, cuyo nombre probablemente desconocía, y marchó contra Zaragoza a fin de forzar esta ciudad a prestarle obediencia. Antes de llegar al término de su expedición, al-Arabí, que había acompañado a Carlomagno en su retirada después de regresar a Zaragoza, había dejado de existir porque el defensor Hosain, considerándole como traidor a su religión, le había mandado apuñalar en la mezquita. Sitiado ahora por Abderrahman, Hosain se sometió, para sublevarse al poco tiempo; pero en-

(1) Compárense para estos acontecimientos los anales francos en Pertz, *Monum. Germ.* t. I, p. 16, 81, 156-9, 296, 349, con el *Ajbar machmua*, fol. 94 v., 95 v.-96 v.

tonces sus conciudadanos, asediados de nuevo, le entregaron a Abderrahman, quien después de hacerle cortar los pies y las manos le mató a golpes. Dueño de Zaragoza, el emir atacó a los vascos, haciendo tributario al conde de la Cerdaña. Por último, Abu-'l-Asuad intentó rebelarse; pero, habiendo sido traicionado en la batalla del Guadalimar por el jefe que mandaba el ala izquierda de sus tropas, los cadáveres de cuatro mil compañeros suyos "sirvieron de pasto a los lobos y los buitres" (1).

Por lo tanto, Abderrahman había salido vencedor de todas las insurrecciones; sus éxitos producían la admiración de sus mismos enemigos. Refiérese, por ejemplo, que el califa abasida Al-Mansur preguntó un día a sus cortesanos:

—¿Quién os parece que debe ser llamado el sacre de los Coraix?

Creyendo que el califa ambicionaba este título, los cortesanos respondieron sin vacilar:

—Eres tú, comendador de los creyentes; tú, que has vencido a príncipes poderosos y puesto término a las discordias civiles.

—No, no soy yo—repuso el califa.

Los cortesanos nombraron entonces a Moauia I y a Abdalmelic.

—Ni uno ni otro—prosiguió el califa—, porque a Moauia le habían allanado el camino Omar y Otman, y Abdalmelic estaba apoyado por un par-

(1) Véase el poema de Abu-'l-Majxi sobre esta batalla, en Ben-al-Jatib, man. P., fol. 214 r. y v.

tido pujante. El sacre de los Coraix es Abderrahman, hijo de Moauia, que después de haber recorrido solo los desiertos de Asia y Africa ha tenido la audacia de aventurarse sin ejército en un país para él desconocido y situado al otro lado del mar. No contando con más apoyo que su habilidad y perseverancia, ha sabido humillar a sus orgullosos adversarios, exterminar a los rebeldes, defender sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un país que parecía repartido ya entre diferentes jefes. He aquí lo que nadie había hecho antes que él (1).

El mismo Abderrahman expresaba estas ideas en sus poesías, con legítimo orgullo. Pero había pagado caros sus éxitos este tirano, pérfido, cruel implacable, vengativo, y si ningún jefe árabe o bereber se atrevía a desafiarle frente a frente, todos le maldecían en secreto. Ningún hombre de bien quería entrar a su servicio. Habiendo consultado a sus visires sobre la elección de un cadí para Córdoba, sus dos hijos, Solimán e Hixem, estuvieron de acuerdo—cosa que sucedía raras veces—para recomendarle a Mosab, un devoto y virtuoso anciano. Abderrahman le llamó y le ofreció la dignidad de cadí; pero Mosab, persuadido de que con aquel príncipe, que anteponía su poder a las leyes, él no sería más que un instrumento de tiranía, rehusó, a pesar de las reiteradas

(1) *Ajbar machmua*, fol. 98 r. y v.; Ben-Adari, t. II, páginas 61-62.

instancias del emir. Irritado por esta negativa, Abderrahman, que no podía sufrir la menor contradicción, retorcía nerviosamente su bigote, lo que en él anunciaba el estallido de una próxima tempestad, y los cortesanos esperaban que dictase una sentencia de muerte. "Pero Dios—dice un cronista árabe—le hizo desistir de su culpable pensamiento." Aquel venerable anciano le imponía involuntario respeto, y dominando su cólera, se contentó con decirle: "¡Sal de aquí, y que Dios maldiga a los que te han recomendado!" (1).

Poco a poco fué perdiendo el apoyo con que hubiera podido contar en todas las ocasiones; muchos de sus clientes le abandonaron. Algunos, como Aben-Jalid, se negaron a seguirle en la senda de traiciones y crueldades que había emprendido. Otros excitaron sus sospechas, como Obaidala. Decíase que éste, deseando hacerse necesario al emir—el cual, según se cree, quería desembarazarse de él—, había favorecido la defección de su sobrino Uachi, que había abrazado el partido del pretendiente fatimita. Por su parte, Abderrahman, cuando se apoderó de Uachi, le mandó decapitar, a pesar de los ruegos de Obaidala (2), que poco tiempo después fué acusado, con razón o sin ella, de haber intervenido en una conspiración urdida por dos parientes del emir; pero Abderrahman no reunió pruebas suficientes de su complicidad, y por poco escrupuloso que

(1) Ben-al-Cutia, fol. 18 r.; Joxani, p. 204-205.
(2) *Ajbar machmua*, fol. 95 r.; Macari, t. II, p. 30.

fuese, vacilaba en condenar a muerte por una simple sospecha al anciano a quien debía el trono. Fué, pues, clemente a su manera. "Yo impondré a Obaidala un castigo que le sea más doloroso que la muerte misma", dijo, y desde entonces lo trató con una cruel indiferencia (1).

No quedó nadie, ni aun el fiel Badr, que no cayese en desgracia. Abderrahman confiscó sus bienes, le prohibió salir de su vivienda y acabó por desterrarle a una ciudad fronteriza; pero también hay que advertir que Badr había faltado al respeto que debía a su dueño, abrumándole con quejas injustas e insolentes (2).

Enemistado con sus principales clientes, la propia familia de Abderrahman llegó a conspirar contra él. Desde que se hizo dueño de la península, llamó a su corte a los ommíadas, dispersos en Asia y Africa, a los cuales colmó de riquezas y honores. "El mayor beneficio que he recibido de Dios después del poder—solía decir—es el haber podido auxiliar y ofrecer un asilo a mis parientes y hacerles beneficios. Confieso que mi orgullo se encuentra halagado cuando admiran mi grandeza, que no debo a nadie más que a Dios" (3). Pero estos ommíadas, impulsados por la ambición o no pudiendo soportar el despotismo quisquilloso del jefe de la familia, empezaron a conspirar. La

(1) Macari, t. II, p. 30.
(2) Macari, t. II, p. 27 y sig.
(3) Macari, t. II, p. 32.

primera conjuración fué urdida por dos príncipes de la sangre y por tres nobles, que fueron traicionados, presos y decapitados (1). Algunos años después fué tramado otro complot por Mogira, sobrino de Abderrahman, y por Hodail, ansioso de vengar la muerte de su padre, Somail, estrangulado en su prisión. Fueron traicionados también y castigados de la misma manera. Después de su muerte, un cliente ommíada entró a ver a Abderrahman, y le encontró solo, taciturno y abatido, con la mirada fija en tierra y abismado en tristes reflexiones. Adivinando lo que pasaba en el alma de su dueño, herido en sus afecciones más íntimas y en su orgullo de jefe de familia, el cliente se aproximó con precauciones y sin decir palabra. "¡Qué parientes los míos!—exclamó al fin Abderrahman—. Cuando intentaba asegurarme un trono, hasta con peligro de mi vida, pensaba tanto en ellos como en mí mismo. Habiendo realizado mi intento, les rogué que vinieran aquí, y he compartido con ellos mi opulencia. ¡Y ahora quieren arrebatarme lo que Dios me ha concedido! ¡Señor Omnipotente! Tú los has castigado por su ingratitud, permitiéndome conocer sus infames conspiraciones, y, si les he quitado la vida, ha sido por preservar la mía. Sin embargo, ¡qué triste es mi suerte! Sospecho de todos los individuos de mi familia, y ellos, a su vez, temen que atente contra su vida.

(1) *Ajbar machmua*, fol. 93 v.; Macari, t. II, p. 31, 32.

¿Qué confianza, qué expansión cabe ya entre nosotros? ¿Qué relaciones pueden existir entre mi hermano y yo, siendo él el padre de ese desdichado joven? ¿Cómo podré estar tranquilo a su lado yo, que al condenar a su hijo a muerte, he roto los lazos que nos unían? ¿Cómo podrán mis ojos fijarse en los suyos?" Después, dirigiéndose a su cliente, prosiguió: "Ve inmediatamente en busca de mi hermano; excúsame con él lo mejor que puedas; dale esas cinco mil monedas de oro que ves aquí, y dile que se vaya a la región de Africa que más le agrade."

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Ualid medio muerto de espanto. Le tranquilizó, le entregó la suma que le ofrecía el emir, y le repitió sus palabras.

—¡Ay!—exclamó entonces Ualid—. ¡El crimen cometido por otro recae sobre mí! Ese hijo rebelde que ha desafiado la muerte, que merecía, me arrastra en su perdición cuando yo buscaba el reposo y me hubiera contentado con un rincón en la tienda de mi hermano. Pero obedeceré su orden; debo someterme con resignación a los designios divinos.

De regreso al lado del emir, anunciéle el cliente que Ualid se disponía a abandonar España, y le refirió la entrevista.

—Mi hermano tiene razón—exclamó el príncipe sonriendo con amargura—; pero que no espere engañarme con tales palabras y ocultarme su pensamiento íntimo. Le conozco, y sé que, si pudiera

saciar con mi sangre su sed de venganza, no vacilaría un momento (1).

Execrado por los jefes árabes y berberiscos, enemistado con sus clientes, traicionado por sus deudos, Abderrahman se encontró más aislado cada día. Durante los primeros años de su reinado, cuando aun gozaba de cierta popularidad, al menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles, mezclándose con la turba; ahora, desconfiado y sombrío, era casi inaccesible; apenas salía de su alcázar, y cuando lo hacía iba rodeado de una guardia numerosa (2). Desde la gran insurrección de los yemenitas y bereberes del Oeste, aumentó las tropas mercenarias, como único medio de mantener en la obediencia a sus súbditos. Compró y alistó esclavos, hizo venir de Africa una turba de berberiscos, elevando así su ejército permanente a cuarenta mil hombres (3), ciegamente adictos a su persona, pero indiferentes en absoluto a los intereses del país.

Reducir los árabes y los bereberes a la obediencia y obligarlos a contraer hábitos ordenados y pacíficos era la obsesión constante de Abderrahman. Para realizar este pensamiento empleó todos los medios a que recurrieron después los reyes del siglo xv para triunfar del feudalismo, pero era un triste estado aquel a que España se veía condenada por la fatalidad de los aconteci-

(1) Macari, t. II, p. 32, 33.
(2) Macari, t. II, p. 25.
(3) Macari, *ibid.*

mientos, y un triste papel el que tendrían que desempeñar los sucesores de Abderrahman, porque la ruta trazada por el fundador de la dinastía era el despotismo del sable. Cierto que no podía gobernarse a los árabes y a los bereberes de otra manera, porque si la violencia y la tiranía estaban de una parte, la anarquía y el desorden minaban la otra. Las diferentes tribus hubieran podido formar otras tantas repúblicas, unidas, si esto era posible, contra el enemigo común, o sea contra los cristianos del Norte, por un vínculo federativo; ésta hubiera sido una forma de gobierno en armonía con sus instintos y sus recuerdos; pero los árabes y los berberiscos eran inadaptables a la monarquía.

FIN DEL TOMO PRIMERO

NOTAS

Nota A, pág. 101.

Algunos de esos cronistas teólogos que han pretendido amoldar la historia musulmana a sus estrechos y falsos prejuicios, suponen que dos generales—ambos de la familia *omeya*—, Obaidala, hijo de Ziyad, y Amr, hijo de Said, apodado Axdac, se negaron a capitanear el ejército destinado a someter las dos ciudades santas. Esto a mí me parece una fábula, lo mismo que las cien monedas de oro entregadas a cada soldado, porque el más antiguo de los cronistas de esta clase, Fakihi, no dice nada en tal sentido, y no hubiese dejado de indicarlo si hubiera llegado a noticia suya; aun, suponiendo que no se trate de una fábula, la negativa de ambos generales no obedecía a escrúpulos religiosos, como los devotos cronistas querían hacer creer, sino a su odio contra el califa. Obaidala, como ha observado acertadamente M. Weil—t. I., p. 330, en la nota—, estaba descontento porque no eran bien recompensados sus servicios y porque Yezid no le había cumplido la promesa de conferirle el gobierno del Jorasán y del Irak-Arabí. Axdac tenía igualmente

quejas contra Yezid, que le había quitado el gobierno del Hichaz. Por eso responde en la obra de Aben-Jaldun: "Yo he sabido sojuzgar este país; mis sucesores no lo han logrado; ahora la sangre va a correr", lo cual equivale a decir: "Puesto que se ha preferido seguir una política opuesta a la mía, no quiero mezclarme en nada."

Nota B, pág. 133.

Según Aben-Badrun—p. 185— y otros autores, Meruan no había ganado la batalla de Rahit más que por una perfidia. Siguiendo el consejo de Obaidala-aben-Ziyad, había atacado a los caisitas de improviso, durante una tregua que le había concedido Dahac. Este relato me parece inventado en época bastante posterior, por los caisitas o por los enemigos de los ommíadas, porque los mejores escritores, como Ben-al-Atir, Masudi, el autor del *Raihán*, etc., y los poetas caisitas de aquella época—que si el hecho hubiera sido verdad no hubiesen dejado de reprochar a sus enemigos su desleal conducta—no dicen absolutamente nada ni de armisticio ni de perfidia.

Nota C, pág. 210.

Isidoro no da a esta víctima del odio de Haitan otro nombre que el de *Zat*—es decir, *Sad*—. Opino que este Sad era kelbita, hijo del poeta Chauas, porque el kelbita Abu-'l-Jatar, que más

tarde llegó a ser gobernador de España, se gloría, en un poema del cual he traducido un fragmento, de haber vengado la muerte de Aben-Chauas, y yo ignoro a qué personaje hubiera podido designar con este nombre, a no ser al Sad que cita Isidoro. Lo que además me induce a creer que el Chauas del poema de Abu-'l-Jatar era realmente el hijo—o tal vez el nieto—del poeta es la circunstancia de que este nombre de Chauas es tan poco frecuente, que Tibrizi, al enumerar en su *Comentario sobre el Hamasa*—p. 638—todos los que llevaron dicho nombre, no cita más que cuatro, entre los cuales no hay más que un solo kelbita, Chauas el poeta.

FIN DE LAS NOTAS DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

Págs.

Advertencia 15

LIBRO PRIMERO

Las guerras civiles.

I 19
II 30
III 54
IV 79
V 92
VI 114
VII 135
VIII 164
IX 184
X 213
XI 237
XII 256
XIII 277
XIV 299
XV 315
XVI 336

CALPE

COLECCIÓN UNIVERSAL

Precio del número, 0,30

La Colección Universal, inaugurada por la editorial CALPE, publica las mejores producciones literarias del ingenio humano, en todos los órdenes: novela, historia, poesía, ciencia, filosofía, teatro, memorias, viajes, ensayos, etc.

La Colección Universal constituye para los lectores de habla española un elemento indispensable de educación y cultura. Hace asequibles a todo el mundo los beneficios y los goces del trato espiritual con los más grandes genios de la humanidad.

La Colección Universal publica las obras en su ABSOLUTA INTEGRIDAD, sin supresiones ni adiciones de ninguna especie.

La Colección Universal cuida con extremado celo de que las traducciones sean siempre fidelísimas y correctas; no publica traducciones anónimas; encarga sus traducciones a reputados escritores.

La Colección Universal cuenta, para las ediciones de autores españoles, con el consejo y la colaboración de eminentes filólogos.

La **Colección Universal** se vende a 30 céntimos el número. La extensión de un número es, aproximadamente, de 100 páginas. Las obras de mayor extensión se publican en volúmenes de 200, 300, 400 y más páginas, valuándose cada volumen como 2, 3, 4 y más números.

La **Colección Universal**, por su extraordinaria baratura, representa un esfuerzo editorial nunca realizado en España.

La **Colección Universal** publica todos los meses VEINTE números, o sean unas DOS MIL páginas de selecta lectura, repartidas en ocho o diez tomos de presentación elegante y de cómodo uso. Los 240 números anuales de la **Colección Universal** constituirán una copiosa y elegida biblioteca de unos 100 tomos.

La **Colección Universal** admite suscripciones por un trimestre, un semestre y un año. Para los suscriptores, el precio del número será de 25 céntimos.

Suscripción	trimestral	15 ptas.
—	semestral.	30 —
—	anual.	60 —

Para las suscripciones y pedidos de volúmenes sueltos, dirigirse a la

Compañía Anónima CALPE
Consejo de Ciento, 416 y 418
Apartado 89 BARCELONA

TOMO I

G 39941

S MUSULMANES DE ESPAÑA

R. 8077